

ÁNIMA

Pulp Magazine

BARDA

#3

Abril 2012

www.animabarda.com

Un psiquiátrico inquietante

La mejor asesina a sueldo



Y un nuevo robo en Avarittia

Todo esto y algunas muertes más junto
con nuestros protagonistas de siempre

HELLO FRIKI



<http://www.hellofriki.com>

CINE

Literatura

series

Podcasts

Ánima Barda es una revista literaria en español, de relatos y cuentos cortos de temáticas de terror, fantasía, ciencia ficción, policíaca, noir, aventuras de todo tipo, incluidas orientales y eróticas, héroes misteriosos, situaciones absurdas, relato social y de humor

La revista es de publicación mensual y se edita en Madrid, España.

ISBN
2254-0466

EDITADA POR
J. R. Plana

AYDT. ED. Y
CORRECCIÓN
Cristina Miguel

ILUSTR, DISEÑO
Y MAQUET.
J. R. Plana

Relatos

EN EL PÁRAMO 7
Ricardo Castillo
Espada y brujería

ESPEJOS ROTOS 23
R. P. Verdugo
Terror

HASTA QUE LA MUERTE OS...#3 31
Víctor M. Yeste
Fantasía detectivesca

EL DESVÁN DE VÍCTOR 41
A. C. Ojeda
Zombie

EL PERGAMINO DE ISAMU - II 47
Ramón Plana
Aventura samurái

LAWLESS TOWN #1 57
Cris Miguel
Ciencia ficción

FERGUS FERGUSON N°3 63
M. C. Catalán
Humor paranormal

EL LIBRO DE IRDYS 70
J. R. Plana
Cuentos insólitos

EL PROMETIDO HUIDO 79
Diego Fdez. Villaverde
Aventura medieval

87 PICADILLY TALES II

A. C. Ojeda

Intriga paranormal

92 CONSUMIDO POR EL FUEGO

Cris Miguel

Erótico paranormal

97 CADÁVER EXQUISITO

Carlos J. Eguren Hdez.

Ciencia ficción

El resto

5

UNAS PALABRAS DEL JEFE

Dediquemos un minuto a leer los desvaríos del editor

6

HISTORIA DEL PULP

Elaboramos esta sección con el fin de acercar el maravilloso mundo del pulp a los lectores

105 SON MONIGOTES

Viñetas de humor

108 BESTIARIO

Catálogo de las extrañas criaturas que alimentan estas páginas

Búscanos en las redes sociales
[@animabarda](#)

[www.facebook.com/AnimaBarda](#)
Anima Barda (google +)

Si quieres contactar con nosotros, escríbenos a respuesta@animabarda.com

Si quieres colaborar en la revista, escríbenos a redaccion@animabarda.com y te informaremos de las condiciones.

Ánima Barda es una publicación independiente, todos los autores colaboran de forma desinteresada y voluntaria. La revista no se hace responsable de las opiniones de los autores.

Copyright © 2012 Jorge R. Plana, de la revista y todo su contenido. Todos los derechos reservados; reproducción prohibida sin previa autorización.

Unas palabras del jefe

Un gran y negro vacío cósmico ocupa la cabeza del editor. Aquí compartimos un somero trocito del abismo de ese mundo de perdición...

En esta ocasión no trataré nada relacionado con la revista, y eso que hicimos (como ya habréis oído en veinte sitios) la primera cena de anima barda, sacamos nuestro primer video blog y hemos tenido la interesante cifra de 1500 lecturas en Issuu. Aquí estamos, en nuestro 3 numero, con los dos próximos casi cerrados y con nuevos escritores a la vista, y aún así no diré nada.

“¿De qué diantre va a escribir este hombre?”, os estaréis preguntando. O a lo mejor no. El cualquier caso, en esta ocasión voy a hablar de la palabra “bizarro”.

Veréis, desde hace un tiempo vengo observando que se ha extendido entre diferentes segmentos de la población (incluso un par de veces se lo he oído a Iker Jimenez, el periodista de lo desconocido), el uso de la palabra bizarro para calificar algo de extraño. Bueno, pues esto está mal, muy mal. Según la RAE, bizarro, procedente del italiano *bizzarro*, quiere decir valiente, y ninguna entrada lo define como extraño o insólito. Este uso tiene la pinta de ser uno de esos famosos falsos amigos, que tan a menudo nos encontramos al hablar otros idiomas, y es que, tanto en inglés como en francés, la palabra bizarro viene definida como raro.

Por otro lado, el cine conocido como bizarro, ese cine surrealista y con tin-



te sexual (películas del estilo de *Glen o Glenda*, por ejemplo), también puede tener algo que ver en el uso incorrecto de esta palabra.

“Maldito pedante estúpido, ¿para qué narices nos cuenta esto?”, estaréis pensando. Bueno, bueno, no os pongáis así. Lo que yo pretendo con esto son dos cosas: primero notificar el error al que le pueda interesar, y, segundo, aprovechar para lanzar una pregunta que sería curioso responder: ¿De dónde creéis que viene la traducción incorrecta? ¿Qué fuente es la que ha provocado que tantas personas, de ámbitos más o menos diferentes, hagan el mismo uso? Si queréis, podéis contestar a través de twitter: @jrplana, a ver si alguien puede aportar algo de luz. Seguro que si busco un poco en Internet lo encuentro, pero es más divertido preguntar y hablarlo con vosotros.

Pasad un buen mes y espero que disfrutéis de lo lindo con el número 3 de la revista.

¡Hasta la próxima!

J. R. Plana

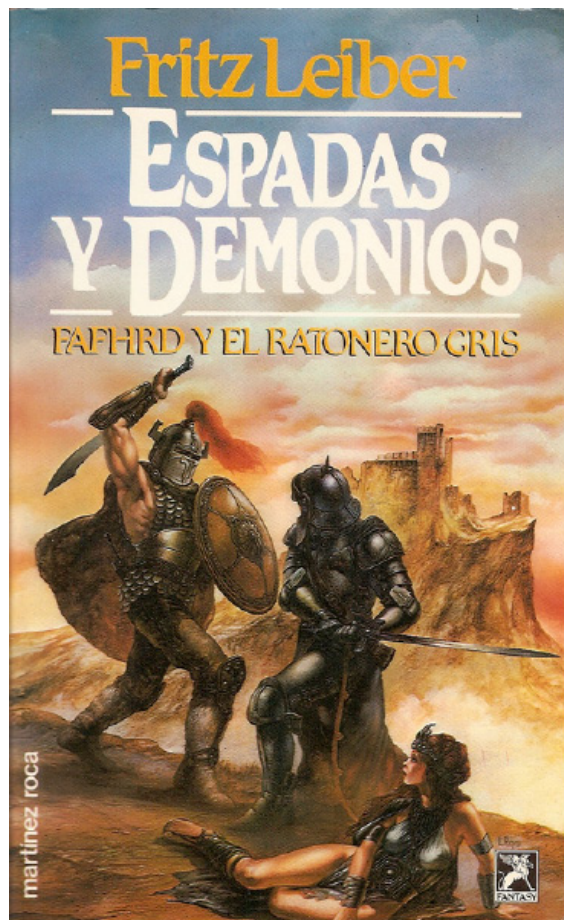
Historia del Pulp

Fritz Leiber, otro afamado escritor de fantasía, terror y ciencia ficción.

Fritz Leiber comenzó su carrera literaria durante los años cuarenta, dentro de algunas revistas pulp como Unknown o la famosa Weird Tales, de la que ya hemos hablado en otra ocasión. Hijo de dos actores, nació en Chicago en 1910, y desde su infancia mostró gran interés por el mundo del teatro.

La obra de Fritz Leiber está compuesta principalmente por relatos breves, en donde destaca el género de terror, lo que le ha valido ser considerado uno de los precursores del relato urbano de terror. Durante su fructífera carrera fue galardonado en varias ocasiones con diferentes premios, entre ellos el premio Hugo, que llegó a conseguirlo en seis ocasiones.

Quizá sus obras más celeberrimas son los cuentos de la serie Fafhrd y el Ratonero Gris, publicados entre el año 68 y el 77 y que narran las aventuras por todo Nehwon de Fafhrd, un joven bárbaro procedente del Yermo Frío, y el Ratonero Gris, un aprendiz de brujo que verá truncada su carrera por la muerte de su maestro. Ambos se encontrarán por pura casualidad y el destino se encargará de llevarles de peligro en peligro a través de toda la Tierra de las Ocho Ciudades. Seis libros contienen la saga del Ratonero Gris y Fafhrd: Espadas y demonios, cuya portada de la edición española de Martínez Roca podemos ver acompañando a este artículo, Espadas contra la muerte, Espadas entre la niebla, Espadas contra la magia, Las espadas de Lankhmar y Espadas y magia helada. Esta saga es considerada una de



las precursoras de los relatos de fantasía heroica.

Leiber estuvo muy influenciado por Lovecraft y Robert Graves durante los veinte primeros años de su carrera. En los años 50, las teorías de Carl Jung, médico psiquiatra y ensayista suizo que centró su carrera en el análisis de los sueños, atrajeron tanto a Leiber que mencionaba a menudo en sus historias los conceptos de ánima y sombra de Jung.

Fritz Leiber murió de muerte natural en 1992, a los 82 años de edad, durante el viaje de vuelta de una convención en Toronto de ciencia-ficción. Como legado nos dejó varias novelas y decenas de cuentos y relatos que crearon nuevos precedentes para la literatura de ficción.



En el páramo

por Ricardo Castillo

Alric y Godert continúan su viaje tras el ser sin luz, pero, al entrar en el páramo, pierden el rastro. ¿Qué nuevos enemigos y peligros esperan a nuestros aventureros?

I
Alric Brewersen miraba ceñudo su plato de estofado. El corpulento mercenario, encorvado sobre la mesa, comía lentamente, mirándome de soslayo. Mostraba un aspecto desaliñado: la ropa sucia, un par de desgarrones en la capa, el negro pelo y la barba un poco más largos que cuando comenzó nuestra aventura... Yo, por mi parte, no debía de tener mejor fachada. Mis ropas estaban igual de sucias, algunos mechones de pelo rubio me llegaban casi por los hombros y una sombra de barba estaba apareciendo en mi mandíbula. Todo esto, unido a mi físico delgado y desgarrado, me daba un aspecto de vagabundo muerto de hambre. Para reforzarlo, engullía mi estofado a grandes cucharadas, apartando apenas la vista del plato, y sobre todo tratando de no cruzar la vista con Alric.

Hacía unos minutos, justo antes de que el gordo tabernero nos pusiera la cena sobre la mesa, habíamos estado hablando sobre el futuro de nuestro viaje, y Brewersen me había dado a entender que no estaba seguro de que aquello pudiera continuar. Esto me sorprendió, pues Alric no me parecía el tipo de personas que se rinden con facilidad. La perspectiva de que el mercenario cogiera sus cosas y se fuera sin más me sumió en un estado de desasosiego que me recordaba un poco a lo que se siente cuando alguien en quien confías te da la espalda, cuando descubres en una persona una forma de actuar que antes creías imposible.

Le miré fijamente, pensando que si el mercenario decidía irse, yo no podría pararle. Él era un hombre peligroso, díscolo, temperamental y muy difícil de gobernar, un carácter que sólo pueden

conducir los buenos líderes; y yo era un joven acostumbrado a cazar en el bosque y a cortar madera, que no había visto más mundo que los alrededores de mi pueblo y las montañas. ¿Qué posibilidades tenía yo de convertirme en una figura de autoridad para el mercenario? ¿Qué le impedía matarme y huir con el dinero?

Mientras el posadero ponía los platos humantes ante nosotros, pregunté a Alric el porqué de esa decisión, a lo que él me contestó encogiéndose de hombros.

- Godert -me dijo-, sé sensato. Hace dos días que no vemos ninguna señal de la criatura. La hemos perdido. Es probable que haya descubierto que le seguíamos y haya intentado despistarnos -añadió-. Era cuestión de tiempo, mejor ahora que aún estamos a tiempo de volver.

A eso yo no tenía replica. Las dos últimas jornadas habían resultado desalentadoras y lo cierto era que andábamos a ciegas, aunque la perspectiva de abandonar me parecía aún peor. La rabia me inundó y decidí pagarlo con el mercenario.

- ¿Y entonces por qué aceptaste el trabajo, Alric? Si sabías que esto iba pasar, mejor haberte quedado en la taberna.

Brewersen me miró con dureza, apretando las mandíbulas.

- Que te quede bien claro que no pensaba que esto pudiera pasar, no cuando decidí venir contigo. Aún así, viniste en un mal momento, chico. No es buena idea proponer aventuras y venganzas a un hombre borracho y ocioso, sin nada mejor que hacer que proteger a sebosos comerciantes -y, como dando por finalizada la conversación, se concentró en el estofado.

La ira seguía bulléndome por dentro, así que empleé mis energías en repasar mentalmente lo ocurrido hasta entonces, buscando algún hecho que se nos hubiera pasado por alto.

Habían transcurrido ya ocho días desde que luchamos con la tribu bori-berg y seis desde que decidí acudir a Alric en busca de ayuda tras ver como mi pueblo natal, Norringe, con todos sus habitantes, ardía hasta las cenizas. Él se había quedado en la capital, Ramnusfel, bebiendo y peleando en una taberna de mala muerte. Allí le conté lo que había visto al llegar a casa y cómo el rastro del ser sin luz, aquella oscura criatura encapuchada que dejaba marcas de fuego allá por donde pasaba y con la que nos habíamos topado accidentalmente en nuestra misión, se alejaba del pueblo en dirección al sur. Le pedí que me ayudara a encontrarle y matarle, si es que acaso podía morir. A cambio, le pagaría con el oro que nuestro pueblo, de forma comunitaria, había ahorrado durante mucho tiempo. Él lo rechazó, argumentando que sería necesario para costear el viaje, y que para pagarle a él bastaba con que me ocupara de correr con los gastos del día a día y alguna que otra necesidad elemental.

Y hasta ahí todo bien, partimos en apenas una hora y volvimos a Norringe para ir desde allí tras la pista del ser sin luz. Fuimos hacia el sur durante tres días, siguiendo las huellas recientes en la nieve entre altas coníferas, acercándonos cada vez más a la criatura. Al amanecer del cuarto día, las marcas de fuego salían del bosque, atravesaban el Vag Sodra, la carretera principal que une la capital con las poblaciones del sur, y se internaban en el páramo hacia

la costa del mar interior.

La búsqueda se volvió entonces más compleja, ya que la nieve había dado paso a la hierba, y las huellas se reducían a mechones de pasto ligeramente chamuscados. El quinto día perdimos el rastro. El humor de Alric empeoró, y empezamos a andar sin un rumbo marcado, probando suerte de un lado para otro. Al anochecer del sexto día vislumbramos a lo lejos, entre las verdes lomas, nubes de humo blancuzco saliendo de un pequeño grupo de casas. Perdidos, cansados y con las provisiones escaseando, decidimos dirigir nuestros pasos hacia la aldea.

Y eso nos llevaba de nuevo hasta allí, a la sencilla y humilde posada de aquel pueblo en mitad del páramo. Nada, no había nada que nos indicara dónde nos la había jugado. Al salir del bosque el rastro, aunque más difuso, seguía siendo claro para luego desaparecer sin más. Resignado, apuré los últimos bocados de la cena y empecé a pensar en la cama que me esperaba en el piso de arriba. Después de varias noches a la intemperie, dormir en un colchón y entre cuatro paredes con el estómago lleno es lo más delicioso que te puedes imaginar.

Cuando hubimos acabado, el rechoncho posadero nos acompañó con un par de velas. Eran dos cuartuchos al final de un pasillo y, aunque no estaban sucios, la ausencia de ventanas y la escasez de mobiliario daban sensación de miseria: un perchero, una cama y a su lado un baúl de superficie plana era todo lo que había en el interior.

Desde la discusión en la cena no había vuelto a cruzar palabra con Alric, y lo último que oí antes de que se ence-

rrara en su habitación fue un gruñido que interpreté como “buenas noches”. Di las gracias al posadero y me metí en el cuarto, pensando que quizá a la mañana siguiente, tras una reparadora noche, viéramos las cosas desde otra perspectiva.

Dejándome las armas cerca, por si acaso, apagué la vela y me metí en la cama. Las sábanas estaban frías y el colchón tenía bultos, pero nada de eso impidió que a los pocos segundos hubiera perdido por completo el conocimiento, cayendo en un sueño sin formas pero de lo más reconfortante.

II

Pasar la noche al raso un par de veces es suficiente para agudizar tus sentidos. Por muy dormido que estés, el más mínimo roce te despierta. Esta vez no fue una excepción y, de un brinco, me incorporé en la cama. Tardé unos segundos en recordar dónde estaba y en reconocer el cuartucho. El corazón me latía con fuerza.

Afiné el oído, pues me había parecido escuchar un rápido correteo, pero la posada parecía tranquila, no se escuchaba nada. Aunque afuera comenzaba a despuntar el alba, no llegaba la suficiente luz para ver con nitidez. Recorrí con la mirada la habitación, tratando de vislumbrar algo en la oscuridad, alguna forma o sombra que delatara al causante de ese ruido. Supuse que podía haber sido algún roedor, y aunque la idea me tranquilizó un poco, en seguida me di cuenta de que dormir entre ratas no era algo muy aconsejable.

Estirando el brazo hacia el baúl traté de alcanzar mi cuchillo o el hacha que había dejado a mano antes de acostar-

me. La madera era rugosa y sin pulir, y un par de astillas se me clavaron al pasar la mano por encima. Sin embargo, allí no encontré ninguna de mis armas. Alarmado, salí de la cama, olvidando por completo la posibilidad de que una rata me mordiera en el pie. Palpé con las dos manos, pero sólo encontré mi ropa doblada. Una risilla y un par de golpes provenientes de algún lugar de la posada me terminaron de poner en tensión. ¿Dónde estaba mi arco? ¿Y la vela que me había dado el posadero? Decidí que lo más prudente era reunirme de inmediato con Alric.

Al salir al pasillo, le oí maldecir entre resoplidos. Su puerta se abrió de golpe, tan rápido que casi me doy de bruces con ella. Una luz me deslumbró, obligándome a parpadear varias veces antes de ver lo que ocurría alrededor. Respiré tranquilo cuando vi que la repentina iluminación provenía de la vela que Brewersen llevaba en una mano, mientras que en la otra sujetaba su daga. Iba con el velludo torso al aire y blasfemaba como un soldado. Sus ojos estaban rojos, no sé si debido al sueño o a la ira.

- ¡Qué se mueran ahogados en mierda todos los hijos de Ulfer el lobo! ¿Quién ha osado robarme las armas?

- En mi cuarto también ha entrado alguien, y también se han llevado mis armas, junto con las flechas y la vela.

- ¿Has oído algo?

- Sólo un correteo. Ahora me ha parecido oír unas risas y un golpe.

- ¿Aquí o abajo?

- Creo que era abajo.

- Pues vamos para allá.

Y se dirigió a grandes zancadas hacia la escalera. Tuve que acelerar el paso

para mantenerme a su altura, procurando mantener el oído atento por si me llegaba algún ruido más.

- ¿Por qué no se han llevado la daga? -le pregunté en un susurro.

- Porque siempre duermo con ella. Sólo los imbéciles o los incautos dormirían desarmados en un sitio que no conocen. -Traté de no sentirme ofendido-. Por eso me he despertado, porque he notado que alguien tiraba del arma.

- ¿Y no has visto quién era?

- Obviamente no. Y ahora calla, bajemos en silencio.

Nos deslizamos sigilosamente por las escaleras, procurando no hacer crujir la madera. Ahora llegaba hasta nosotros un suave coro de correteos, como si una manada de ratas estuviera suelta por el piso de abajo.

- Viene de la cocina -dijo Alric, haciendo un gesto en dirección a la puerta cerrada.

Se le veía seguro y decidido, mirando con fiereza la puerta y sosteniendo la daga a la altura del muslo, para coger a cualquier intruso desprevenido. A mí, sin embargo, me temblaba todo el cuerpo. No me atemorizaba la posibilidad de un combate, ya que siempre he sido diestro con las armas y he sabido desenvolverme con facilidad. La culpa era de los sobresaltos nocturnos, que no me sentaban nada bien. Para mí no había nada peor que estar durmiendo plácidamente y al momento siguiente despertarte sobresaltado por un golpe, un grito o la presencia de algún visitante nocturno. El corazón me latía con fuerza, y mi mente se figuraba toda clase de extrañas criaturas paseando por la cocina. Procurando serenarme, me puse a la zaga de Alric, lanzando rápidas mi-

radas por encima de mi hombro por si acaso intentaban rodearnos.

Brewersen se detuvo frente a la puerta, acercó el oído, me pasó la vela y después, echándose un poco para atrás, descargó todo su peso en una poderosa patada. Entró en la habitación gritando como un poseso, haciendo barridos con la daga y pegando patadas a los muebles. Yo entré detrás, vociferando amenazas contra quién quiera que se encontrara dentro, mientras alzaba la vela para ver mejor. Entre tanta algarrabía, me pareció oír como se cerraba una puerta.

Alric se paró en seco tras destrozar dos taburetes a puntapiés. Allí no había nadie, la cocina estaba vacía. Sólo se veían ollas, cacerolas, algunas cestas y unos cuantos bultos sobre la mesa.

- ¿Qué demonios es eso? -dijo el mercenario.

Señalaba a una maraña de telas de un rincón. Me cogió la vela de las manos y se acercó a inspeccionarlo. Cuando estaba prácticamente encima, exclamó:

- ¡Santos dioses! ¡Godert, ven a ver esto!

De nuevo sentí el frío correr por mi espina dorsal, aunque la curiosidad fue más poderosa y me llevó corriendo al lado del mercenario.

Al entender lo que estaba mirando, tuve que hacer un esfuerzo por reprimir una arcada. Allí, en el rincón de la cocina, tirados como si fueran dos marionetas rotas, estaban el posadero y su mujer. No fue la visión de los cadáveres lo que me produjo el asco, sino la forma en la que habían muerto. Alguien se había ensañado con el matrimonio. Tenían el abdomen lleno de salvajes puñaladas, por las que, en algunos puntos, se veían

salir las vísceras; las gargantas estaban rajadas de lado a lado, provocando que la cabeza se inclinara hacia atrás más de lo normal; y los asesinos se habían tomado la molestia de arrancarles los ojos y vaciar las cuencas.

- ¿Qué clase de engendro demente es capaz de robarnos sin un ruido, asesinar a dos personas a sangre fría y cebarse con los cuerpos de esta manera? -pregunté, tratando de que no me temblara mucho la voz.

- Eso no me preocupa tanto como entender por qué narices nos ha dejado vivos.

Alric inspeccionaba ahora la habitación, observando con cuidado los rincones y buscando alguna pista que delatara al culpable. Al no encontrar nada, resopló y me miró.

- Hay que alertar a los demás. Debemos comprobar si hay más muertes y estar prevenidos -dijo mientras se dirigía al exterior-. Mantente cerca y no digas nada. Los forasteros que traen la muerte nunca son bienvenidos.

Cuando aquel día llegamos al pueblo al anochecer, no nos entretuvimos en conocer a los vecinos, sino que entramos directamente a la posada. En el trayecto nos habíamos cruzado con un par de personas, pero nada más. Así que éramos unos totales desconocidos.

Al salir al exterior nos encontramos con un panorama que no esperábamos. Todo el pueblo debía de estar allí reunido. Rodeaban la posada en semicírculo, y cuando nos vieron aparecer se oyó una exclamación generalizada. Nos miraban con los ojos abiertos, señalándonos y llevándose las manos a la boca y a la cabeza.

- ¿Qué está pasando aquí? -preguntó

Alric.

Varias personas avanzaron hacia nosotras y entraron corriendo en la posada. Nosotros nos miramos sorprendidos. Al poco tiempo, se oyó un grito y salieron corriendo, para volver junto al resto del pueblo. Un hombre del grupo se quedó atrás y, señalándonos, gritó:

- ¡Amigos de demonios! ¡Han matado a Borij e Ingrid en un perverso ritual!

La multitud le coreo, algunas mujeres chillaron y varias personas comenzaron a hacer sobre su pecho la señal del dios protector.

- ¡Asesinos!

- ¡Impíos!

- ¡A la horca!

- ¡Al fuego con ellos!

Otro hombre, este más bajito y barbudo, avanzó casi corriendo, adelantó al primer hostigador y se paró en seco. Entonces, repitiendo el mismo movimiento que el anterior, dijo:

- ¡Mirad! -señalaba justo detrás de nosotros. Al volvernos esperando un ataque, vimos que en la pared había varias formas dibujadas en color morado, entrelazándose en sinuosas curvas y picudos finales-. ¡Son estigmas dokkal-far! ¡Los han ofendido! ¡Están malditos! ¡Malditos!

Volvió a cundir el histerismo, solo que ahora, en vez de acusarnos y querer llevarnos a la hoguera, la muchedumbre empezó a dispersarse, huyendo cada uno hacia su casa. Algunos se quedaron, acercándose a nosotros con aspecto hostil.

- ¡Malditos, están malditos! -gritaban unos, mirándonos con miedo.

- ¡Traen la muerte y la desgracia! -gritaban otros, mostrándose un poco menos temerosos y más iracundos.

Vimos que por detrás se acercaban algunos aldeanos pertrechados con hoces, teas y horcas.

- ¡Alric! ¡¿Qué hacemos?! -Si mi voz estaba antes temblorosa, ahora sonaba mucho más aguda de lo normal.

- ¿Pero qué le pasa a esta gente? -Alric no terminaba de reaccionar: contemplaba el panorama con las manos a los costados, sujetando la daga en la mano con desgana y moviendo la cabeza de un lado para otro, intentando comprender qué estaba pasando.

Un pueblerino llegó hasta nosotros dando voces y con los ojos inyectados en sangre. Venía corriendo y traía en ristre una lanza oxidada. Como si saliera de un trance, Brewersen se apartó a un lado, dejando pasar la punta de hierro, y lanzó un tajo vertical sobre la madera que, de un crujido, se partió en dos. Antes de que el otro reaccionara, le golpeó con la empuñadura en la nariz. El pobre diablo cayó para atrás agarrándose la cara, entre sus dedos caía la sangre, que pronto manchó de rojo la arena del suelo.

Los hombres armados que había alrededor miraron horrorizados a su vecino pero, en vez de tirar las armas y correr, que es lo que hubiera esperado que hicieran, gritaron con más fuerza y empezaron a estrechar el cerco a nuestro alrededor. Alric se puso en guardia y yo aproveché para coger el trozo de lanza partido. Al menos podía usar la herrumbrosa punta de hierro para amedrentar a mis enemigos.

Cuando estaban a punto de cargar contra nosotros, unas fuertes voces se hicieron oír por encima de la confusión. Los hombres se pararon en seco, girando la cabeza. Abriéndose paso a em-

pujones, un sacerdote de Gudelrem, el Dios Helado, alzó las manos hacia los lados, ordenándoles que se detuvieran.

- ¡Parad, insensatos analfabetos! Por todas las ventiscas, ¿qué hacéis?

Tenía la cabeza completamente afeitada y una barba fosca pero cuidada. Vestía la gruesa y basta cogulla blanca propia de su orden, con el capuz echado hacia atrás, y, a pesar de que su apariencia y la autoridad que desprendía le echaban años encima, lo cierto es que no debía de ser mucho mayor que yo.

Se movía dando grandes zancadas de un lado para otro, haciendo gestos tranquilizadores e instando a los hombres a bajar las armas.

- ¡Calmaos, calmaos! ¿Cómo juzgáis y condenáis con tanta ligereza? ¿Acaso es esa una costumbre que tenemos en Forlrat? ¿No soléis alardear de vuestra hospitalidad y buen trato con los forasteros?

- ¿Forlrat? -murmuró Alric para que sólo yo pudiera oírlo-. Está bien saber cómo se llama este pueblo. ¿Sabes dónde estamos, exactamente?

Me encogí de hombros, no lo había oído en mi vida.

- ¡Están malditos! ¡Los dokkalfar los han marcado! -Varios asintieron al tiempo que alzaban sus brazos en dirección a las señales. El clérigo se giró hacia la posada y contempló los dibujos.

- ¡Santo Gudelrem! ¡No seáis tan ineptos! ¡Estos hombres no están malditos! -Se acercó a la pintura y, cogiendo tierra, la tiró contra ella. La arena se quedó pegada, lo que indicaba que aún estaba fresca-. ¡Me rio de los dokkalfar! Os lo he explicado muchas veces, son sólo una pandilla de duendes traviesos, no debéis hacerles caso. Cuanta más aten-

ción les prestáis, más poder les conferiré.

Los forlratenses, o como diantres se llamaran, parecían avergonzados.

- Pero han matado a los posaderos - Uno aún tenía ganas de bronca-. Nunca había atacado a nadie así.

Esas palabras surtieron un efecto estimulante en la ira de la masa, que volvió a elevar voces de protesta.

- ¿Borij está muerto? -El sacerdote perdió un poco de ímpetu. Rápidamente entró en la posada, seguido de un par de aldeanos que le llevaron hasta los cadáveres. No tardaron en salir, y el hombre estaba un poco más pálido que antes-. Qué horror... ¿Quién ha podido hacer algo así? -la pregunta iba dirigida al aire.

- ¡Ellos, han sido ellos! ¡Es culpa suya! -Los alborotadores partidarios del linchamiento volvían a las andadas.

- ¡Silencio! -el religioso volvió a alzar la voz-. Demos a estos hombres la oportunidad de contarnos que ha pasado. Decidnos, forasteros, cuáles son vuestros nombres, qué os ha traído hasta aquí y qué le ha ocurrido a Borij y su mujer.

- Primero tened la decencia de presentaros vos, padre -Alric no se mostraba muy cooperante.

El clérigo entrecerró los ojos, valorando a Brewersen. Con voz potente, dijo:

- Mi nombre es Rainer, sacerdote del Dios Helado, el Supremo por encima de todos. Las gentes de Forlrat son mi rebaño. Ahora es vuestro turno.

- Me llamo Alric Brewersen, y este es Godert Iverson, de Norringe. Hemos venido a Forlrat en busca de descanso, pues llevamos muchos días de viaje a pie, durmiendo a la intemperie y comiendo poco y mal. ¿No le negaréis re-

fugio a dos viajeros, padre?

- Sí, si acaso su presencia perturba la paz en este pueblo -la treta de Alric para distraer a Rainer de nuestro periplo no funcionó. El hombre estaba alerta y no tenía nada de tonto o paleta-. Pero contadnos un poco más de vuestro viaje. ¿A dónde os dirigís? ¿Y qué ha pasado esta noche?

El mercenario prosiguió con el relato, diciendo que nos dirigíamos al sur para unirnos a un mercader que quería ir más allá de las montañas, y para ello necesitaba de hombres fuertes y hábiles con las armas. Por precaución, omitió los motivos de nuestro viaje, así como al ser sin sombra. Luego les contó cómo nos habían despertado los ruidos y lo que nos habíamos encontrado al bajar. Mientras hablaba, la luz del amanecer fue iluminando el cielo poco a poco.

No sé si la historia convenció o no a los habitantes de aquel pequeño pueblo, pero lo cierto es que se quedaron un poco más tranquilos. Rainer asentía, mesándose la barba.

- ¿Y decís que no visteis nada en absoluto?

- Ni una sombra, sólo correteos y risas -dijo Alric.

- Esto es más raro de lo que creía.

- ¡Mienten, padre! ¡Mienten como bellacos!

- ¡Calla! ¿No tienes ojos en la cara o es que tu ira te ciega por completo? ¡No tienen ni rastro de sangre en las manos o en la ropa! Y además la daga está limpia. ¿Crees que si hubieran sido ellos habrían salido tan limpios? No, Jensen, no han sido a ellos.

- ¡Pero la magia puede hacer que...!

- ¡Basta de tonterías! ¡Es suficiente! Alric, Godert, subid a recoger vuestros

bártulos. Cuando acabéis iremos al templo, aún tenemos cosas de las que hablar. Los demás, sacad los cadáveres y preparadlos para su viaje eterno.

Alric y yo subimos a por nuestras cosas. Brewersen iba mascullando maldiciones, quejándose de que no podía dormir tranquilo ni una noche. Cuando estuvimos en el segundo piso, lejos de todos, le pregunté:

- ¿Te fías de Rainer?

- Yo no me fío de nadie. Es la única forma de seguir vivo mucho tiempo. - Se encogió de hombros-. Parece sensato y prudente. También es cierto que es difícil manejar a una leva de pueblerinos iracundos, y él lo ha hecho con destreza. Eso quiere decir algo.

- ¿Que es un buen hombre?

- Que es listo y, por lo tanto, te tienes que fiar aún menos de él.

Entramos en nuestras respectivas habitaciones. Con la claridad del alba pude inspeccionar mejor el cuarto. Efectivamente, no había ni rastro de las armas. Suspiré aliviado cuando vi que el cofre del oro seguía en su sitio. La verdad es que todo aquello resultaba muy extraño.

En el pasillo me esperaba Alric, que ya se había vestido por completo.

- De momento iremos con él, a ver qué nos cuenta -me dijo-. Tenemos que averiguar dónde pueden estar nuestras armas. No iremos muy lejos sin ellas.

Afuera, los aldeanos transportaban los cuerpos del posadero y su esposa envueltos en sábanas blancas, por las que, poco a poco, se extendían manchas escarlatas. La gente nos seguía mirando con hostilidad y desconfianza, como si todo aquello fuera culpa nuestra. Rainer, que se miraba de cerca la pintura

morada de la pared, nos hizo un gesto con la cabeza para que le siguiéramos.

Anduvimos por el pueblo, hasta llegar a un templo de piedra gris y techos de madera, con un alto campanario. Entramos por una pequeña puerta ubicada en un lateral, que nos llevó a los aposentos del sacerdote, que hacía la vez de despacho. Una vez allí, se dejó caer pesadamente sobre la cama.

- Sentaos, por favor –sonaba cansado.

Alric y yo cogimos un par de sillas que había alrededor de una estrecha mesa.

- Ahora, haréis el favor de contarme la verdad de vuestro viaje –dijo, echándose ligeramente hacia delante y perdiendo toda formalidad-, y por qué demonios habéis traído hasta mi pueblo a un ser de sombras y oscuridad.

Brewersen le miró, sorprendido primero, y luego con dureza.

- ¿Qué sabes tú del ser sin luz?

- Oh, Alric, yo sé muchas más cosas de las que tú te crees.

III

Nos llevó un tiempo contarle a Rainer toda la historia del ser sin luz. Brewersen empezó la narración con cómo habíamos encontrado la tribu boriberg en un estado de trance, inmunes al dolor y al miedo, con los ojos blancos y obedeciendo a la extraña criatura. Siguieron la pelea, la captura, la huida y el rescate, incluido el gigantesco y abominable boriberg que casi le devora. Luego expliqué lo que vi cuando llegué a Norringe, el fuego arrasando el pueblo y las huelas derritiendo la nieve que se alejaban hacia el sur. Le siguieron el reencuentro con Alric y la persecución del rastro del ser, que nos llevó hasta pasar el Vag

Sodra para perder la pista después de adentrarnos en el páramo.

Rainer escuchaba, impertérrito, con el ceño fruncido y la atención puesta en nuestras palabras, preguntando cuando quería saber más detalles.

- Es tu turno, Rainer. Cuéntanos qué sabes tú del ser sin luz.

El clérigo meditó sus palabras unos instantes.

- Lo vi ayer por la tarde. Me encontraba en lo alto del campanario, cambiando la cuerda, cuando divisé a lo lejos, cruzando el páramo como si levitara, una figura alta y negra, rodeada de sombras, como si a su alrededor no pudiera pasar la luz. Se movía con velocidad, subiendo y bajando lomas, dando un rodeo. A vosotros os vi después. Él os estaba evitando, tratando de alcanzar vuestra espalda y teneros delante. Y os dirigíais hacia aquí.

Miré a Alric, horrorizado y entusiasmado al mismo tiempo. El ser no se había esfumado, todo lo contrario, estaba muy cerca. Lo malo es que sabía que nosotros íbamos tras él, y ahora había dado la vuelta a la situación.

- He estado buscando en mis libros, tratando de encontrar alguna referencia a una criatura como esa –continuó-. Pero aún no he encontrado nada. Queda mucho por mirar, pues he tenido poco tiempo. Sin embargo, el ataque de esta noche nada tiene que ver con el ser sin luz. Como bien han dicho, son marcas de dokkalfar.

- ¿Qué son los dokkalfar? –pregunté-. ¿Tienen algo que ver con los alfar?

- Sí –contestó Alric-. Son alfar oscuros, de espíritus degenerados.

- En este caso son una variedad de dokkalfar más cercano a los duendes –

explicó Rainer-. Sus pieles son oscuras y sus cabellos claros, al igual que los alfar oscuros, pero están cruzados y poseen cuerpos delgados y pequeños, casi del mismo tamaño que los trasgos. No suelen suponer grandes inconvenientes, se suelen colar en casas, hacen desaparecer cosas, se te aparecen en los caminos solitarios para hostigarte... En general hacen uso de la magia para incordiar a los demás, pero si los ignoras no tardan en cansarse. En esta zona han tenido siempre una fuerte presencia, los habitantes de Forlrat les temían como a demonios. El anterior sacerdote era un viejo barrigón y supersticioso que pasaba demasiado tiempo jugando a las cartas y poco rezando. Tenía tanto miedo a los dokkalfar como los demás, lo cual no ayudaba demasiado. Desde que estoy aquí he procurado enseñar a la gente a no temerles y plantarles cara, pero les sigue costando bastante.

- ¿Habían matado en alguna otra ocasión? -pregunté.

- Jamás han hecho tal cosa. Sólo suponen un problema cuando les faltas al respeto o te metes con ellos, pero nunca llegan a tal extremo. Es realmente raro.

- Comprendo...Y las muertes de hoy, ¿han sido obra suya?

- Parece que sí. Las heridas estaban hechas por pequeñas cuchillas como las que suelen llevar, y los dibujos de las paredes son dokkalfar sin duda alguna. Los usan para marcar a aquellos contra los que tienen una causa pendiente.

- Insisto en que lo que más me inquieta es por qué se han llevado nuestras armas. -Alric seguía preocupado por su afilada espada, a la que tanto cariño tenía.

- Cierto -asentí-. Es muy raro. ¿Por

qué no nos mataron como hicieron con Borij e Ingrid?

- Hay un rito entre los dokkalfar que suele llevarse a cabo en ciertas ocasiones -explicó Rainer-. Los alfar, por algún motivo que nos es desconocido, deciden retar a alguien a una prueba de habilidad e ingenio. Ésta suele consistir en atraer a la persona elegida hacia el terreno de los alfar, donde se tendrá que enfrentar en desventaja al desafío de los dokkalfar. No se sabe qué consigues si ganas, pues no se ha encontrado ningún hombre o mujer que haya vuelto para contarlo. Y tampoco puedes negarte, porque, si no vas, te empezarán a sobrevenir desgracia tras desgracia hasta acabar bajo tierra.

- ¿Entonces se trata de un reto? ¿Por eso nos han quitado las armas? -pregunté.

- Eso parece. Querrán que vayáis tras ellas, es el único sentido que le encuentro al robo y a las marcas.

- ¿Y Borij y su mujer? -sus muertes me hacían sentir culpable. Al fin y al cabo, parecía que todo aquello era únicamente por nosotros.

- Es la única pieza que no encaja. Mucho me temo que hay algo muy peligroso detrás de los dokkalfar.

- ¿El ser sin luz? -inquirió Brewersen, mirando muy serio a Rainer.

- Quién sabe -dijo, encogiéndose de hombros-. Yo no lo descartaría.

- Esto es un sinsentido...

No me terminaba de cuadrar. Si el ser oscuro quería matarnos, ¿por qué no lo había hecho ya? Y si no quería matarnos, ¿para qué podría querer a los dokkalfar?

Se me ocurrieron algunas posibilidades aunque ninguna tenía mucho sen-

tido.

- De momento lo que haremos -dijo Alric-, será recuperar nuestras armas. Sin ellas no vamos a llegar muy lejos.

- Pues entonces tendréis que buscar a los dokkalfar -dijo Rainer.

- ¿Y dónde se supone que tenemos que ir? -pregunté.

- Los dokkalfar no tienen un asentamiento fijo, van deambulando de acá para allá. Pero, como tienen un reto pendiente con vosotros, es probable que os estén esperando. Al noreste de aquí, yendo hacia la costa, hay unas viejas ruinas de anfiteatro. Allí los encontraréis.

- Entonces -dije yo-, ¿no sabemos a qué nos vamos a enfrentar?

- Me temo que no. Pero, sea lo que sea -continuó Rainer poniéndose en pie-, os daré algo que será útil. Seguidme.

IV

El sol estaba empezando a inclinarse sobre el horizonte cuando divisamos a lo lejos las ruinas. Colgando de mi cinturón iban las cinco pequeñas botellas de vidrio que Rainer nos había dado. Dentro, un líquido transparente que parecía agua oscilaba con mis pasos.

Por el camino Alric me explicó lo que íbamos a hacer, cuál sería nuestra estrategia frente a cualquier enemigo. Básicamente consistía en que Alric distraería con su daga mientras yo elegía bien los blancos y los rociaba con el líquido de Rainer. Supuestamente debía funcionar, era un plan simple y no podía salir mal.

El anfiteatro estaba a tiro de flecha cuando Alric dijo:

- Mira.

Levantó el brazo y señaló hacia el

centro de la estructura. Allí, en medio de lo que en otro tiempo debió de estar el escenario, había un alto poste, del que colgaban varios objetos. Un reflejo del sol reveló de qué se trataba.

- Nuestras armas... -murmuré.

- Ahí tienes tu reto, muchacho: subirte al poste y bajar las armas. Yo te esperaré abajo.

- No puede ser tan fácil.

- Seguro que no. -Alric entrecerró los ojos-. El sitio está vacío, no se ve a nadie.

- Huele a trampa.

- Pues les va a dar igual. Vamos.

Brewersen empezó a moverse a paso ligero, casi corriendo. Según nos aproximábamos al anfiteatro, más claro estaba que la estructura, estaba completamente vacía.

Las ruinas estaban ubicadas en una depresión del terreno. El escenario se encontraba en el fondo de la hondonada, y las gradas a lo largo de la ladera. Bajamos por unos desgastados escalones de piedra, saltándolos de dos en dos y con las barbas en el hombro, por si los dokkalfar decidían emboscarnos en ese momento, pero nada nos atacó por sorpresa.

Al llegar al escenario, Alric, daga en mano, se giró para vigilar las ruinas.

- Intenta llegar arriba, yo te cubro.

Abrazando el poste, traté de ascender usando las piernas. Por fortuna, la madera estaba seca, así que subía con bastante facilidad. A medio camino, estalló un coro de risas que reverberó por toda la hondonada.

Alarmado, giré la cabeza por encima del hombro, apretando bien fuerte los brazos y piernas para no soltarme. Como por arte de magia, en las gradas habían aparecido cientos de pequeñas

criaturas, que reían, saltaban y nos señalaban. Esos seres, que supuse que serían los dokkalfar, no eran mucho más altos que un niño de diez años. Eran delgados, de finos y fibrosos músculos, con el pelo negro y la piel oscura, e iban vestidos con jubones grises y sin mangas y calzas del mismo color. Sus rostros estaban deformados, como ligeramente estirados hacia las orejas, que eran un poco más grandes de lo normal y acababan en punta. No alcanzaba a ver bien sus ojos, pero me daba la sensación de que eran totalmente negros.

- ¡Alric y Godert! -en el centro de las gradas, a media altura, un dokkalfar más alto que los demás y con unos ropajes menos andrajosos se puso en pie mientras alzaba los brazos a los lados. Los demás se callaron-. Los dokkalfar os desafiamos a enfrentarnos con el firkyrsten, que tan amablemente nos ha ofrecido nuestro invitado -y, haciendo una reverencia, se inclinó ante otro hombrecillo que estaba sentado a su lado. Éste, a pesar de tener un cuerpo similar, no era un dokkalfar, su piel era más parecida a la humana, y en el rostro lucía una amplia sonrisa de pura felicidad -. ¡Ahora preparaos para morir! ¡Que salga la bestia!

Y la multitud bramó, aplaudiendo y vitoreando las cortas y poco descriptivas palabras del dokkalfar líder. Recordando mi objetivo, reanudé la ascensión. Notaba que los brazos empezaban a cansármese y no era cuestión de andar perdiendo el tiempo. Un rugido se impuso a los aplausos, un sonido que no provenía de una garganta humana. Oí que Alric bramaba en respuesta, soltando después una sarta de maldiciones. Sin poder aguantar la curiosidad ante la

nueva amenaza, volví a girar la cabeza.

Sobre el escenario se encontraba un lagarto gigante. Era una especie de lagartija tan alta como un hombre, con la espalda plagada de duras escamas y una cola con múltiples púas.

- ¡Alric! ¿Qué es eso?!

- ¡Un lagarto de costa! ¡Aléjate de su cola, las púas tienen veneno paralizante!

Alric corría y rodaba por el suelo, esquivando las dentelladas y golpes del lagarto, mientras lanzaba inútiles cuchilladas con su daga; las escamas eran demasiado duras para que una hoja tan corta pudiera atravesarlas.

Apremiado por la situación, seguí subiendo con más ímpetu. Las armas estaban a un par de codos de mí cuando sentí temblar todo el poste. A punto estuve de caer, pero mis brazos se tensaron alrededor de la madera, evitando el desastre.

Lancé una breve mirada hacia abajo, justo lo suficiente para ver como el firkyrsten daba fuertes golpes de cola contra el carcomido poste. El primero lo aguantó bien, al segundo crujió un poco, y fue al tercero cuando empecé a notar como la madera se rasgaba por el interior.

Como si fuera un árbol serrado, el poste se inclinó lentamente, para ir cogiendo impulso según cedía. Intuyendo lo que me esperaba si no me soltaba rápido, me impulsé todo lo lejos que pude del mástil cuando estaba a punto de llegar al suelo.

La caída era alta, pero yo estaba acostumbrado desde pequeño a saltar y aterrizar con el mínimo daño. Así lo hice, rodando al tocar tierra, mientras la madera se hacía añicos a mis espaldas con

gran estrépito.

Me incorporé con agilidad, y busqué a Alric con la mirada. Tuve que levantarme de un salto y echar a correr, pues el lagarto venía hacia mí con la boca abierta. El mercenario venía detrás, esquivando a duras penas las pasadas de la puntiaguda cola.

Tracé un círculo alrededor del escenario, con la intención de que la bestia se olvidara por un momento de Brewersen para que él cogiera las armas. El firkyrstén lanzaba dentelladas al aire, obsesionado con comerme. De reojo vi como Alric conseguía acercarse a las armas y, en ese mismo instante, varios dokkalfar saltaban de las gradas al escenario con pequeñas y afiladas lanzas y cargaban contra el mercenario. Tenía que conseguir algo de tiempo para mi compañero, pero era muy difícil distraer al lagarto y a los dokkalfar a la vez.

Entonces me acordé de las pequeñas botellas de Rainer y del plan que habíamos trazado. Decidí jugármela con el lagarto. Primero me paré en seco, para darle la sensación de que lograría atraparme, y en cuanto lo tuve encima, con sus mandíbulas abriéndose peligrosamente, salté hacia un lado y rodé, alejándome de él lo máximo posible.

Alric blandía malamente su espada, que estaba todavía enredada en las cuerdas que la sujetaban al poste, manteniendo a raya a cinco dokkalfar. Corrí hacia ellos y eché mano de los frascos. Arrojé uno en dirección a los pequeños seres. El cristal estalló en mil pedazos y el líquido se esparció por el suelo, salpicando a un par de ellos. Inmediatamente empezaron a gritar como locos, tirando las lanzas y corriendo en dirección contraria. Aquella reacción me ale-

gró mucho más de lo que esperaba. Al parecer ese líquido funcionaba como un repelente para dokkalfar.

Brewersen consiguió desenredar la espada, justo a tiempo para enfrentarse al gigantesco reptil, que ya se abalanzaba sobre nosotros. Yo me aparté, dejándoles el máximo espacio posible. Más dokkalfar saltaron al escenario con sus lanzas preparadas y dando grititos de rabia. Sin pensármelo dos veces, lancé otra botella. Esta vez se rompió en la cabeza de uno de ellos, que empezó a echar humo y revolverse en el suelo. Los otros retrocedieron, intimidados por aquel espantoso brebaje. Por su parte, el mercenario luchaba con fiereza. Mantenía un titánico combate con el firkyrstén, parando sus golpes de púas y lanzándole tajos cada vez que se ponía al alcance.

Eché una ojeada al resto del anfiteatro. Las gradas de piedra eran un completo caos: algunos dokkalfar corrían de un lado para otro, mientras que otros saltaban en sus sitios dando alaridos histéricos. Su líder voceaba furioso, señalándonos, y el extraño invitado, sentado a su lado, seguía sonriendo igual que antes, mirando con gran atención lo que ocurría en el escenario.

Visto el efecto que tenían los viales de cristal sobre los dokkalfar, pensé que lo mejor era olvidarse momentáneamente de mis armas y echar a esos seres de allí a golpe de botella. Agarré otras dos, guardándome una por si acaso, y, apuntando con cuidado, las arrojé donde había mayor aglomeración de dokkalfar. El griterío aumentó considerablemente y el pánico se extendió por el anfiteatro, dando la sensación de que se había convertido en una colonia de hormigas

que huían frenéticamente. El líder se echó las manos a la cabeza y, agitando el puño hacia mí, giró sobre sí mismo y desapareció.

Solucionado el problema de los dokkalfar, pasé a centrarme en el lagarto. Con cierto regodeo, llegué a contemplar como Alric esquivaba otro golpe para después descargar el mandoble, con todas sus fuerzas, sobre la cola del animal. Ésta se partió limpiamente, provocando un estremecimiento en el firkyrsten, que se giró lanzando dentelladas rabiosas. Brewersen no titubeó y, poniéndose a su lado, lanzó un tajo al cuello. La espada cortó carne, pero no llegó a separar la cabeza del tronco. Alric repitió la acción varias veces hasta que, con una sacudida, el cráneo del lagarto de costa se desprendió del cuerpo.

Alric lanzó un grito triunfal, buscando desafiante más enemigos a su alrededor. Me pareció ver una breve expresión de lástima cuando se percató de que los dokkalfar huían despavoridos, saliendo a toda prisa de la hondonada. Sus ojos se estrecharon cuando detuvo la mirada en un punto de las gradas. Al mirar hacia allí, vi que el misterioso invitado aplaudía, sonriente, la proeza de Brewersen. Sin parar, se levantó de su sitio y comenzó a bajar hacia nosotros.

- ¡Muy bien! ¡Un espectáculo digno de admirar! -su sonrisa era exageradamente ancha. Sus rasgos eran grotescos y también tenía orejas puntiagudas. Vestía una camisa blanca y sucia sobre un andrajoso chaleco marrón, así como calzas grises y zapatos igual de sucios-. Un lástima que hayáis acabado con mi mascota, pero qué le vamos a hacer, ¡estaba aquí para matar o ser aniquilada! ¡ji, ji, ji, ji!

Su risa era aguda y altisonante. Se aproximó a nosotros frotándose las manos. Sus ojos azules, anormalmente claros, daban saltos de uno al otro, mirándonos con expresión de codicia.

- Bien, bien, bien, muy interesante, muy interesante.

- ¿Quién eres tú? -la pregunta salió a golpes de mis labios, en tres tiempos. Alric sujetaba su espada con aire amenazador, listo para cortar por la mitad a nuestro interlocutor.

- ¡Oh! ¡Eso de momento no importa! - Tenía un acento extraño, acentuando las palabras en la penúltima sílaba-. Lo importante ahora es que habéis salido con vida de un reto dokkalfar. ¡Nada fácil! ¡No, no, no!

- ¿Qué diablos quieres? -dijo Alric, en un tono nada amigable.

- ¡De momento nada! ¡Nada de nada! Sólo quería saludaros.

- Pues no es muy educado saludar a alguien sin antes presentarte tú primero. -No pude evitar entrar en su juego.

- ¡Ah! ¡Ahí me has pillado! -y dio tres palmadas rápidas-. Vosotros ya sé quiénes sois, ¡Alric y Godert, compañeros de aventuras por pura casualidad! Que sepáis que habéis captado mi atención. ¡Sí, sí, sí! Por ahora podéis llamarme Rey de los Duendes, y quién sabe si más adelante llegaréis a conocerme mejor.

- Por mi parte no tengo el menor interés -contestó Alric.

- ¡Ah! Pero eso no está en tu mano, Brewersen. -Sonríó más aún, mostrando sus dientes sucios y amarillos. La piel entorno a sus ojos, de un tono más grisáceo que la nuestra, se plegó en múltiples arruguillas-. ¡Ha sido un placer, pero me tengo que ir! ¡Tened por seguro que nos volveremos a encontrar!

¡Os estaré vigilando!

Y girando sobre un pie, desapareció con un chasquido.

- Tengo la sensación de que ya lo he preguntado antes, pero... ¿qué era eso?

Alric elevó los hombros.

- Ni idea. Efectivamente, parecía un duende, aunque un poco más alto. Tal vez Rainer pueda decirnos algo -contempló el campo de batalla en el que se había convertido el escenario, con el cuerpo del lagarto desangrándose sobre la tierra. No se veía ni rastro de los dokkalfar, salvo algunas lanzas tiradas en el suelo-. Recoge tu arco, tus flechas y tus armas, y vámonos, está anocheciendo. No quiero que estos canallas vuelvan a por nosotros en la oscuridad del páramo.

V

El cielo se oscureció con rapidez mientras volvíamos a Forlrat. A pesar de que fuimos en silencio la mayor parte del camino, agotados, durante el último tramo me empezaron a asaltar varias dudas y las comenté en voz alta. Dos me escamaban especialmente: ¿por qué nos habían llevado hasta allí los dokkalfar? No habían aclarado qué querían de nosotros. Y, ¿por qué habían matado a los posaderos? ¿No querían dejar testigos? ¿Querían dar más dramatismo a la escena para asegurarse de que iríamos tras ellos?

Alric no solucionó ninguna de mis inquietudes, contestando, una vez tras otra, "Y yo qué sé". Eran demasiados cabos sueltos, y no parecía que fuéramos a atarlos por ahora.

La noche cayó sobre nosotros a poca distancia del pueblo, y fue por eso por

lo que pudimos ver con claridad el resplandor en el horizonte.

- Mierda. -Alric echó a correr, y el pánico en su voz se contagió a mis piernas.

Corrimos como si nos fuera la vida en ello, sacando fuerzas de donde no las había, subiendo la suave pendiente de la colina bajo la cual se encontraba el pequeño pueblo. Al alcanzar la cima y contemplar el paisaje que se extendía al otro lado, Brewersen se detuvo, resoplando, para maldecir en voz alta y añadir:

- Muchacho, esto se está convirtiendo en una mala costumbre.

A nuestros pies, Forlrat ardía. Lenguas de fuego devoraban las casas de madera, calcinaban a los aldeanos asesinados y subían por el campanario del pueblo. No se oían gritos ni voces, ni los intentos de los vecinos por atajar aquello. Sólo se escuchaba el crepitar de las llamas, y aquello me trajo recuerdos de mi casa, de Norringe, que terminó sus días igual que ahora acababa Forlrat. El fuego era ya imparable, no había vuelta atrás.

- Oh, no, Rainer... -murmuré. El sacerdote me había resultado simpático, y lamentaba que tuviera que morir por nuestra culpa-. ¿Crees que habrá sido él? ¿El ser sin luz?

Brewersen escupió al suelo, miró al pueblo y luego alzó el mentón señalando hacia allí.

- Eso responderá a tu pregunta -dijo.

Miré a dónde me indicaba y lo que vi a través del humo y de las llamas me provocó un vuelco en el estómago. Encima de la colina que había al otro lado del pueblo, se veía una figura alta, negra y delgada. Si no fuera por el resplandor del incendio, probablemente

hubiera pasado desapercibida. Pero no, él quería que lo viéramos. Quería que supiéramos que estaba allí, y que ahora sabía que le seguíamos.

El ser sin luz, mirando hacia nosotros, elevó su brazo derecho hacia el lado. Obedeciendo al gesto con un tirón, una figura más pequeña ascendió de las sombras del suelo, quedando suspendida en el aire.

- Cabrón -Brewersen apretaba los puños con furia.

Sentí que el vuelco en el estómago daba paso a la ira asesina. A pesar de la distancia, distinguíamos perfectamente que la figura era el cuerpo de Rainer, que giraba sobre sí mismo a merced del ser. Para que saliéramos de dudas, la criatura lo encaró hacia nosotros y le permitió que realizara un pequeño movimiento, demostrándonos que seguía vivo. Después, se dio media vuelta y se marchó, deslizándose a un palmo del suelo con Rainer inmóvil levitando tras de sí.

- Ha sido todo una trampa -dijo Alric-. Los dokkalfar eran una distracción.

- ¿Una distracción? ¿Para qué?

- Buscaba dos cosas: alejarnos del pueblo y ponernos a prueba. Lo último era secundario, sólo querría comprobar si lo del poblado boriberg fue o no cuestión de suerte. Debe considerarnos unos rivales a la altura, sino, se habría largado sin más. -Cogió aire y me miró-. Nos tiene a su merced. Sabe que iremos tras él, y nos esperará. Tratará de emboscarnos, de cogernos desprevenidos.

- ¿Y por qué quema el pueblo? ¿Para qué quiere a Rainer?

- Lo del pueblo no lo entiendo. Será para hacernos perder tiempo. Por otro lado, de alguna manera es consciente de

que Rainer nos puede ser útil, que posee conocimientos sobre él que necesitamos para darle caza.

- Pero se lo lleva vivo.

- Querrá asegurarse de que vamos tras él. Si sabemos que Rainer está con vida, guardaremos la esperanza de rescatarle. Si lo mata, corre el riesgo de que abandonemos la persecución. Se lo ha llevado para asegurarse de que le seguimos.

Mi mente estudiaba las posibilidades con cierto entumecimiento.

- Entonces... -dije-, ¿nuestro viaje continúa?

-Ahora, muchacho, ha convertido esto en algo personal. -Alric puso una expresión que me recordaba, de algún modo, a un lobo apunto de comerse un conejo-. Nadie me toca tanto las narices y puede esperar que le deje tranquilo. -Me miró-. Sigo sin tener nada mejor que hacer, y ya estoy demasiado lejos de Ramnusfel como para volver con las manos vacías. ¿Y tú qué me dices, Gorder? ¿Quieres seguir?

- ¿Se te ocurre algo mejor que hacer? -pregunté, con media sonrisa. Alric fingió pensar unos segundos.

- La verdad es que no. -Dirigió su mirada hacia la loma por la que había desaparecido el ser sin luz-. Pues vamos, Rainer se debe de estar preguntando a qué demonios estamos esperando.

Espejos Rotos

por R. P. Verdugo

Terminar la carrera y entrar a trabajar en el centro psiquiátrico más prestigioso del país ¿Puede ser el trabajo de sus sueños? Jack pronto descubrirá que no. Vivirá en un lugar donde nada es lo que parece y un secreto se esconde detrás de cada puerta.



Apenas habían pasado tres semanas desde que él y sus cincuenta compañeros habían lanzado al aire sus planos y oscuros birretes con motivo de la celebración de su graduación. "Usted tendrá un futuro espléndido" Le dijo el director de la universidad en persona, una vez acabada la ceremonia. "Es usted muy bueno ¡Casi parece un mentalista!" Le sugirió.

Hace una semana que recibió aquel sobre blanco como la nieve que tanto había ansiado; en su superficie escrito con una excelente caligrafía se encontraba la dirección de uno de los centros psiquiátricos más prestigiosos del país. "Allí van los que peor están de la azotea" Le comentó su madre, asustada "Por favor, ve a otro centro" Le pedía con agobiante insistencia. Se negó en rotundo; su fama por medio del boca a boca del profesorado no era mera palabrería, él era bueno y quería demostrarlo. No deseaba casos sencillos en los cuales con cuatro medicamentos recetados el paciente estuviera cuerdo y listo para adentrarse en la espesa marabunta de la sociedad. Él quería ganarse el sueldo, romperse la

cabeza y reconstruir poco a poco los espejos rotos que constituían la mente de esos pobres perturbados.

Ahora se encontraba montado en su viejo Citroën Saxo; este coche tenía más de una década a sus espaldas pero respondía igual de bien que el primer día. Su madre insistió en comprarle uno nuevo gracias a sus buenas calificaciones, pero él se negó. Desde pequeño había querido conducir ese coche, y ese coche conduciría. La testarudez era también uno de sus puntos fuertes.

Con el sobre en mano y con el maletero hasta arriba de maletas e ilusión, buscaba con horrible insistencia la dirección del centro psiquiátrico sin resultado alguno. Harto de buscar en vano, paró el coche junto a la acera. Un anciano se encontraba dormitando en un banco, donde los potentes rayos del astro rey caldeaban sus doloridos huesos y su arrugada piel.

- Disculpe, caballero. ¿Sabría decirme dónde está el número trece de Hill-down Street? -El anciano no contestó y seguía con los ojos cerrados mirando al infinito, mientras sentía aquel reconfortante calor en su viejo cuerpo-. ¿Señor?

- Eeh...Sí, dime muchacho, ¿qué quieres? -contestó éste al fin.

- Buscaba el número trece de Hill-down Street. ¿Sabría guiarme hasta él?

- No me suena, chico. Aquí no encontrarás lo que buscas.

- Pero esto es Huntsville, ¿Cierto?

- Sí, hijo.

- Y, ¿no sabría decirme dónde se encuentra la dirección que busco?

- No.

- Pero... Señor...

- No insistas, muchacho -interrumpió el anciano-. Aquí no hay ninguna calle con ese nombre; sigue adelante, sal del pueblo y no te detengas.

El joven, intimidado e intrigado, subió la ventanilla de su coche y prosiguió su búsqueda. No tardó mucho más en encontrar a una mujer, que daba un grato paseo con su bebé subido a un confortable carrito. Al preguntarle la dirección solo encontró una cara de pavor seguido de una respuesta similar a la de aquel siniestro anciano "No sé de qué me hablas, aquí no existe esa dirección" Seguido de una aceleración de sus pasos hasta que se perdió en una esquina, como un niño asustado.

"Esto no está resultando nada fácil" pensó.

Continuó lentamente con su coche por la sinuosa avenida pavimentada, mirando detenidamente los nombres de las calles que figuraban en las placas, sobre aquellos altos mástiles que nacían del suelo, como árboles ficticios.

En un cruce de caminos, pudo contemplar uno de esos carteles, ennegrecido totalmente. Extrañado y curioso se acercó hasta él, puso las luces de emergencia y bajó del vehículo. Dio un par de veloces pasos y se paró ante el cartel.

Con la yema del dedo, retiró un poco de aquella sustancia oscura que impedía poder atisbar lo que allí escrito se encontraba. Aquella negra enjundia se retiró fácilmente adherida ahora a su dedo. "Hollín" determinó.

De su bolsillo sacó un pañuelo de tela, regalo de su tía. Lo extendió por toda la superficie de su mano y limpió con sumo cuidado aquel letrero. La pintura había sido destruida. Miró hacia abajo, curioso. En el suelo, bajo aquel poste, se encontraba un oscuro y negro socavón que solo las llamas sabían hacer; y, a su alrededor, las cenizas de lo que parecían haber sido rastros. "¿Fuego? ¿Por qué le prenderían fuego a un cartel?". Plasmó su mirada de nuevo fijamente en el cartel. En relieve, pudo encontrar las letras que tanto buscaba, mostrando una enorme y perfecta sonrisa en su boca "¡Hilldown Street!"

Rápidamente subió a su coche, saliendo a toda velocidad y dejando tras de sí una pequeña nube de humo proveniente del tubo de escape. La carretera era larga y recta, como la pista de aterrizaje de un aeropuerto; aquella calle parecía interminable. Las casas que dejaba atrás estaban todas absolutamente destaraladas y abandonadas. El césped que antaño brotaba fértil y de un verde esmeralda del suelo, ahora solo constituía un manto de hierba seca e inútil. "¿Qué demonios pasa aquí?" Se preguntaba intrigado. Antes de poder darse cuenta, vió un enorme caserío frente a él, su aspecto era el de un pequeño palacete del siglo XVIII. Tenía altos y gruesos muros de hormigón y una puerta de hierro colada que presentaba un aspecto impecablemente reluciente. A cada lado de la puerta se levantaba una enorme colum-

na, y sobre ella, la imagen de un perro de tres cabezas.

Quedó fuertemente hipnotizado por la mirada de aquel can desde la altura, que le miraba con ojos crueles y amenazantes. Cuando volvió a prestar atención a la carretera, la enorme puerta metálica estaba a tres metros de él. Pisó a fondo el pedal del freno, haciendo que se mezclaran los sonidos del derrapar de los neumáticos con el sonido metálico de su coche contra la colosal puerta.

- Bueno, así que usted es mi nuevo psiquiatra, el que ha empotrado su coche contra la puerta de entrada, ¿cierto? -dijo el hombre tras el escritorio.

- Sí, así es, señor Tucker. Lo siento mucho. No volverá a suceder.

- Eso espero, sino me parece a mí que no volverá a ver un sueldo en mucho tiempo -dijo en un tono que no supo calificar entre irónico o serio.

- Lo extraño es que la puerta ha quedado intacta. Ojalá pudiese decir lo mismo de mi coche.

- La puerta es de acero reforzado, ideal para realizar su cometido, que nadie salga ni entre sin autorización. Bueno, comencemos. -Aquel hombre se ajustó sus enormes y negras gafas hasta el punto más alto en su tabique nasal, abrió una carpeta que se encontraba sobre su reluciente escritorio caoba y comenzó a sacar los papeles que guardaba en su interior-. Es usted... ¿Mauler, Jack Mauler?

- Así es, señor Tucker.

- Por favor, llámame Bill.

- Cómo desee, Bill.

Mientras el Doctor Tucker revisaba a fondo su currículum y su ficha, Jack

observaba cada detalle dentro de aquel habitáculo. Los muebles, todos de color caoba brillante se dividían en aquel enorme y robusto escritorio, un pequeño diván y la librería. Ésta contenía numerosos volúmenes antiguos y amarillentos, la mayoría posiblemente obras que serían difíciles e incluso imposibles de encontrar. En la parte superior, permanecía el busto de un hombre de facciones rudas y espesa barba tallado sobre lo que antaño fue un bloque de mármol.

El Doctor Tucker presentaba una avanzada calvicie, tanto que su frente se fusionaba con el resto de la cabeza, dejando solo los laterales poblado de escaso y blanco pelo. Las gafas de gruesos cristales permanecían montadas sobre su aguileño tabique nasal y su espesa y larga barba blanca le daba un aire distinguido. Le recordaba a una extraña versión de Freud.

- Excelentes calificaciones las que obtuvo usted en Oxford. Perfecto. Su perfil es exactamente lo que buscamos. -Una vez dicho esto, volvió a guardar los papeles en la carpeta. De los cajones del escritorio sacó un nuevo documento- Como usted comprenderá, es una pieza demasiado valiosa como para dejarlo marchar. Aquí tiene el contrato. Ojéelo cuanto le plazca, no encontrará nada mejor. Vivirá aquí; pensión completa, agua y luz gratis, medicamentos y un salario que no podrá rechazar.

Jack agarró la hoja y observó todos los puntos allí remarcados, era demasiado increíble para ser verdad. Sacó un bolígrafo del pantalón de su bolsillo, (una manía que jamás había conseguido erradicar), y firmó el contrato.

- ¡Perfecto! Ahora usted me pertene-

ce. Es oficialmente lo que se denomina un esclavo legal remunerado; o como dice la gente de a pie, un empleado. – Ambos rieron la gracia con sumo gusto después de la tensión reinante, ya que había conocido a su jefe de la peor forma posible, estrellando su coche contra la puerta de su casa y su trabajo al mismo tiempo– Bueno, esto hay que celebrarlo ¿Le apetece una copa?

- Lo siento, no bebo.

- Un chico sano, me gusta –El Doctor Tucker se alzó lentamente de su reconfortante sillón de cuero negro–. Demos un paseo, le enseñaré el lugar.

Ambos salieron del edificio, serpenteando entre largos e interminables pasillos donde, la risa, el llanto y los gritos desgarradores, se fusionaban en gemidos casi unísonos de la cordura perdiendo la batalla contra la locura. Una vez en el exterior, se encontraba un inmenso jardín verde y espeso. Las instalaciones se dividían entre el enorme caserío central del que acababa de salir y un patio de recreo en la parte trasera de éste. Cuando cruzaron el umbral de la puerta, Jack se dio cuenta de un gran cartel de piedra que había junto a la puerta principal. En él estaban escritas las palabras *Exsulis Domus*.

- Ese inscrito, ¿Qué significa? –Le preguntó al Doctor Tucker.

- Es latín, joven amigo. "*Exsulis Domus*" La morada de los desterrados. Así se le denominó al caserío cuando fue construido como un hospital para demenciados. Antiguamente, los que sufrían de enfermedades mentales se les consideraban retrasados o poseídos por el demonio, por eso eran desterrados de

sus casas, sus tierras o cualquier cosa que poseyera, de ahí la inscripción

Jack tragó un nudo que tenía en la garganta mientras seguía los pasos de su mentor y jefe. Aquel breve pero intenso relato le había dejado los pelos de punta.

Ahora ambos se encontraban bajo la sombra de uno de tantos colosales chopos negros que allí parecían brotar de cualquier parte, cuando algo captó su atención. Una breve y suave risa se transmitía por el aire hasta que llegó a sus oídos. Al girarse en dirección al enorme caserío, encontró una dulce niña pequeña jugando al lado de un rosal. Ésta metió su blanca y delicada mano dentro del rosal y sacó una hermosa flor que lucía casi con orgullo. Lentamente se giró hacia él. Sus ojos eran de un azul intenso e hipnótico, sus cabellos parecían finas hebras de oro a merced del viento y su rostro era blanquecino y frágil, como si se tratara de una muñeca de porcelana. Al cruzarse ambas miradas, la niña sonrió.

- Doctor Tucker, ¿ésa chica es su hija? –El Doctor se giró hacia la dirección en la que anteriormente había estado mirando su recién adquirido esclavo remunerado.

- No, qué va. Esa es Victoria, trabaja con nosotros desde hace tres años. Es una joven dulce y encantadora. Seguro que congenian en seguida.

- Pero, Doctor, me refería a... -se sorprendió verse interrumpido a sí mismo cuando comprobó que la niña había desaparecido. En la escalera de entrada, junto a las macabras inscripciones que bautizaban aquel recinto, solo se encontraba una joven pelirroja de tez blanca y pura ayudando a un anciano demente a

bajar las escaleras. Jack estaba anonadado-. No es nada.

- Parece algo cansado -dijo el Doctor Tucker- ¿Qué te parece si te enseño los dormitorios? -dijo con voz cómplice.

La puerta se abrió con un leve chirriar de las bisagras. El Doctor Tucker le había guiado hasta lo que ahora sería su "*territorio personal*" "Decórelo como se le antoje, pero evite usar clavos en la pared. Es frágil y antigua. Use marcos para sus fotografías personales o títulos de los que quiera alardear" Le dijo el Doctor.

La habitación lucía un antiguo papel pintado en un tono amarillento con franjas naranjas que cruzaban de arriba abajo la pared como si se tratara de un código de barras. Un enorme ventanal con unas preciosas vistas al patio trasero cubierto de frondosa vegetación le daba la bienvenida justo delante de él, por el cual entraban ahora los cálidos y anaranjados rayos del crepúsculo. Pegado a una pared, cerca del ventanal, se hallaban las puertas que daban acceso a un amplio armario empotrado. En la parte derecha de la habitación se encontraba una pequeña librería y un escritorio antiguo pero bien cuidado, acompañado con un moderno flexo que desentonaba con la estética general del dormitorio. A su izquierda se localizaba una cama bien vestida pero de delgado e incómodo colchón. A los pies de la misma, una diminuta puerta daba acceso a un cuarto de baño que disponía simplemente de un retrete, un lavabo y un plato de ducha.

"Siéntase como en casa, puesto que ahora es eso mismo, su nuevo hogar"

Sentenció Tucker justo antes de que se fuera.

Una vez se cerró la puerta y se encontró a solas en la habitación, Jack soltó la maleta, cayendo ésta violentamente contra el delicado y antiguo suelo de parquet, alzó la cabeza, tomó aire lentamente, y lo soltó todo en un ahogado y largo suspiro. Comenzaba ahora la ardua tarea de dismantelar el contenido de la maleta y guardarlo todo en su lugar correspondiente, ya que él siempre había sido muy quisquilloso respecto a todas sus cosas. Eso le llevó apenas media hora. Una vez guardado todo en su sitio y sintiéndose orgulloso de si mismo, Jack contempló los últimos rayos de sol que le brindaban aquel precioso atardecer. "Es realmente hermoso" Pensó en voz alta.

Entonces, algo llamó su atención.

Jack bajó la mirada hacia abajo, donde junto a la pared del caserío el césped brotaba fértil del suelo. Allí, se encontraba de nuevo ella. Presentaba el mismo aspecto general que cuando la vio por primera vez esa misma tarde junto al rosál. Sus cabellos dorados parecían irradiar una potente luz, más incluso que la del sol. Sus ojos azules se inyectaban directamente en los ojos esmeralda de Jack. No parecía mirarle a él, sino a su interior, hasta llegar al núcleo de su alma. En su delicada y blanca mano sostenía de nuevo una rosa de un color carmesí tan intenso que parecía que la habían sumergido en un pozal de sangre. Había algo de ella que le atraía fuertemente, aunque no atisbaba a determinar que era. Cuando lo supo, su sangre se tornó gélida como el hielo.

Al contrario que los árboles, altos y robustos que allí se encontraban, la niña

no proyectaba sombra alguna.

Hacía ya horas que la luna le había arrebatado el terreno al sol en la bóveda celestial; junto a ella, miles de diminutas luciérnagas a la que algún hombre una vez se le ocurrió denominar “estrellas” se encontraban esparcidas heterogéneamente por el firmamento.

Jack llevaba acostado desde que el ocaso había finalizado pero ni tan siquiera lograba cerrar los párpados. Aquella niña, preciosa y delicada, le atormentaba. “¿Quién era esa niña?” No paraba de preguntarse una y otra vez sin conseguir hallar la respuesta. Al fin, harto de dar vueltas inútilmente bajo las sábanas, se levantó deseoso de centrar su mente en cualquier otra tarea. Se dirigió al escritorio, encendió el flexo que emitía una blanca y pura luz, y dirigió su mirada hacia la estantería situada a continuación del mismo. Al igual que en el despacho del Doctor Tucker, los libros que allí habían eran antiguos, amarillentos y de quebradizo aspecto.

Algo llamó su atención en aquella misma estantería. Se trataba de una estatua. Lo agarró con fuerza ya que su elevado peso lo requería y lo puso bajo la luz del flexo. Se trataba de un hombre musculoso que cargaba a sus espaldas una enorme esfera de cristal con una franja dorada que la dividía por la mitad. Tallado con exquisito cuidado, se encontraban dibujados en la esfera de cristal todos los continentes. Jack miró la base de la pequeña estatua.

-Atlas-

Hijo de Jápeto y Clímene

“Y yo, Zeus. Soberano de todos los dioses del Olimpo. Te condeno a ti, Atlas, a cargar

con el peso de la tierra y de los cielos para toda la eternidad”

Jack estaba sorprendido por aquella pequeña obra de arte que había en su habitación. La dejó delicadamente sobre el escritorio, al lado del flexo. La luz del mismo caía directamente sobre la esfera, profiriéndole un brillo hipnótico en el cual la luz se descomponía dando lugar a un precioso y resplandeciente arco iris.

Entonces un grito gutural y desgarrador le transportó de nuevo a la realidad. Jack, asustado, no sabía cómo reaccionar. De pronto comenzó a oír veloces pasos provenientes de todas direcciones. Unos violentos golpes en su puerta le provocaron un respingo. Estaba aterrado, desprendía el olor del miedo por todos los poros de su cuerpo.

Una enfermera algo rechoncha abrió violentamente la puerta y asomó su orondo rostro “¡Doctor, le necesitamos! ¡Tenemos una emergencia con un paciente!” Jack no se lo pensó dos veces. Era su momento. Simplemente se limitó a asentir y a correr tras ella por el pasillo dominado por la oscuridad.

Ya había perdido la cuenta de cuantas escaleras había bajado y de cuantos pasillos había cruzado detrás de aquella rolliza enfermera. Su velocidad y aguante parecían la de un velocista experimentado y Jack ya se encontraba agotado intentando aguantar su ritmo. Cuando la enfermera abrió la última puerta, los alaridos cobraron toda su intensidad posible.

En el centro de la habitación mugrienta y oscura, había una camilla, y

esposado a ella, se encontraba un hombre. Tenía una estatura media; su cuerpo semidesnudo estaba bien definido y sus músculos sudorosos revelaban que estaba en perfectas condiciones físicas. Su pelo era algo largo y salvaje, al igual que su barba, aunque esta última no era densa. Gritaba como si estuvieran prendiendo fuego a su alma. “¡SOLTADME!” Era lo único inteligible que salía de su boca entre alarido y alarido. Estaba haciendo una fuerza brutal, provocando que la camilla se moviera violentamente con cada envite de su cuerpo.

- ¡Doctor, rápido! ¡Adminístrele un sedante!

- ¡Voy! –respondió Jack rápidamente.

Se acercó a una pequeña mesa auxiliar que había pegada a una pared y comenzó a buscar entre los muchos frascos que allí había; sacó finalmente dos jeringuillas: una la guardó en el bolsillo de su pantalón y la otra la desprecintó, lista para usarla. Sacó un pequeño bote de cristal que contenía un líquido trans-lúcido.

Mientras tanto, aquel hombre seguía convulsionando violentamente de un lado para otro; hasta que al final, el grillete de la mano izquierda se soltó liberando la mano. Instintivamente él agarró el cuello de la enfermera que tenía más cerca, presionando con hercúlea fuerza. “MUERE, ZORRA, MUERE” Gritaba. Entonces, Jack se abalanzó sobre el brazo, intentando apartarlo. Después de un pequeño forcejeo al final consiguió soltar a la enfermera, que cayó desplomada en el suelo intentando recobrar el aliento mientras se agarraba con fuerza su delicado cuello completamente enrojecido. Jack se puso sobre el pecho de aquel hombre, intentando do-

minarlo, cuando volvió a verla.

Era ella de nuevo. Aquella hermosa niña permanecía en una esquina dentro de aquella habitación, salvo que esta vez era muy distinto a las anteriores veces. Su pelo estaba pasando de ser aquellos delicados hilos de oro a un intenso y oscuro negro, como una noche sin luna ni estrellas. Sus ojos se tornaban de un color bermellón mientras miraba la figura maniatada de aquel hombre. Aún mantenía aquella rosa en la mano, al igual que en sus anteriores encuentros con ella. Salvo que esta vez no irradiaba aquel vivo tono rojo que presentaba las otras veces; ahora era de un color pardo, triste y muerto. En su boca, se perfilaba una extraña y maquiavélica sonrisa. Con aquellas delicadas manos apretaba con saña la flor, provocando que ésta penetrara en su fina piel aterciopelada. Ahora, por el tallo de la flor, discurrían espesas y densas gotas de sangre escarlata que se precipitaban al vacío hasta chocar contra el suelo.

Despertando en un momento de luz de la extraña hipnosis que le había provocado la niña, Jack le clavó con más saña que puntería la aguja en el cuello. Presionó e introdujo la somnífera carga al torrente sanguíneo del hombre, sumiéndolo por completo en un profundo sueño.

Retiró lentamente la aguja y la lanzó al suelo. Puso los dedos sobre su cuello. “Tiene pulso”. Jack volvió a dirigir su mirada hacia la esquina, donde ahora solo había oscuridad.

- Magnífico trabajo, Doctor Mauler.

- Tranquila... Sólo hago mi trabajo. –Sentenció– Si pasa otra cosa de estas, avisadme sin demora.

Todas asintieron rápidamente con la cabeza y Jack, completamente agotado, comenzó su retirada triunfal hacia su habitación.

Se perdió unas cinco veces antes de dar de nuevo con su dormitorio. Estaba ahora realmente fatigado, le pesaba cada minúsculo átomo de su cuerpo, pero sabía mejor que nadie que no podría dormir, no después de lo sucedido durante el día y aquella caótica noche.

Encontró el pomo frío y metálico en la oscuridad y lo giró para acceder a su habitación. Una vez dentro, destronó a la oscuridad de aquel territorio encendiendo la luz. Se acercó a la cama y prácticamente se dejó caer. Miraba al techo, agotado y perturbado. No dejaba tan siquiera un instante de pensar en aquella niña, porque nadie excepto él era capaz de verla y la transformación que había tenido aquella noche; su mente ahora trabajaba como un potente ordenador mientras que el cuerpo descansaba sobre aquel duro y maloliente colchón.

"Necesito descansar" Sentenció definitivamente; salvo que esta vez, fue un pensamiento en voz alta.

Se levantó y entró en el baño. Sacó el pañuelo de tela que le había regalado su tía unos cinco años atrás; éste aún estaba ennegrecido, fruto de la oportuna limpieza del letrero que le condujo a aquella casa de locos. Lo limpió con más ímpetu que cuidado, dejándolo imaculado.

Ahora, sentado de nuevo sobre su cama comenzó a registrarse los bolsillos. De uno de ellos sacó la aguja aún plastificada que había cogido con anterioridad; y del otro bolsillo, sacó un

diminuto bote de cristal que contenía un líquido turbio y transparente. Dobló el pañuelo, de forma que consiguió un rectángulo de tela. Abrió despacio el recipiente que contenía la aguja y una vez esta fue liberada, la clavó en la tapa de plástico del bote, le dio la vuelta, y extrajo una diminuta cantidad dentro de la aguja. A continuación, apuntó hacia el rectángulo de tela y proyectó el contenido sobre él. Antes de realizar el último paso, depositó la aguja y el bote sobre la mesita de noche, junto al despertador.

Una vez hizo esto, agarró el pañuelo con la mano y mientras lo miraba fijamente pronunció "Cloroformo, bienvenido seas en mí" Él mismo se tapó la boca con el húmedo pañuelo, apenas tardó tres segundos en desplomarse totalmente inconsciente sobre el colchón.

Así terminaba para Jack Mauler su primer día en aquel monumento a la locura, en aquel infierno, en aquel "*Exsulis Domus*".



Hasta que la muerte os... nº3

Ya tienen a un sospechoso, pero surgen nuevos detalles que captan la atención del detective privado Ryley Knight. ¿Quién será el culpable de este caso? Y es que, muchas veces, lo que parece sencillo puede llegar a ser muy complejo.

por Víctor M. Yeste

Cerraron la puerta de la celda justo enfrente del sospechoso. Los barrotes de metal casi aplastaron la nariz de Seamus Freyd, quien los cogió con fuerza y profirió juramentos de todo tipo.

- ¡Os digo que soy inocente, estúpidos!

- Claro, y por eso corrías como un gamo, ¿eh? -replicó con sorna Daylime, acercando el rostro al de su interlocutor.

Seamus inclinó la cabeza hacia atrás y le escupió en la cara al guardia. Éste se apartó, asqueado, y sacó un pañuelo del bolsillo.

- En todo rebaño tiene que haber una oveja negra... -refunfuñó, limpiándose los esputos.

- Lo importante es que, si él es el ase-

sino, ya no habrá más muertes -afirmó Ryley, cogiendo su sombrero de una mesa cercana.

- ¡No tenéis pruebas! ¡No podéis demostrar nada, inútiles! -bramó Seamus.

Ryley Knight era conocido por muchas cosas, pero no poseía el don de la paciencia. Se dirigió al preso y, cogiéndolo de la solapa, lo acercó a él.

- ¿Te crees que somos tontos? -murmuró el detective, entrecerrando los ojos-. Qué casualidad que el orden de las muertes sea el de los primogénitos de la familia Freyd. ¿A por quién pensabas ir después, a por Jon? Es el siguiente en la lista, ¿no?

- No tienes ni puñetera idea -le espetó éste, separándolo de un empujón-. Y te darás cuenta de tu error la próxima vez que muera alguien.

Ryley chasqueó la lengua y se puso el sombrero. Llamó de un silbido a Hyron y se dirigió a la puerta. A medio camino, se inclinó hacia Daylime.

- Si de algo tiene razón el imbécil ese es en que no tenemos pruebas -susurró-. De hecho, todavía no podemos confirmar la metodología de los asesinatos...

- ¿Veneno?

- A estas alturas es lo más probable -admitió-. Podría haber algún componente mágico en juego, pero en un lugar como éste... lo más lógico es que se trate de envenenamiento con alguna sustancia a la que haya podido tener acceso.

Ryley se mordió la lengua, su mirada perdida en la pared del edificio de la guardia de Winset. Tenía la sensación de que había algo, algún detalle, que había pasado por alto.

- En fin, será mejor que vaya a acostarme...

Fue hacia la salida pero, justo cuando iba a franquearla, todo comenzó a dar vueltas. Perdió el equilibrio y tuvo que sujetarse en el marco para evitar una caída casi inminente. Hyron ladró varias veces, mirándolo fijamente.

- Señor Knight, ¿se encuentra bien? -inquirió Daylime, haciendo ademán de sujetarle.

Ryley lo rechazó, liberándose el brazo.

- Apartase -gruñó Ryley, sacudiendo la cabeza y tocándose la sien con la mano.

- ¡No! ¿Ha sido envenenado? -el guardia abrió los ojos con horror.

- ¡Cállese! -protestó, irguiéndose de nuevo-. Por supuesto que no. ¡Si así fuera, ya estaría muerto!

De improviso, una risa llegó hasta

ellos y los interrumpió. Su fuente, Seamus, se había sentado en su camastro y los miró con diversión.

- ¿Y vosotros sois los que tenéis que atrapar al verdadero culpable? ¡A este paso, quizá se muera él mismo por causas naturales!

- ¡Como no cierres el pico, entraré ahí y te lo cerraré yo mismo! -le amenazó Ryley, señalándole con el dedo.

La sonrisa de Seamus desapareció de manera súbita. Daylime parpadeó, pero no profirió palabra alguna.

Ryley Knight dio media vuelta y se puso en camino hacia la posada. Cada vez que se veía metido en un caso le ocurría lo mismo: tenía que dejar la bebida para poder pensar con claridad, pero el precio que pagaba era el deterioro de su condición física.

Había conocido a otras personas con su mismo problema. Fantasmas atormentados cuyo único refugio era el alcohol. Si se veían obligados a prescindir de él... a cada uno le afectaba de una manera. Dolor de cabeza, insomnio, náuseas...

Todo para intentar olvidar, fútilmente, su pasado. Aquellos recuerdos que le perseguirían hasta la tumba. Todos felices, todos desaparecidos para no volver jamás.

El precio de una mente despejada.

Llamó a la puerta con los nudillos y se echó un paso hacia atrás. Era por la mañana y el poco sueño que había conseguido capturar no le había ayudado demasiado. Se restregó un ojo con la mano y esperó.

Margaret Levy abrió la puerta y sonrió levemente.

- Señor Knight, le estaba esperando.

Pase, pase -le invitó, quitándose el delantal.

- Muy bien.

-¿Té? -ofreció ella, señalando una silla.

- No, gracias, no la entretendré demasiado -dijo Ryley, sentándose-. Verá usted, siempre que acepto un caso... acostumbro a cobrar por adelantado. Pero, debido a todo lo ocurrido...

- ¡Oh! -exclamó la mujer-. Por supuesto, no se preocupe. Tenía el dinero preparado.

Se acercó a la cómoda del fondo y abrió un par de cajones. Hyron la siguió, moviendo la cola y olisqueándolo todo.

- Aparta... -murmuró ella, sonriendo-. Estoy segura de que lo tenía por aquí...

De improviso, los pelos del can se erizaron y éste gruñó y ladró al mueble.

- ¡Hyron! ¿Qué te he dicho de cotillear en casas ajenas?

El perro lo miró y gimió, abatiendo las orejas.

- ¡Aquí! -insistió el detective, señalando la porción de suelo cercana a su asiento.

Su mascota volvió a gimoteo y se acostó donde le habían ordenado.

- ¡Ah, ya lo he encontrado! -Margaret extrajo una bolsita de la mesilla de noche y cogió una galleta de un bote, situado en un estante de la sala-. Y esto para ti, tontín.

El perro se la comió con visible regocijo y dio una vuelta alrededor de sí mismo. Ryley, por su parte, aceptó la bolsita y la introdujo en la capa.

- Muchas gracias, señorita Margaret -se levantó e inclinó con los dedos el ala del sombrero.

- Entonces, ahora que han encontrado

al asesino, ¿se irá de la aldea? -se interesó ella mientras le abría la puerta.

- Oh, todavía no estamos seguros de haberlo encontrado. No tenemos pruebas ni nada que pueda incriminarlo -le explicó, encogiéndose de hombros.

- ¿No? ¡Qué lástima! Bueno, pero seguro que Rick encontrará alguna, ¿no? -insistió Margaret-. No se sienta obligado a quedarse si piensa que su labor aquí ha terminado.

- Mi trabajo no ha hecho más que comenzar, señorita -le explicó éste, arqueando las cejas-. Ahora tendremos que demostrar que él es el culpable y, de no ser así, encontrar al verdadero.

- ¿Me está diciendo que sospechan de alguien más? -se llevó ambas manos a la boca, escandalizada-. No de Jon, ¿verdad?

- Hasta que tenga alguna prueba, sospecho de todo el mundo... salvo de Hyron -zanjó el detective.

Salió al exterior y observó el jardín. Suspiró, negando con la cabeza, y retomó el camino de piedras hacia la verja. Una de las peores cosas de investigar es que debía aguantar a personajes de lo más variopintos. Unos más excéntricos que otros. Y él no era muy sociable, precisamente.

Poco después, cuando todavía estaba bordeando la verja hacia la siguiente propiedad, se encontró de frente con Jon, quien lo saludó con sorpresa.

- ¿Se sabe algo más, señor Knight?

- Ojalá -respondió éste, haciendo ademán de pasar por su lado-. Tendremos que seguir investigando.

En el último instante, el joven le cogió del brazo.

- Espere.

Se pasó la lengua por los labios y miró

a ambos lados, con un nerviosismo palpable.

- ¿Y bien? -apremió Ryley con voz ronca.

Jon respiró hondo.

- No debería sospechar solamente de Seamus -murmuró con aprensión.

Durante unos segundos, el detective esperó a que salieran más palabras de la boca del otro, pero al final no pudo aguantar más.

- Si vas a decir algo mínimamente interesante, dilo ya, chico, no tengo todo el día.

- Seamus no es el único que podría tener algún motivo para acabar con la mitad de mi familia. De hecho, ahora que estamos arruinados, no conseguiría nada siendo el heredero...

- ¿Cómo? -los ojos de Ryley se abrieron de par en par.

Jon se llevó las manos a los bolsillos y se encogió de hombros.

- Sí, el viejo Cechron era muy aficionado al juego, al igual que mi tío Seamus. Se pasaban las noches en la taberna, gastándose gran parte del dinero que ganaban en las cartas. Un día, al parecer, bebieron de más y en una partida especialmente igualada... mi abuelo perdió todo lo que tenía -bajó la mirada al suelo y musitó-. Absolutamente todo.

- ¿A quién le debía dinero, entonces?

Jon alzó los ojos.

- Rone Lome, el posadero.

Una serie de imágenes cruzaron fugazmente su cerebro. Cuando se interesó sobre si había trabajo en la aldea, por un momento, pareció que Lome iba a hablar. Al día siguiente, le preguntó por qué no le había hablado de las muertes, y dijo que no era de su incumbencia. En otra ocasión señaló que los Freyd tenían

bastante dinero y quizá los asesinatos se debían a eso. Pero nunca mencionó nada sobre los juegos.

- Según me contó mi abuelo la noche anterior a su muerte, Lome le exigió más de lo que era capaz de pagar, y llegó a amenazarle.

Ryley asintió, acariciándose una ceja, pensativo.

- ¿Lo sabe alguien más?

- No, no he tenido el valor de decirse-lo a nadie más... Comprenda usted que con tanto disgusto, lo último que necesitamos es uno más...

- Pues seguro que tendrán algún otro si siguen ocultando este tipo de datos... -se quejó Knight, alejándose del joven.

- ¡Una última cosa! -saltó éste.

- ¿Ahora qué? -la voz de Ryley se tiznó de irritabilidad.

- Seamus lo sabe. Sabe que estamos arruinados. Estaba con mi abuelo cuando lo perdió todo.

El detective hizo una señal de despedida y prosiguió su camino.

De improviso, detuvo sus pasos y maldijo en su interior. Eso lo cambiaba todo. Si los Freyd carecían de riquezas, no tenía ningún sentido querer ser el heredero de un terreno baldío.

Pero Lome seguro que también sabía que Cechron se había quedado sin blanca. ¿Por qué le había amenazado? ¿Le extorsionó, quizá, para que arrebatara también a sus hijos lo que tenían?

Era momento de hacerle una visita, pero no sin antes pasarse por el edificio de la Guardia. Si algo le había enseñado la experiencia, es que una vez se apresaba a un sospechoso... el destino insistía en teñir todo de un cariz cada vez más interesante.

Ryley volvió a la oficina de la Guardia de Winset. Una vez dentro, se sentó en una silla que había al otro lado del escritorio de Daylime y suspiró. Estaba comenzando a sentirse cansado debido a tanta caminata de un lado para otro. Curiosa jugada le hacía el destino que, cuando no tenía un caso que resolver, lo acribillaba con latigazos tan negros como el betún. Y cuando investigaba uno, insistía en mantenerlo en una batalla constante contra sí mismo.

Hyron, en cambio, no podía estar más feliz que cuando tenía la oportunidad de ir de un lugar a otro y curiosear en viviendas ajenas.

- ¿Aburrido de buscar oro donde sólo hay piedras, detective? -Seamus soltó una risita-. ¿Sabes una cosa? Quizá me habéis hecho un favor y todo. Encerrándome aquí -señaló las paredes y las rejillas que tenía a su alrededor-. Con una pandilla de incompetentes como vosotros, es mejor esto que estar esperando mi propia muerte.

Ryley sonrió, pero no se giró hacia él. Sin embargo, el prisionero sólo podía atisbar la mitad de su rostro, y con éste la cicatriz en la comisura de su boca, que transformaba su sonrisa en una mueca sardónica, cruel y algo lunática.

- ¿Y qué te hace pensar -susurró el detective, aun cuando estaban solos en el edificio- que estarás a salvo ahí dentro?

Se giró hacia el preso y la carne de éste se puso de gallina. Tragó saliva, sin saber qué contestar.

- Cuida bien tus palabras -prosiguió Ryley, alzando los brazos por detrás de la nuca y recostándose en su asiento-. Si de verdad eres inocente, a este paso, o encuentro pronto al asesino... o tus horas están contadas.

Durante un instante, el silencio invadió la estancia. El silencio de alguien acostumbrado a tomarse las cosas con poca seriedad. El silencio de alguien que de repente se da cuenta de que la vida no es un juego. Y, ocurra lo que ocurra, siempre acaba en muerte.

Se oyeron unos pasos que, al andar, arrastraban la tierra pedregosa del camino hacia el lateral de la construcción. Un par de sombras cruzaron las ventanas y Ryley se levantó, escudriñando la entrada.

Sherley y Audrey Freyd aparecieron en el umbral. Hyron asomó la cabeza por el hueco de la mesa y ladró, moviendo la cola.

- Pasen, pasen -les invitó Ryley, acercándose a ellas.

Audrey asintió a modo de agradecimiento, y ambas se internaron en la oficina. El detective les ofreció un asiento, que declinaron.

- No se preocupe, no nos quedaremos mucho tiempo. Hemos venido a ver a Seamus y... bueno... ver si podemos ser de alguna utilidad.

Ryley alzó las cejas.

- Ver a Seamus... -repitió-. Entonces, ¿cree que no es el culpable?

- Oh, por supuesto que no, señor Knight. Seamus siempre ha sido muy... nervioso -concedió Audrey, encogiendo los hombros-. Pero nunca haría algo tan atroz.

- Sherley no parece opinar lo mismo -señaló él.

Y era cierto, puesto que su compañera estaba negando con la cabeza. Todavía tenía los ojos hinchados pero había dejado de llorar. Su mirada era diferente a la de la noche anterior. Más cansada pero, al mismo tiempo, más decidida.

- Maldito bastardo... -insultó ella por lo bajo-. Siempre has sido el virus de los Freyd, y no pararás hasta acabar con todos nosotros, ¿no?

Seamus se levantó del camastro y se apoyó en los barrotes.

- Yo no he matado a Tim ni a ninguno de los demás, Sherley.

- ¡Eso! ¡Haz como siempre! ¡Niega todas las barbaridades que haces! ¡Miente! -le comenzó a gritar Sherley, dando un par de pasos hacia el preso. Ryley se dispuso a detenerla, pero ella lo apartó con la mano-. ¡Huye de esa espantosa verdad que siempre has sabido pero que nunca has querido aceptar: que sólo sirves para hacer daño a los demás! Tenías una familia con dinero, unida como pocas. Nos juntábamos tanto para comer, para cenar o incluso simplemente para visitarnos que casi parecía que vivíamos todos juntos. Nos queríamos. ¡Hasta el mismo Legyn dejaba su nido de libros para pasar un buen rato con su familia! Y tú, vil demonio, tuviste que estropearlo todo. ¡Por dinero, para sustentar tus condenados juegos!

- Sherley...

- ¡Mataste a Tim, e incluso mataste a mi Zax! -continuó Sherley, su voz rota en sollozos, agarrando a su vez las barras de acero-. ¡Me has dejado sola! ¡Has destrozado todo lo que quería! ¡Me has arrebatado todo salvo la vida! ¡Quítamela de una vez y acaba lo que empezaste!

Ryley no pudo resistirse más y la agarró de los hombros, arrastrándola hacia atrás.

- ¡Señora, por favor, se lo suplico! -dijo entre dientes éste, intentando alejarla.

- ¡Mátame! ¡Mátame o ni el mismo Orgul impedirá que acabe contigo! ¡Lo

juro!

- ¡Sherley! -exclamó Audrey, llevándose la mano a la boca, con lágrimas asomando por las pestañas.

- Señora, lo siento pero debe tranquilizarse, por favor -le pidió Ryley, obligándola a cruzar la puerta.

De repente, una voz surgió del fondo de la estancia.

- ¡Sherley, seré un desgraciado, pero si algo puedo jurar ante los dioses es que no soy el culpable de todo esto! ¡Soy inocente!

Ésta soltó un grito de resignación y se separó del detective. Audrey se apresuró a rodearla con un brazo y obligarla a tomar el camino de vuelta.

- Lo siento -articuló la madre de Jon, mirando a Ryley.

El detective agitó la cabeza, quitándole importancia, y silbó. Hyron salió al umbral y resopló. Su amo le rascó por detrás de las orejas y se giró para echar un vistazo al preso. Sus miradas se cruzaron durante un breve instante.

Ryley cerró la puerta.

Se dirigió a la posada, ensimismado en sus pensamientos. La reacción de Seamus ante los gritos de Sherley le había parecido real. Unido a que todavía no tenían una prueba contra él, todo parecía indicar que podría ser inocente. Y lo más preocupante era que el verdadero asesino andaba suelto.

Tan absorto estaba en sus cavilaciones que no se dio cuenta de que su perro había erizado los pelos y comenzado a gruñir. Continuó su camino hasta alcanzar la esquina final de una callejuela, sin levantar la mirada del suelo.

PAM.

Cayó al suelo de espaldas y todo dio

vueltas. Al pasar la lengua por los labios, sintió el sabor salado de la sangre, indicando que posiblemente le habían roto la nariz.

Parpadeó y enfocó la vista en los responsables. Varias personas salieron de ambos lados. Una de ellas blandía un madero, con el cual dio un par de golpecitos en su otra mano.

- Creías que podías venir a Winset, tratarnos como basura e irte de rositas, ¿no? -murmuró uno de ellos.

Ryley los reconoció: eran los hombres a los que había propinado una paliza la noche de su llegada a la aldea. Los compañeros de apuestas de Seamus.

- ¿Os quedasteis con ganas de más? -musitó él, apoyándose con ambas manos para incorporarse.

Hyron ladró desde una distancia prudente, pero sus reflejos llegaron demasiado tarde. Uno de ellos se abalanzó hacia él y le dio una patada en la cara, tirándolo contra la pared.

- Miradlo bien, chicos -se jactó el que tenía la tabla-. ¿Me estáis diciendo que este vejestorio fue el que os dio una paliza? ¿Él sólo contra cuatro?

Ryley se rió entre dientes, apoyándose en el tabique.

- Te asombraría ver de lo que soy capaz en un día bueno.

Acto seguido se dio impulso hacia delante y embistió con la cabeza al que se encontraba más cerca. Su contrincante lanzó un quejido, sujetándose la barriga, así que lo remató de un gancho que lo mandó volando un par de pies hacia atrás.

De improviso, varios de sus compinches lo agarraron a la vez de ambos brazos, aprisionándolo. El que le había dado el primer golpe, que parecía el lí-

der, se situó delante de él y movió de un lado a otro la cabeza.

- Estos forasteros nunca aprenden. Vienen a las aldeas a molestarnos, creyéndose los dueños y señores de todo -sonrió, soltando la madera-. Para ellos no somos más que simples campesinos con poco cerebro.

Le dio un puñetazo en el estómago con todas sus fuerzas. El golpe provocó unas fuertes arcadas en el detective.

- Muy listos, sí señor -articuló a duras penas-. ¿La tomáis con quien está intentando descubrir a un asesino en vuestro amado pueblucho? ¿Por una pelea de taberna? Debería marcharme y que él acabara con todos vosotros.

- Oh, no te equivoques, señor -contestó el campesino remarcando la última palabra-. La disputa del otro día me importa más bien poco. Pero hemos oído que estás metiendo las narices donde no te llaman. Has estado haciendo más preguntas de las que te convenían.

Le dio un revés en el pómulo derecho y otro más en el izquierdo. Los ladridos de Hyron parecían lejanos y Ryley sintió que comenzaba a perder la consciencia. El lugareño lo sujetó de la barbilla, obligándolo a devolverle la mirada.

- Olvídate de todo lo que ocurre en las apuestas de la taberna. El asesino no está entre nosotros, viejo.

- ¿Y tú qué sabes, majadero?

El otro le soltó la barbilla, dejando escapar una carcajada. De pronto, se puso serio y le dio un puñetazo en la sien. Y todo se volvió negro.

Algo húmedo le recorría el rostro y por un instante pensó que había comenzado a llover. No obstante, un gimoteo muy cerca de su oreja le sacó de dudas.

Cuando abrió los ojos, vio a Hyron subido encima de él, tocándole una y otra vez con su hocico y lamiéndole las heridas de la cara.

- Tranquilo, muchacho, no es la primera vez que ocurre, ¿no es así? -murmuró Ryley, acariciándole el lomo.

Intentó incorporarse, pero se sentía débil tras la paliza. Estaba harto de su situación, pero tampoco tenía la valentía necesaria para remediarlo. Siempre le ocurría lo mismo. La abstinencia, negra enemiga que le acechaba tras cada recodo. Cada vez que debía privarse de la bebida, tomaba control de su cuerpo y tornaba su fuerza en debilidad. Su destreza física en una broma a la merced de simples aldeanos.

Pero era necesario si quería mantener la mente lúcida. Necesitaba el alcohol para colmar su mente de oscuros nubarrones, pues sólo un cielo despejado podría dar paso a la luz del Sol.

Ryley cerró los ojos. Se sentía en medio de una guerra entre un estado y otro, sin que ninguno de los dos se impusiera al otro por mucho tiempo. Una continua pesadilla, con el temor añadido de que nunca podría estar a la altura de su pasado. Un sabueso inteligente como un zorro, agudo como un águila, fuerte como un león.

Alienne. Su amada Alienne. Pelo cobrizo, mirada benévola, mejillas sonrojadas. Nunca más podría volver a verla.

Una lágrima comenzó a traspasar la muralla de sus pestañas.

Se la limpió y se levantó de un salto, emitiendo un quejido de dolor. Se tocó el abdomen y se mordió el labio inferior. Debía ponerse en marcha, antes de que los fantasmas le arrebataran la voluntad.

Se dirigió hacia la posada. Se acercó al establo y se lavó la sangre con el agua del bebedero de los caballos. Nadie podía averiguar lo ocurrido o perdería el respeto de los lugareños.

Tras asegurarse de que tenía un aspecto adecuado, entró en el local y se dirigió a la barra.

- Hola, señor Knight, ¿qué desea que le sirva?

- Querría unas palabras en privado, señor Lome.

El rostro del posadero se tornó lívido.

- P-por supuesto, mi señor -repuso tartamudeando.

Se dirigieron a un rincón de la barra, algo más alejado de las mesas. Ryley se quitó el sombrero y lo dejó en el mostrador.

- He averiguado que Cechron Freyd le debía bastante dinero, ¿es cierto?

- Sí.

- ¿Y por qué no me lo dijo antes?

El tabernero se limpió las manos en el delantal y se encogió de hombros.

- No quería levantar sospechas infundadas, mi señor.

- Pues ha provocado justo lo contrario -replicó el detective, mirándolo fijamente.

- ¡Pero yo no soy un asesino! -exclamó Lome en voz muy baja.

- Pero sí intentó obligar a Cechron a que le devolviera el dinero de un modo u otro.

- ¡Por supuesto! -admitió éste-. Era mi dinero. No me importaba de dónde lo sacara pero los negocios son los negocios.

- Y las apuestas también, ¿no? -añadió Knight con una sonrisa irónica.

Lome se quedó en silencio, apartando la mirada.

- Mire, sino tienen dinero, no lo tienen y punto -le explicó tras unos instantes-. Ya me lo daría cuando lo ganara, y tampoco es que se fuera a ir a ningún sitio. ¿Por qué habría de matarlo a él o al resto de sus seres queridos?

Ante esto, Ryley no encontró una respuesta verosímil.

- ¿Hay algo que sepa y que todavía no me haya dicho, Lome?

- No, mi señor, eso es todo. Y si supiera más, se lo daría a conocer de inmediato. Tanta fatalidad empieza a afectar al negocio.

Acto seguido, volvió al centro de la barra y comenzó a limpiar unos vasos con un trapo. Ryley, por su parte, se sentó, algo apesadumbrado. Odiaba los casos simples, eran al mismo tiempo los más complejos. Las grandes filigranas se veían venir, pero una forma de operar tan sutil... Para colmo, cuando intentaba indagar en el asunto, lo único que recibía era una paliza y más mentiras.

Nunca había dado un caso por perdido, pero quizá debía permitirse un descanso. Una jarra de hidromiel, solamente una. Hizo amago de levantar la mano para pedirla pero, en el último momento, desistió. No debía darse por vencido. Tenía que haber algo, algo que lo relacionara todo. El motivo que impulsaba al asesino. ¿Qué tenían todas las víctimas en común?

Debía olvidarse del orden, pues podría ser una estratagema para desorientar sus pesquisas. Se acarició muy rápido la ceja, mientras los pensamientos se propulsaban a toda velocidad por su mente. El dinero no podía ser el motivo de las muertes, o el asesino se llevaría el disgusto de su vida. Además, si así fuera, lo primero que hubiera hecho se-

ría asegurarse de que no había desaparecido. Y Seamus lo sabía, así que o era inocente o tenía otra motivación.

¿Que tenían en común, entonces? Todos pertenecían a la misma familia. Tenía que ser alguien que obtuviera algún beneficio con esas muertes. Que le convinieran de algún modo. Lo que sí estaba claro es que si el nexo común era la familia, debía ser un miembro de ésta o alguien cercano a ellos, que los conociese bien y albergara una oscura razón para acabar con ellos. ¿Un ritual mágico? ¿Un rito religioso a alguna criatura abominable?

Se dirigió raudo hacia la puerta, y salió al exterior seguido muy de cerca por su perro. Quizá no había estado evaluando el orden como debía. Pudiera ser que no fuera por herencia sino simplemente parte de algo más grande.

Desde que se había impuesto el culto a los Once Elegidos, raramente se había enfrentado a cultos a otros dogmas. Pero había afrontado algunos realmente espeluznantes.

- Debemos apresurarnos, Hyron -jadeó mientras corría por las calles de Winset-. ¡O será demasiado tarde para Jon!

El Sol se estaba poniendo en el horizonte, así que las luces de las ventanas de la casa de Audrey Freyd, madre de Jon, estaban encendidas. Ryley abrió el portillo de la verja y se apresuró por el camino hacia la puerta principal.

Un grito aterrador cruzó el jardín, haciendo que el corazón del detective latiera todavía más rápido. El can aulló y aceleró, colándose por la rendija de la entrada en el edificio.

- ¡Hyron! -le llamó su amo-. ¡Hyron,

espera! Maldita sea...

Abrió la puerta de un golpe, haciendo que chocara contra la pared contraria, y se paró en el pasillo, sin saber qué dirección tomar. De improviso, Hyron apareció en el descansillo de la escalera y le ladró. Subió las escaleras lo más rápido que pudo y, controlando la respiración, siguió a su mascota hacia la primera estancia de la derecha.

La visión con la que se encontró lo dejó patidifuso. El suelo estaba totalmente ensangrentado, y en el centro se encontraba el cuerpo de Audrey. Sus gafas se encontraban en el suelo, rotas, y el vestido que llevaba estaba rasgado por muchas partes.

A su lado estaba Margaret, con las manos en la boca, mirándole con horror.

- Creía que usted... vine a visitarla y... ¡oh! -prorrumpió en sollozos, dejándose caer en el suelo, arrodillada.

Hyron olisqueaba el cadáver pero, de pronto, enseñó los dientes y ladró hacia la ventana. Por el rabillo del ojo, Ryley vislumbró un movimiento en ella, y se abalanzó hacia allí. Se apoyó en el alféizar, pero no vio a nadie. Los exteriores estaban totalmente vacíos. ¿Un enemigo invisible?

- ¿Vio a alguien? -inquirió a la joven, girándose hacia ella.

- No... Cuando llegué ya estaba así -respondió ella, sin mirar hacia la víctima-. ¿Quién habrá cometido semejante atrocidad?

Los ojos de Ryley se oscurecieron. Hasta ahora las muertes habían sido bastante limpias. Veneno o algún hechizo que todavía no había detectado. Pero éste se saltaba todas las normas. Comenzando por el sexo de la fallecida.

- Hyron, ve a buscar a Daylime.

El perro lanzó un ladrido y salió por la puerta a toda prisa.

Esta muerte era diferente. Los cambios denotan nerviosismo, temor, desesperación... y suelen dejar pistas. Pueden provocar equivocaciones. Y el instinto le decía a Ryley que, por fin, el asesino había cometido una.



El desván de Víctor

por A. C. Ojeda

¿Se atreven a subir con Víctor el tramo de escaleras que les lleva hasta la misma puerta del desván? Si lo hacen, no se arrepentirán.

No había lugar en el mundo en el que Víctor se sintiese más protegido que entre las cuatro paredes que flanqueaban su habitación. Allí dentro daba rienda suelta a su imaginación. Fantaseaba con ser pirata en busca de tesoros perdidos. Se enfundaba su pequeño revólver de plástico y, con una estrella de sheriff enganchada en la camisa, protegía los terrenos del condado. Conversaba con los pasajeros que montaba en su taxi mientras los paseaba por las calles que se dibujaban sobre su alfombra. Nada parecía imposible tras los muros del castillo en el que vivían refugiados sus sueños.

Una tarde, mientras investigaba minuciosamente la escena del crimen llevado a cabo por uno de sus peluches, empezó a sonar un ruido familiarmente extraño para él. Justo sobre su cabeza brotaban aquellos golpes arrítmicos que parecían contener un mensaje oculto. Sin esperar más tiempo, se

levantó y salió corriendo del cuarto. Bajó tan deprisa que estuvo a punto de caer rodando por la escalera. De un salto se quitó los últimos escalones y tras estabilizar sus piernas enfiló el pasillo que llegaba hasta la cocina. El mensaje, imposible de interpretar por el oído inexperto, tenía un significado bastante claro para él. Cogió la bandeja que había preparado antes de encerrarse tras la puerta de su madriguera, volvió sobre sus pasos y empezó a subir, esta vez con un cuidado exquisito, los escalones. No era la primera vez que lo hacía, aun así no conseguía dar esquinazo al nerviosismo que se apoderaba de todo su cuerpo. Durante el camino los ruidos no cesaron ni un instante, lo cual provocaba más temblores en su pulso.

Finalmente, con funambulesca maestría, consiguió posar sus pies sobre el último peldaño. Dejó la bandeja en el suelo sin hacer ruido para girar el pomo con sumo cuida-

do. Un gruñido, parecido al de una cría de dragón, acompañó al lento deslizar de las bisagras. Tomó de nuevo la bandeja en sus manos y comenzó a arrastrar sus pies lentamente. Poco a poco su diminuta figura quedó envuelta en las tinieblas que habitaban el desván. Se convirtió en una tarea tan habitual que ni siquiera precisaba abrir los ojos para realizarla. Había logrado memorizar los pasos necesarios para dejar el encargo sobre la solitaria mesa que se alzaba en el centro del habitáculo. Una vez depositado el inusual manjar sobre aquella mohosa madera, comenzó a dar pasos atrás sin dejar de mirar al frente. El suave tintineo de unas cadenas sirvió de despedida para su fugaz visita.

La luz arañaba sus párpados pidiendo a estos que plegaran sus velas. Su espalda traspasaba el dintel de la puerta, una vez más había cumplido con éxito su misión. Cerró el portón sin querer interrumpir el banquete que estaba teniendo lugar al otro lado y se sentó con la espalda pegada a la pared. Recordó las palabras que un día oyó en boca de su madre: "Si haces las cosas con el corazón, nunca te equivocarás". Una sonrisa se dibujó en su rostro y como un resorte se levantó. Nuevas aventuras estaban esperando tras los muros de su fortaleza y no quería hacerlas esperar. Bajó como un rayo hasta su cuarto y dio un portazo que hizo temblar toda la casa. Se abalanzó sobre sus muñecos, que aguardaban impacientes tal y como los dejó. Allí esperaría, envuelto en mil batallas, la próxima llamada del morador de la buhardilla.

El portón del colegio siempre estaba repleto de padres esperando para recoger a sus retoños. Todos ellos ansiosos y alzando las cabezas, cual jirafas, unos

por encima de otros. Por unos minutos aquella puerta se convertía en una especie de cinta transportadora de maletas; los padres se acercaban, reconocían a sus hijos y de un tirón los sacaban de la marabunta.

Desde hace algunos meses, Hugo espera a Víctor al otro lado de la enorme cancela verde. Concretamente desde el ocho de enero de este mismo año, día en el que los padres del pequeño abandonaron cualquier tipo de existencia. No quedando más que las fotos que descansaban sobre el coqueto recibidor que tenían en casa. Al pequeño no parecía importarle demasiado aquel cambio. Hugo, su abuelo, le llevaba diariamente una bolsa de chucherías con las que él se entretenía de vuelta a casa. Sus favoritas eran las fresas, ya que no podía comer las de verdad debido a una estúpida alergia. Por el camino, además de devorar la bolsa de golosinas, iba absorbiendo en las historias que su abuelo se inventaba para él. Nunca repetía, siempre era una nueva aventura la que salía de los labios de aquel anciano. Pero aquel día, la historia tendría que esperar.

Víctor iba confiado, sabía que de un momento a otro su abuelo le silbaría y él saldría corriendo a su encuentro. Tras atravesar la jauría de padres se paró en seco. Miró hacia ambos lados y no había ni rastro de su abuelo. Era la primera vez que le ocurría algo así. Contrariado y un poco perdido volvió sobre sus pasos. Se sentía seguro estando entre tanta gente.

Entre la muchedumbre sonó una voz familiar, aunque no era capaz de relacionarla con aquel escenario. Buscó con la cabeza el origen de aquellas palabras y al fin pudo distinguir la figura

de Mati, su abuela. Salió corriendo y se abrazó a sus piernas, había pasado miedo durante esos segundos en los que se había sentido solo en el mundo.

Durante el largo paseo que había desde el colegio a su nuevo hogar, Mati intentó explicarle los motivos por los que hoy no había podido ir su abuelo a recogerle. Víctor asintió con un gesto de resignación, por mucho que lo intentase no podía hacer nada para traer a su abuelo con él. Además, su abuela no había olvidado la bolsa de chucherías que servirían para olvidar que hoy se había quedado sin historia.

Al parecer, un extraño virus invernal había atacado a la débil salud de Hugo. No pudo siquiera levantarse de la cama ese día y la tos, que siempre le acompañaba desde hace algunos años, se había convertido en la banda sonora de esa mañana. Ella insistió en llamar al médico, pero él se oponía. Tenía una peculiar opinión sobre esos matasanos de bata blanca.

Víctor estaba deseando atravesar la puerta y poder abrazar a su abuelo. Ansiaba la historia que le debía, no iba a perdonarlo. Así que, en el momento que puso un pie sobre las baldosas del jardín, se soltó de la mano de su abuela y empezó a correr hacia la puerta. Cuando llegó, algo le paralizó por completo.

La entrada tenía una doble puerta, por motivos de seguridad e higiene. La primera era una simple malla para impedir que entrasen mosquitos y demás insectos voladores, detrás de esta se encontraba un pequeño muro de madera con pomo repleto de adornos florales. Poco quedaba de aquella robustez que antaño presentase ese bastión hogareño. A simple vista parecía haber sido

arrancado de un solo golpe. Sobre la malla parecían haber derramado gelatina de fresa. Todo el marco también estaba impregnado de aquella sustancia.

Levantó su mano y, señalando con su dedo índice adelantado, se aproximaba hacia unos de los restos que yacían sobre la mosquitera. Víctor podía oír el latido de su corazón como si éste estuviese a diez milímetros de su tímpano. El tiempo parecía haberse parado y no tenía ojos en ese momento para otros asuntos. La yema de su minúsculo dedo estaba a punto de rozar aquella sustancia cuando de pronto una mano se le posó sobre su hombro.

Se plegaron tanto los párpados que casi salen disparados sus ojos. Su respiración empezó a acelerarse y si antes creía tener el corazón a un palmo de su oreja, ahora tenía al batería de un grupo de rock machacando sus baquetas dentro del oído. Lentamente comenzó a girar la cabeza. Los dedos, que firmemente le agarraban, empezaron a vislumbrarse por el rabillo del ojo. Fue alzando la vista y todo el aire que había recorrido frenéticamente su cuerpo, salió en un profundo y eterno suspiro al descubrir que aquella misteriosa garra no era más que su abuela. Por segunda vez en aquel día volvía a ponerse el traje de superhéroe para salvar a su nieto. Un nieto que se echaba a sus brazos sin dudarle, necesitado de su cariño.

Sin obviar lo extraño de la situación en que se encontraban, la abuela situó a Víctor tras su falda. Éste permanecía agarrado con todas sus fuerzas, sin soltarse un instante. Intentando hacer el menor ruido posible, Mati tiró de la enclenque portezuela. Cedió sin oponer resistencia alguna, permitiendo así a los

improvisados aventureros acceder al interior de la casa.

Ambos recorrieron el pasillo principal agazapados, como alimañas que vagan por el bosque intentando no llamar la atención de algún depredador despiadado y hambriento. El rastro de la violencia se había cebado con las paredes de aquel lugar, presentando un aspecto de lo más tétrico y desconcertante. Por encima de todas las cosas había una que llamaba especialmente la atención de la extraña pareja. El silencio. Lo único que se oía eran sus propios pasos, nada más. "Debe ser ésta la calma que llega tras la tormenta", pensó Mati.

Sin darse cuenta habían atravesado gran parte del corredor, dejando atrás el gran salón en el que descansaba una chimenea con signos de haber sido usada no hace mucho, una cocina totalmente intacta que parecía sobrar en aquel esperpéntico acto y el baño de invitados con sus toallas perfectamente dobladas y sin síntoma alguno de pertenecer a ese pequeño y macabro universo en el que se acababa de convertir el número 13 de la calle Sedal.

Víctor examinaba minuciosamente cada rincón recorrido. Su instinto detectivesco estaba afilado al máximo debido a las historias policíacas que su abuelo le contaba. En mitad del escrutinio hizo un descubrimiento que le sacó la mejor de sus sonrisas. Abrió sus dedos dejando caer la falda y se giró. Envuelto en la emoción quiso salir tan rápido que sus zapatillas chirriaron al deslizarse sobre el parqué en dirección al salón. Allí con el rostro pálido, erguido y sin mostrar ni una sola emoción, le esperaba su abuelo.

Mati se dio la vuelta enérgicamente y

no creía las imágenes que sus ojos mandaban al cerebro. "Es Hugo", repetía una y otra vez. Empezó a caminar en la misma dirección que su nieto mientras llamaba la atención de su marido. Éste permanecía hierático en mitad del salón, como si de un árbol se tratase. Víctor ya había dejado de correr e hizo un alto a escasos metros de Hugo. En ese mismo instante aquel ser que permanecía inmóvil frente a ellos comenzó a hacer torpes movimientos con la cabeza.

- ¿Qué le pasa abuela? -preguntaba un temeroso Víctor.

- No lo sé, cariño. No lo sé. -A Mati no le gustaba un pelo toda esa situación y se notaba en sus palabras que apenas podían salir de sus labios.

- ¡Hugo! Mi vida ¿Eres tú? -preguntaba Mati insistentemente con la voz quebrada.

- ¡Abu! Traigo chuches. Te doy unas pocas si me cuentas una historia nueva. -Víctor intentaba chantajear a su abuelo, a ver si así reaccionaba y salía de su espasmo, pero cualquier esfuerzo era inútil.

Hugo, que había permanecido con los ojos cerrados en todo momento, levantó las persianas que tenía situadas bajo sus cejas dando paso a unas escalofriantes pupilas blanquecinas como la cal. Víctor y Mati se miraron aterrados y volvieron la vista a lo que fuese aquel ser que había robado el físico a Hugo. Éste comenzó a abrir la boca y de ella salió un líquido que Víctor identificó como aquella gelatina viscosa que colgaba de la puerta. Antes de que empezaran a correr, un rugido sacudió todas las figuras estratégicamente colocadas sobre el mueble bar. No había duda, eso no era Hugo.

Víctor comenzó a correr sin mirar atrás y en dos zancadas se encontraba de nuevo en el pasillo. Resbaló un par de veces con aquel mejunje derramado en el suelo antes de poder llegar a la escalera, hizo una parada para ver si su abuela venía detrás y no vio nada.

- ¡¿Abu?! -gritaba Víctor desesperado-. ¡Abuela! Por favor, ¡corre! -La voz de Víctor sonaba demasiado pequeña en aquellas paredes.

- Víctor, corre a tu habitación y cierra la puerta. Yo me quedaré en el baño -esas palabras provenían del salón y era Mati quien las pronunciaba.

Víctor, con la tranquilidad de saber que ella estaba bien, subió las escaleras a toda prisa. Su habitación no quedaba muy lejos del rellano en el que morían los escalones, por lo que llegó en un santiamén. Cerró la puerta y se sentó tras ella haciendo fuerza con la espalda.

Pasaron los minutos y el silencio volvía a ser dueño de todo cuanto se encontraba entre aquellos muros. Víctor se moría por saber qué era lo que estaba pasando en el piso de abajo, pero no se atrevía a abrir la puerta. Además, no podía desobedecer a su abuela.

Mati, encerrada en el baño, comenzó a escribir una nota para su nieto. Sabía que no había otra manera de salir de allí. Solía llevar siempre una pequeña libreta en su falda junto con un bolígrafo que le servían para anotar lo que hacía falta comprar en el supermercado. Esta vez el recado era bien distinto, pero tenía que darse prisa porque Hugo había descubierto que tras la puerta del baño había alguien: ella.

La furia con la que aquel engendro golpeaba la puerta distaba mucho de la apariencia real que tenía Hugo. Sus

famélicas manos se habían convertido en feroces martillos que desgastaban la resistencia de la puerta en cada golpe. Su respiración era un despropósito de sonidos guturales atropellados cada uno con el siguiente, simulando ser una sinfonía de asfixias. Tras la puerta, las lágrimas se mezclaban con la tinta azul de un bolígrafo de publicidad con el que se escribían las palabras más tristes que jamás dedicó una abuela a su nieto.

Víctor no se separaba de la puerta ni un segundo. Seguía tal y como llegó. Empezaba a ponerse nervioso. Necesitaba esconderse de nuevo tras las faldas de su abuela, pero esta vez no estaba allí. Escuchaba golpes que no sabía de dónde venían, y repetía en su cabeza el deseo de que esos ruidos no tuvieran nada que ver con su abuela. De pronto, una puerta sonó y la voz de su abuela tras de sí.

- Hugo cariño, no te pongas así. Te he dicho que ya estaba lista, era sólo un momento. -Víctor no entendía que estaba pasando ahí abajo. Hace un momento pudo ver el rostro de su abuelo y en nada se parecía a aquel señor que se inventaba cuentos para él.

- Agárrate donde quieras y sígueme, tengo algo que enseñarte, mi vida. -Un leve quejido fue lo único que se escuchó y, aunque Víctor no pudiera verlo, Hugo clavó sus incisivos en el brazo de Mati.

- Ven, sube conmigo la escalera. Vamos a ir a un lugar que te va a encantar. -Mati subía lentamente los peldaños seguida por lo poco que quedaba de Hugo.

Al término del primer tramo Mati paró sus pasos. Se dirigió a la puerta de Víctor y pasó por debajo de ésta la nota

que había estado escribiendo minutos antes.

- Pequeño, lee esa nota y no abras la puerta hasta que no sea yo quien te lo diga. -Víctor asintió con la cabeza como si Mati pudiera verlo.

- Abuela, no te vayas. No me dejéis solo -entre lágrimas intentaba balbucear algunas palabras.

- Eres un niño valiente, sabrás lo que tienes que hacer. No llores y sé fuerte. Te quiero Víctor, tengo que irme, tu abuelo se empieza a impacientar.

- Te quiero Abu -una silenciosa gota cristalina recorría su mejilla mientras salían esas últimas palabras dirigidas a su abuela.

Mati prosiguió el camino con su extraño acompañante al lado. Abrió la puerta que daba acceso al desván y juntos la cruzaron hacia al tenebroso almacén que había en la última planta de la casa. Con paso lento pero firme, se perdieron en la oscuridad de aquella habitación. Parecía que, a pesar de toda la rabia que emanaba de aquella mirada, aún había un hilo de cordura en Hugo; el que le hacía seguir a su esposa sin hacer más daño que el de sus dientes sobre el brazo de ésta.

Aquel lugar aún conservaba los amarras para las bicicletas de la familia, así que usó sus últimas energías para sujetar bien fuerte a Hugo con una de las cadenas. Colocó una mesa a unos metros de donde se encontraba, asegurándose bien que la cadena era lo suficientemente larga para llegar hasta ella, sólo hasta ella. Cogió otra y la pasó por su pierna, quedando ella presa junto a él. En ese momento la locura se desató dentro del cerebro de Hugo y el instinto animal hizo el resto.

Víctor sujetaba en su mano la pequeña carta que su abuela le había escrito y una vez que pudo tranquilizarse empezó a leerla.

Cariño, he hecho todo lo posible por mantenerme a tu lado, pero no ha sido suficiente. A partir de ahora te espera una misión bastante complicada. Nunca estarás solo en casa, pero para los vecinos, si es que queda alguno después de esto, sí. Tienes todo lo que necesitas en la despensa de la cocina. Yo me iré en unas horas, pero tu abuelo se quedará contigo. Cuídale, que nunca le falte de nada. Esa será la única manera de que no salga de la buhardilla.

Te quiere, tu abuela.

- ¡Pequeño! ¡Ya puedes salir de la habitación! -estas palabras sirvieron como el amargo adiós de Mati a su nieto.

El pergamino de Isamu - II

por Ramón Plana

A Atsuo le han encomendado la tarea de escoltar a la esposa de su daimio en el viaje a Edo. Varios ninjas velan por su seguridad, pues el peligro acecha en los bosques. En esta misión, Atsuo tendrá que estar más alerta que nunca.

III

Unas horas antes de que saliera el sol, la caravana emprendía el camino en un absoluto silencio. Nadie en la aldea, se dio cuenta de su partida. El propósito de Matsushiro era que cuando los echaran en falta ya estuvieran bastante lejos, así evitarían que los posibles espías pudiesen informar a sus enemigos.

En prevención de un ataque, Atsuo, le sugirió a Yoko cambiar su atuendo y el palanquín con una de sus damas, ya que las dos tenían una figura y estatura parecidas, así en caso de una emboscada esperaban confundir a sus enemigos. También Matsushiro había tomado precauciones dejando señales para que el mensajero que les enviaba Katsuro desde el feudo con instrucciones pudiera seguirlos.

Los jinetes que iban en cabeza se mantenían pendientes de la orografía del terreno: los desniveles y la densidad de árboles eran propicios para una emboscada. Seguían predominando los abetos, cedros y coníferas, si bien iban apareciendo grupos de álamos y hayas



con profusión de matorrales, lo que hacía más intrincada la espesura del bosque.

El sol empezaba a teñir las nubes mientras la claridad aparecía poco a poco. Habían descendido hasta el cauce del río en donde el ruido del agua disminuía los sonidos del entorno. Durante un rato el camino se estrechaba y serpenteaba entre los árboles, lo que obligó a estirar la caravana. Luego el sendero giró hacia el noreste y comenzó a ascender en zigzag por una ladera repleta de grandes piedras y de vegetación.

En mitad de la pendiente Saburo solicitó el permiso de Matsushiro para bajar del palanquín y caminar, de esta

manera los portadores llevarían menos peso. Fujio se acercó a él y descalbó para caminar a su lado. Los dos jóvenes iban charlando y explorando con la mirada los alrededores del sendero buscando indicios de una nueva emboscada. Ambos iban armados con los bokken y las wakizashi.

El sol empezaba a calentar y el esfuerzo de la subida fatigaba a los portadores. La caravana hizo un alto para recuperar fuerzas. Matsushiro mandó a dos exploradores para que buscaran indicios de una posible emboscada. Atsuo se acercó al grupo que formaban Yoko, sus damas y los chicos.

- Será mejor que lleves tu montura con las caballerías Fujio, debemos tener las manos libres -le dijo Atsuo.

- ¿Crees que nos atacaran Atsuo-san? - preguntó Saburo con inquietud.

- Seguro -contestó Atsuo mirando el cerro más cercano-. Los que lo intentaron ayer querrán rematarlo antes de que lleguemos a Edo. Allí les sería más difícil. Estad preparados por lo que pueda pasar -dijo mirando a Yoko.

- No estés preocupado Atsuo -le dijo ésta sonriendo-, somos un grupo numeroso y harían falta muchos guerreros para atacarnos. Debemos disfrutar de la belleza del camino y la pureza del aire.

- Me inquieta vuestra seguridad y la de los chicos, señora -comentó Atsuo-, pero tenéis razón, lo importante es el camino.

Los sirvientes prepararon una mesita para servir un té a las señoras, mientras los hombres y los animales descansaban. Los jinetes echaron pié a tierra. Matsushiro dispuso a los combatientes alrededor del improvisado campamento y se acercó a charlar con Atsuo.

En ese momento, oyeron un griterío por delante del sendero y vieron a los dos exploradores volver corriendo con un numeroso grupo detrás.

- ¡Alarma, nos atacan! -vociferaba uno de ellos mientras ayudaba a su compañero, que avanzaba sujetándose el hombro izquierdo.

La reacción del jefe de la caravana fue fulminante.

- ¡Rápido! -ordenó Matsushiro-. Los alabarderos protegieron los caballos y los víveres, el resto conmigo.

Desenvainando las katanas, los samuráis se distribuyeron en cuña. Eran atacados por un grupo numeroso de mercenarios, compuesto por yakuzas, ladrones y salteadores; los dirigían varios ronin sin estandartes ni emblemas. Gracias a los exploradores, al grupo atacante les había fallado el elemento sorpresa.

Varias flechas de los mercenarios cruzaron el aire cayendo sin acierto, los arqueros de la caravana contestaron disparando por turno y eligiendo bien los blancos. Por fin los dos bandos chocaron y el grupo de Matsushiro fue desbordado por la numerosa horda de atacantes. La lucha era en proporción de dos a uno. Una segunda oleada salió del bosque en un ataque lateral intentando llegar hasta el grupo de Yoko.

Atsuo salió a su encuentro. Un ronin le lanzó un tajo a la cabeza, Atsuo lo esquivó y desenvainó la katana cerceñándole la mano. El herido quiso gritar pero el segundo golpe de Atsuo le cortó la cabeza limpiamente. Aiko, Fujio y Saburo eran atacados por cuatro salteadores, mientras que Yoko y sus damas se aprestaban a luchar con tres yakuzas, uno de los cuales portaba una naginata.

Yoko era experta en su manejo, como la mayoría de las mujeres samuráis de familia noble, y Atsuo, sin pensarlo dos veces, desenvainó la wakizashi y la lanzó contra el yakuza, atravesándole el cuello. El hombre cayó al suelo malherido, mientras, Yoko atrapó la lanza en el aire y atacó a los otros dos haciéndola girar sobre su cabeza y golpeando con fuerza cuando veía la ocasión.

Una de las damas arrancó la wakizashi del cuello del yakuza muerto y desde abajo lanzó una estocada al vientre del enemigo más cercano. La hoja se clavó en la cara interna del muslo. El hombre lanzó un grito y golpeó a la mujer con la empuñadura de la katana mientras la sangre le salía a borbotones. Atsuo saltó hacia él y le atravesó el pecho entre dos costillas, partiéndole el corazón. La dama quedó tendida en el suelo, sin conocimiento y con un corte en la cabeza.

El tercer yakuza atacó a Yoko a la desesperada, su golpe nervioso y mal calculado dio en el vacío y perdió el equilibrio, oportunidad que Yoko no desaprovechó haciendo un molinete y golpeando con toda su fuerza el costado desprotegido del malhechor. La hoja curva y afilada de la naginata cortó carne y huesos matando al hombre en el acto.

Atsuo se volvió con rapidez para ayudar a los chicos. Aiko y Fujio luchaban contra dos mercenarios mientras Saburo, ayudado por un soldado, combatía con los otros dos. La espada de Atsuo centelleó parando un golpe dirigido a Aiko, con un empujón de su hombro apartó al mercenario alejándolo de la niña, con un giro de su muñeca colocó la katana en la boca del estómago del atacante y un poderoso golpe en la em-

puñadura con la palma de la mano hizo que la espada lo atravesara. Sin sacar la katana cogió el arma del herido y propinó un tajo con ella al otro atacante entre el cuello y la clavícula. Recuperó las dos katanas y con una en cada mano avanzó para ayudar a Saburo y al soldado.

Ante la amenaza de que Atsuo les cogiera por la espalda, los dos mercenarios se volvieron para hacerle frente y atacaron cada uno por un lado intentando sorprenderlo, pero Atsuo era un experto en la escuela de las dos espadas. El primero le atacó con un golpe vertical a la cabeza, que paró cruzando las armas, luego con un molinete le propinó un doble golpe vertical a ambos lados del cuello. El mercenario cayó muerto.

El segundo ronin se enfrentó a él poniéndose en guardia, apuntando con su katana a la garganta de Atsuo. Luego empezó a girar a su alrededor, estudiándolo, mientras Atsuo dejaba caer los brazos a lo largo del cuerpo. El ronin amagó una estocada pero Atsuo no se movió. Volvió a amagar, pero esta vez después se lanzó dando un grito a la vez que un golpe en diagonal. Pero Atsuo ya no estaba allí, se desplazó girando y la katana del ronin encontró el vacío. La estocada de la katana izquierda de Atsuo entró por debajo del brazo extendido del ronin, directa a su corazón.

El grupo de soldados que defendían las caballerías y los víveres luchaban sin parar y pasaban apuros rodeados de enemigos. Fujio, Saburo y Aiko se dieron cuenta y atacaron por detrás gritando con todas sus fuerzas. El ánimo de los jóvenes consiguió romper el cerco, y sin enemigos que los rodearan, el grupo de soldados se recompuso. Los heridos

se pudieron colocar en el centro, a su alrededor Yoko con sus damas, después Saburo, Fujio y Aiko, y finalmente los soldados que aún podían pelear, con Atsuo. Algunos samuráis apartados del grupo principal por las peleas individuales acudieron a apoyarlos. Los mercenarios, al verse entre dos fuegos, no pusieron mucho empeño en el ataque y empezaron a retroceder para agruparse.

La batalla se decantaba hacia los integrantes de la caravana gracias a su disciplina, decisión y al buen nivel de su esgrima. Matsushiro se mantenía en el centro de sus hombres, rodeados de cadáveres. Los mercenarios empezaban a vacilar y ahora los samuráis, recompuestos y enardecidos, se revolvieron contra ellos. La furia del ataque les hizo huir en desbandada hacia la espesura. Cuando el campo de batalla quedó despejado de enemigos el grito de victoria del clan Hirotoshi resonó estentóreo en el bosque.

Matsushiro frenó a sus hombres para que no persiguieran a los mercenarios y se mantuvieran agrupados, era inútil arriesgarse a recibir una herida cuando la batalla había terminado. Ahora tenían que contar las bajas y curar a los heridos para proseguir el viaje lo antes posible. Las damas, dirigidas por Yoko, hicieron tiras de las lonas de lienzo para utilizarlas como vendas, unos soldados bajaron al río para traer agua y otros encendieron un fuego, mientras dos de ellos iban a coger un fardo de una de las mulas que contenía hierbas para hacer emplastos, bálsamos y otros remedios para heridas y contusiones.

En el combate habían perdido a dos samuráis y seis soldados, quedando heridos otros siete. Los mercenarios ha-

bían dejado sobre el terreno a veintiún cadáveres y se habían llevado heridos a otros diez. Estando las fuerzas más o menos equilibradas, era casi seguro que los bandidos no se atreverían a atacar otra vez hasta no recibir refuerzos. De todas maneras Matsushiro puso varios hombres de vigilancia y distribuyó los turnos para veinticuatro horas. Luego mandó a varios soldados abrir una fosa, a unos cincuenta metros del campamento, para enterrar los cuerpos de los mercenarios muertos.

Mientras, Atsuo se apartó del grupo buscando pistas que le condujeran a los organizadores de la emboscada. Avanzó por el sendero y llegó al punto en donde los forajidos habían estado emboscados esperándolos, allí encontró varios cuerpos con flechas y heridas de katana en la espalda. Todo indicaba que al estar cerca la caravana, alguien había atacado a los mercenarios por sorpresa, atrayendo la atención de los exploradores con el ruido y los gritos.

No le sorprendió encontrar, sobresaliendo en uno de los cuerpos, un trozo de flecha con el emblema del clan Shinzo. La arrancó y la enterró un poco más adelante. No era conveniente que si volvían los mercenarios para recoger los cuerpos de sus compañeros, encontrarán evidencias de que el clan de Shinzo Kaito les estaba ayudando. Era mejor que se mantuvieran en la sombra.

Volvió sobre sus pasos hasta el campamento, buscando evidencias. Allí encontró a Fujio que le estaba buscando muy preocupado.

- ¡Atsuo-san, he comprobado nuestros bultos y no encuentro la katana de Takeshi-sensei! -decía angustiado-. Uno de los soldados dice que vio cómo

un yakuza revolvía el equipaje mientras luchábamos, y se llevaba el paquete donde estaba la katana.

Atsuo le miró sorprendido.

- Pero, ¿qué interés puede tener para ellos la katana?

- ¡La han robado los muy canallas! -exclamó Fujio fuera de sí-. No son más que vulgares ladrones.

- No Fujio, la emboscada no era para robarnos -le aclaró Atsuo-. Hay escondidas otras intenciones que aún no sabemos. En la caravana no llevamos nada de tanto valor que justifique el ataque de un grupo tan numeroso. Los motivos tienen que ser otros.

Ambos fueron hasta donde habían estado los caballos, y allí vieron el equipaje esparcido por el suelo. Atsuo observó huellas de pisadas que partían de allí y retrocedían en el sendero siguiendo hacia la aldea en donde pasaron la noche. Decidió seguirlas y se agachó para buscar algo que le permitiera identificarlas si las veía otra vez; pronto lo encontró: la suela tenía un dibujo como una media luna en la unión con el talón.

Salieron del campamento, las huellas de la media luna dejaban el camino y se unían a muchas otras entre los árboles. Llevaban caminando un buen trecho cuando oyeron pasos de caballos y algunas voces, y entre el ruido les pareció distinguir gruñidos de perro. Acelerraron el paso y se asomaron a un pequeño calvero a pocos metros del camino. Allí vieron a un grupo de unos siete mercenarios que intentaban rodear a tres jinetes.

Atsuo pudo ver la katana de Takeshi envuelta en su funda de tela y sujeta por una correa a la espalda de un ronin. También reconoció a los tres viajeros que

estaban siendo atacados, eran del clan de Hirotoshi, probablemente los enviaba Katsuro para reforzar la seguridad de la caravana además de traer instrucciones. El grupo atacado lo componían Isobe Nobu un joven samurái discípulo de Takeshi; Shima Benkei, médico personal del jefe del clan, que tenía como afición la alquimia y la química; y por último Michiko, la hija de Takeshi, la mujer samurái más joven del clan. Les acompañaban dos enormes perros color canela de la raza Akita Inu entrenados para la defensa, que atendían a los nombres de Chiharu la hembra y Chinatsu el macho.

Al verse atacados, los tres echaron pie a tierra, ya que en la estrechez del sendero los caballos eran un inconveniente para luchar. Mientras, la decisión y agresividad de los dos perros mantenía a raya a los forajidos. Nobu y Michiko desenvainaron sus armas, y sin pensarlo dos veces se lanzaron contra el grupo. Ese momento fue el esperado por Atsuo para atacar a su vez a los emboscados. Salió de entre los árboles y en dos zancadas alcanzó al grupo. Su primer golpe fue para el ronin que llevaba la katana de Takeshi, recuperó el fardo y se lo lanzó a Fujio, quien lo cogió al vuelo y empezó a gritar para confundir a los mercenarios.

Al verse entre dos grupos y sin saber a cuántos tenían que hacer frente, los mercenarios intentaron huir, pero pronto se dieron cuenta de que la ventaja numérica estaba de su lado. Ellos eran seis, y en frente tenían a cuatro, un niño y dos perros. Sonrieron confiados, ellos eran asesinos de lo peor, alquilaban sus armas y las sabían manejar, nunca tenían piedad. Decididos avanzaron ha-

cía ellos, y se encontraron con que sus víctimas les estaban atacando.

Nobu hizo una finta a la cabeza de su oponente y cuando éste intentó bloquear el golpe, giró en redondo agachándose, y estirando el brazo descargó un tajo en el muslo derecho del hombre. Éste cayó al suelo con un grito agarrándose la pierna. Nobu atravesó su pecho con una estocada. Quedaban cinco.

Michiko avanzó hacia un yakuza mientras éste la miraba sonriente. A esta jovencita le aplicaría su golpe sorpresa, consistía en lanzar un golpe de arriba abajo y de izquierda a derecha, y mientras ella lo paraba con su katana, él con la mano izquierda desenvainaba la wakizashi colocada en su obi y lanzaba un golpe bajo al vientre descubierto. Siempre le había funcionado. Se atacaron, y el yakuza ejecutó el primer golpe. Su sorpresa fue cuando se encontró su espada sujeta por la rodela de la katana de su oponente, y su mano izquierda sujeta contra la wakizashi por la izquierda de la joven. ¡Quién iba a pensar que la muchacha invertiría la katana con la punta hacía abajo! Los ojos se le abrieron mucho al comprender que estaba indefenso ante el descenso del arma. “¡Qué golpe tan inteligente!”, fue lo último que pensó antes de morir. Quedaban cuatro.

Benkei miró a su contrincante, era el más corpulento de los forajidos con diferencia, y manejaba dos enormes hachas con soltura. Su físico de huesos grandes y su cabeza con pómulos muy desarrollados le indicaba al médico que aquel hombre había padecido una enfermedad ósea durante su niñez que probablemente afectó a su desarrollo. Conocía los síntomas. Era casi seguro

que aquel individuo padecía de las rodillas, pensó, al comprobar lo torcidas que tenía las piernas. El gigante avanzó sobre él lanzando simultáneamente un hachazo y una carcajada. Benkei se retiró lo justo para dejar pasar el hacha y golpeó en la rodilla adelantada con su bo de roble y todas sus fuerzas. La carcajada se cortó y el gigante cayó al suelo. Benkei lo remató con un golpe preciso en el entrecejo. Quedaban tres.

Atsuo caminó hacia el suyo. Se trataba de un ronin de sonrisa torcida, que portaba dos ninjatos con las que empezó a hacer molinetes, a cruzarlos y descruzarlos intentando sorprenderle. Le lanzó un golpe a la cabeza con el ninjato de la izquierda, otro golpe al costado con el ninjato de la derecha y repitió a distintos niveles manteniendo el ritmo de los golpes, izquierda, derecha, izquierda, derecha. Atsuo mantuvo la distancia. El individuo concentró su atención en el ritmo de los golpes buscando sorprender a Atsuo con uno que le hiciera caer la katana. Atsuo esperó pacientemente parando los golpes, y entre uno y otro se salió de la línea de ataque y, aprovechando la longitud superior de su espada, golpeó en diagonal sobre la clavícula del brazo que estaba más bajo. El ronin cayó de rodillas e intentó un golpe desesperado con el brazo sano, pero Atsuo lo paró sin dificultad y lo atravesó con su katana. Quedaban dos.

Fujio se las vio con un forajido armado de bastón, katana y malas pulgas. El individuo no paró de decirle lo que iba a hacer con sus tripas, después de arrancarle las orejas y sacarle los ojos, mientras echaba espumarajos por la boca y lanzaba furiosos golpes de bastón seguidos de tajos con la katana. Fujio fue a

lo práctico. Esquivó un golpe, cogió una piedra del suelo y la lanzó al estómago del individuo. Cuando este se agachó doblándose por la cintura, le pegó con toda sus fuerzas con el bokken en la cabeza. Se oyó un crujido y el hombre se desplomó. Quedaba uno.

El último estaba en el suelo hacía rato, su cuello aparecía desgarrado por los colmillos del enorme macho. La hembra lo olisqueo y pronto perdió el interés.

Atsuo y Fujio se acercaron al pequeño grupo. Los saludos fueron afectuosos y sinceros ya que todos se conocían desde hacía tiempo.

- Nobu, Michiko me hace muy feliz veros -dijo Atsuo sonriendo con afecto-. Benkei me alegro de tenerle con nosotros, Aiko y Saburo se alegrarán cuando le vean.

- Yo también me alegro de veros Atsuo -dijo Benkei-, habéis sido muy oportunos.

- Le traigo un saludo de mi padre -dijo Michiko sonriendo-, y un obsequio que luego le daré.

- Traemos instrucciones de Katsuro -dijo Nobu-. Estábamos muy preocupados por las noticias que nos llegaban de Edo, y al llegar vuestro mensajero contándonos el ataque a la señora Yoko, pensamos que lo mejor sería cambiar la ruta.

- Bueno, bueno, ahora hablaremos en el campamento -dijo Atsuo-, nos vendrá muy bien su ayuda Benkei, una partida de mercenarios nos han atacado esta mañana y tenemos varios heridos.

- No será Matsushiro uno de ellos ¿verdad? -inquirió el médico-, lo lamentaría mucho. Es un hombre de mucha valía y le profeso un gran afecto.

- No, no está herido -sonrió Atsuo-,

Matsushiro está perfectamente. Recojamos los caballos y vayamos al campamento antes de que caiga el sol.

- ¡Qué contentos se van a poner Aiko y Saburo cuando vean a los perros! -dijo Fujio.

- Si -dijo Michiko-, tan contentos como tú, ¿verdad Fujio?

Pero Fujio ya no la oía, corría hacía el campamento por delante de los perros, que le seguían alborotados mordisqueándole los talones.

- Él sabrá las horas que ha pasado jugando con ellos -dijo Nobu riéndose.

- No hay más que ver lo contentos que están los animales -dijo el médico mirando con simpatía la carrera de los canes detrás del joven-, la alegría de la juventud es un bien contagioso -sentenció-. Tal vez deberíamos jugar nosotros también con los perros -dijo pensativo mientras recogía las bridas de su montura.

Michiko soltó una risita.

- No le imagino Benkei-san jugando con los perros -dijo ahogando la risa.

Atsuo limpió su espada de sangre, luego se agachó a recoger el fardo con la katana de Takeshi y se lo colocó en la espalda. Juntos comenzaron a caminar por el sendero hacía la caravana. Mientras, las sombras de los árboles se iban alargando conforme se ocultaba el sol.

IV

Cuando el pequeño grupo alcanzó la zona del campamento, pudieron oír cómo Fujio explicaba el encuentro con ellos y la escaramuza con los mercenarios. La llegada de los tres miembros del clan tuvo un efecto estimulante para la gente de la caravana.

Después de los saludos de rigor,

Benkei se puso manos a la obra examinando a los heridos y dando instrucciones para la preparación de cocimientos y emplastos adecuados. Michiko y los perros reforzaron la seguridad de la familia del daimio. Yoko sonreía viendo como Aiko y Saburo jugaban con los canes, ahora se sentía más segura, ellos percibirían la proximidad de cualquier peligro. Los animales habían sido entrenados para defender a la familia del daimio, y su entrenamiento empezó cuando eran cachorros, desde entonces no se habían separado de la familia hasta este viaje.

Atsuo se acercó al corral, improvisado con cuerdas, en donde estaban trabados los caballos. Buscó debajo de su silla de montar, pero no encontró nada. Esperaba que Shinzo Kaito le hubiese dejado alguna nota informándole de sus avances en Edo, y de los posibles peligros que podían encontrar en el trayecto del día siguiente. Miró a su alrededor y observó en la distancia cómo el perro de Yoko, Chinatsu, estiraba las orejas y miraba en su dirección. Sonrió. "Ya está Kaito por los alrededores", pensó, "¿cómo podrá evitar el ninja que el perro lo descubra? Será digno de verse".

Se desplazó en silencio, alejándose de la luz de los fuegos, procurando no alarmar a los caballos. Estudió con atención la orografía de los alrededores. Había varios árboles de menor tamaño cerca, un par de piedras grandes y el ribazo del sendero en donde empezaba la espesura. Miró de nuevo hacía el perro, estaba con la cabeza apoyada entre las patas delanteras pero con las orejas tiesas en su dirección. Decidió que el lugar que él escogería para esconderse sería en la base de las piedras, y hacía allí se

dirigió procurando no mover las hojas del suelo al desplazarse. A pesar de esperarlo, el susurro le sobresaltó.

- ¡Muy bien Atsuo-san! -dijo Kaito-. Si espero un poco más, me pisa y me descubre.

El ninja estaba cubierto por una red espesa del color de la piedra, y colocado en un lateral de la roca donde no llegaba la escasa luz de la luna.

- Hola Kaito, me alegro de oírle. ¡Vaya! Es un buen escondite -dijo Atsuo sorprendido-. Dígame, estoy seguro que el perro le ha oído, ¿cómo es que no le ha delatado?

- Katsuro me pidió que conviviera con ellos estos días para ganarme su confianza -contestó Kaito sin levantar la voz-, no quiere que me descubran cuando me acerque. Ustedes han tenido un día movido ¿no? Espero que sus bajas no sean muchas.

- Hemos tenido ocho bajas -Atsuo, se apoyó en el tronco de un árbol cercano mirando hacía el campamento-. Después del combate me acerqué hasta el lugar en donde nos habían estado esperando. Allí encontré una de sus flechas clavada en el cuerpo de un mercenario, me deshice de ella.

- Se lo agradezco -dijo Kaito-, la llegada de sus exploradores nos sorprendió a todos, tuvimos que atacar al grupo para que no los eliminaran. Casi no tuvimos tiempo para borrar nuestro rastro de la zona.

- Eso pensé.

- Pero un poco más tarde sé que hubo otra escaramuza -dijo Kaito-, ¿sabe algo se eso?

- Sí -contestó Atsuo-, cuando regresé al lugar del combate vi que nos habían robado un bulto nada más. Seguí

al ladrón y me llevó a otra emboscada. ¿Sabe algo de una katana que pertenece a Takeshi? -inquirió Atsuo.

- Algo he oído -comentó Kaito en voz muy baja-, se comenta que hace muchos años, cuando Takeshi era un joven ronin, ayudó al clan Hirotoshi pasándoles información que le facilitaba a él un conocido armero. Tenía que ver con una intriga para quitarle las tierras al padre de Katsuro y que las pudiese utilizar la milicia de Edo. El plan -continuó Kaito-, lo urdió Takayama Sora, que fue uno de los capitanes y fundador de la milicia. Un hombre muy ambicioso y sin escrúpulos.

- Y qué tiene que ver con la katana -preguntó Atsuo.

- Verá -continuó el ninja-, el armero introducía los mensajes en un espacio oculto de la empuñadura. Esta katana pertenece a la familia de Takeshi desde hace más de cinco generaciones, y un día el joven samurái la llevó a reparar a casa del armero. Este la refundió para restaurarle el filo, y a la vez le restauró la empuñadura y le hizo la cavidad para poderle pasar los mensajes al padre de Katsuro sin levantar sospechas. La katana es una autentica joya, no solo por el trabajo de la empuñadura, sino en la dureza del filo.

- Entonces... -Atsuo se quedó pensativo unos instantes-. ¿Así entró Takeshi en el clan Hirotoshi, pasándoles información sobre un complot para quitarles las tierras?

- Sí -contestó Kaito-, por eso y por otras muchas cosas.

- ¿Y qué tiene de secreto la restauración del filo de una katana? -comentó Atsuo perplejo.

- Pues, lo que se dice -siguió Kaito-

, es que el abuelo del armero tenía un pergamino en donde se enseñaban las artes necesarias para ser un samurái completo. Estas artes se reflejaban en el espíritu, la técnica y el cuidado de la katana -Kaito pensó durante un momento antes de continuar-. Así, el samurái que conoce estas artes y las pone en práctica, consigue la autentica armonía que le coloca por encima de los deseos y las pasiones y le permite alcanzar el satori. Cuando la mente, las emociones y el cuerpo se liberan, se convierte en un samurái invencible.

Los dos se quedaron en silencio durante unos momentos. Así que era eso, pensó Atsuo. El armero de Edo volvía para ayudar otra vez al clan de Hirotoshi. Debía de conocer la amenaza que se cernía sobre el clan.

- ¿Robaron la espada? -preguntó Kaito con inquietud.

- Sí -respondió Atsuo-, pero por suerte la pudimos recuperar. La encontramos a la vez que a unos amigos del clan. Esa fue la segunda escaramuza.

- Ya -contestó Kaito-, oí decir que venían Benkei, Michiko y Nobu, acompañados de los perros para proteger a la señora. ¿No es así?

Atsuo iba a responder, cuando observó una sombra que venía desde el campamento con rapidez. Levantó ligeramente una mano para silenciar a Kaito. Pronto reconoció a Chinatsu, el enorme macho se aproximaba a ellos con los ojos brillando y el vientre pegado al suelo.

En ese momento Atsuo percibió que algo no iba bien. Rápido se agachó al lado del perro para sujetarlo. En ese momento oyó el silbido característico de los shakken de cuatro puntas, tres de

ellos pasaron por encima de su cabeza fallando por muy poco y se clavaron en el árbol donde había estado apoyado. En la oscuridad que les rodeaba pudo ver como varias sombras se movían hacía ellos con celeridad. Soltó al perro y recibió a la primera sombra desenvainando la katana de abajo a arriba. El ninja atacaba con el ninjato en alto dispuesto a descargarlo sobre Atsuo, y se encontró con el golpe ascendente de éste que le abrió el vientre.

Chinatsu se abalanzó sobre la sombra más cercana. Atsuo se concentró y miró al suelo a unos pasos por delante de él para conseguir una visión periférica. Contó seis sombras más. Moviéndose con rapidez cogió el ninjato de la sombra abatida y se desplazó hacía donde estaba el perro para evitar que lo dañasen, procurando también que Kaito quedase a la espalda de los atacantes. De un tajo se deshizo del contrincante del perro. Chinatsu se quedó a su lado, gruñendo por lo bajo y enseñando los dientes con el pelo erizado. Los seis ninjas empezaron a rodearlos lentamente, esperando un fallo en su atención para, con un único ataque, terminar con los dos. Uno de los ninjas deslizó la mano hacía atrás y empezó a cargar una fukiya con un dardo, probablemente envenenado.

Atsuo se preparó para desencadenar un ataque desesperado con la finalidad de acabar con el de la cerbatana antes de que la usara para matar al perro, o a él mismo. Pero en ese momento la parte de la piedra que era Kaito, se desprendió de la roca y se lanzó hacía el grupo. El ataque fue silencioso. A pesar de descubrirse, su rapidez asombrosa le permitió atacar antes de que le vieran los

agresores. El ninja de la fukiya cayó al suelo atravesado por el ninjato de Kaito. Pasada la sorpresa, dos sombras se lanzaron contra él con sus ninjatos en alto intentando rodearlo. Mientras otra sombra, con ayuda de una red, trataba de detener a Chinatsu. Atsuo se giró y se encaró con las otras dos sombras.

Antes de concentrarse en el combate, oyó voces en el campamento y comprendió que lo estaban atacando. Tenía poco tiempo si quería proteger a Yoko.



Lawless Town #1

por Cris Miguel

En Lawless Town cada vez hay más crímenes y violencia. Eve se beneficia de ello. Sólo el dinero inclina la balanza. Eve es una cazarrecompensas

Estoy revisando una vez más al objetivo que me han mandado que encuentre. Arrastro el dedo en la pantalla una y otra vez, pero no cambia el hecho de que sólo haya dos tristes fotografías y un nombre. Realmente no necesito nada más, el resto lo buscaré por mi cuenta; como siempre hago. Separo de una patada la silla de la cocina y me pongo en pie. Tengo que ir a ver a John. Fuera está lloviendo, es habitual, me pongo el casco, eso parará algo la lluvia; el pelo que sobresale me lo meto por la cazadora y arranco.

La ciudad, Lawless Town, está sumida en su reiterado color gris. Zigzagueo entre los coches, es uno de los motivos por el cual tengo moto, no soy más que una sombra en el oscuro y húmedo asfalto. Llego al apartamento de John me-

nos mojada de lo que preveía. Me quito el casco y la chaqueta y los arrojo de cualquier manera entre los trastos que ocupan una de las mesas.

- ¡Ehh! Ten más cuidado que estás chorreando -me increpa.

Me limito a mirarle desafiante. John no es mi socio, yo no tengo socios, no cometo el mismo error dos veces; ni siquiera somos amigos. Yo le pago y él me da lo que le pido, así de sencillo.

- Quiero que busques información sobre Tom Wallas -le digo.

- De acuerdo, ¿y quién es?

- Si lo supiera no te estaría pidiendo información.

Teclea en el ordenador durante varios minutos. No suele tardar demasiado así que deambulo por la estancia, que es un amasijo de cables y cacharros donde lo

único que sobresale son distintas pantallas.

- ¡Mira! -me dice.

Al volverme para dirigirme hacia él chocó con uno de sus trastos, el robot que utiliza como asistente.

- ¡Joder! No decías que pensaba por sí solo, ¿qué coño hace detrás de mí sin avisar?

- Los humanos también piensan por sí mismos y tampoco avisan -intenta bromear aunque su tono de voz va decayendo y la frase se reduce a un irónico y triste comentario-. Te acabo de mandar todo lo que he encontrado, lo estándar: dónde trabaja, horarios, rutinas...

- Está bien ya tienes tu dinero -digo dándole a aceptar en el móvil.

- ¿Por qué le buscas? -pregunta con un atisbo de esperanza en sus ojos.

- Adios John.

En mi trabajo no hago preguntas, por eso nunca respondo a ellas. La información es peligrosa y vincula demasiado. Saber lo justo y necesario me permite actuar con mayor libertad, sin remordimientos; aunque éstos los dejé hace tiempo guardados en el fondo de un cajón junto al resto de mis sentimientos.

Ha parado de llover cuando salgo; sin embargo el cielo está tan cubierto que parece que la noche se va a cernir sobre nosotros, aunque no son más de las doce de la mañana.

Al llegar a casa me siento de nuevo en la mesa de la cocina mientras espero que se materialice mi dosis nutricional de hoy, que ya se está preparando en el microondas. Pongo toda la información que tengo en la mesa, que se enciende débilmente pasando del verde desvaído al blanco electrónico. Amplío con la yema de los dedos los horarios que

ha encontrado John, echando a un lado las fotografías, las cuales no me interesan especialmente, ya que me basta una sólo vistazo para no olvidarme de una cara. Me levanto a por mi succulenta comida que no se aleja demasiado de las antiguas barritas de proteínas. Saco un vaso de uno de los armarios y me sirvo una copa de ginebra. Me ayudará a entrar en calor y a dejar todas las sombras atrás, concentrándome únicamente en mi objetivo: Wallas. Me vuelvo a sentar frente a toda la información, que no es muy extensa pero me servirá. Estos casos suelen ser bastante simples y la sorpresa es mi principal baza. Pongo los pies sobre la silla de enfrente y me termino la comida, si a esto se le puede llamar comida, en dos bocados. Enciendiendo un cigarro, la nicotina calma mis nervios. Me recojo el pelo en un moño suelto dejando algunos mechones rubios sobre mi cara, y me concentro para idear la mejor manera de atrapar al señor Wallas.

Entro en el pub unas cuantas horas después. Llego pronto, sólo hay dos mesas ocupadas, me siento en un taburete al fondo de la barra alejada del único cliente que la ocupa. Dejo el paraguas en el paragüero que hay en un rincón, y mi gabardina negra en el perchero; ya que no sé cuánto tiempo tendré que pasar aquí. El camarero, un robot de último diseño, me pregunta qué quiero tomar; soy mujer de costumbres, así que le pido un gintonic. Observo al robot, no estoy habituada a esto, de hecho he visto muy pocos, sólo las personas más ricas y los negocios más prósperos pueden contar con algo así; y no son muchas. La economía de la ciudad no es

muy boyante, además cada vez hay más delincuencia, algo que no lamento porque me viene bien para mi trabajo. Imperan los barrios pobres o medios, por eso me encuentro tan rara aquí. En un pub de lujo, en la manzana donde están las mejores empresas. En este momento mi objetivo entra por la puerta acompañado de dos hombre más, compañeros de trabajo. Había decidido esperarle aquí, para evaluarle antes de abarcarlo, lo cual pensaba hacer en el parking antes de que se fuera a casa. Paso el tiempo ojeando los periódicos, aunque más bien arrastro el dedo por la barra pasando páginas.

Cuando veo que empiezan a apurar sus copas, pago, pasando el móvil por el código de barras que hay al lado de mi vaso ya vacío, y me voy. Ya es noche cerrada pero hay más luz por las nubes, aún, abundantes en el cielo. Los tacones de mis botas es lo único que suena en la calle que está perfectamente iluminada, un símbolo más del barrio en el que me encuentro. La plaza de su parking está en el segundo piso del subsuelo, salgo del ascensor y me dirijo hacia su coche. Estoy en tensión, el silencio es absoluto, cojo una de las pistolas que tengo en el muslo, debajo de la falda, más vale prevenir que curar. Me apoyo en una columna a esperar de cara a la puerta. El aparcamiento está desierto, sólo queda el coche del señor Wallas, como no espero ningún tipo de imprevisto, me enciendo un cigarrillo, sin dejar la pistola. Suelto el humo y apoyo mi cabeza sobre la columna, estoy acostumbrada a este trabajo, llevaba años haciéndolo, pero la paciencia no es una de mis virtudes y la incertidumbre me seguía poniendo nerviosa. En estos momentos da igual la

fama que tengas, ni cuánto dinero esté en juego, el vuelco en el estómago es el mismo siempre.

Un grito desgarrar el aire, sólo tardo una fracción de segundo en saber de dónde proviene, de los ascensores. Echo a correr en esa dirección. El ruido se intensifica, una pelea. Me cago en la puta. Deseo que sean dos borrachos, pero en esta zona de la ciudad es poco menos que probable. Abro la puerta que limita los ascensores con el aparcamiento de un empujón. Me quedo unos segundo contemplando la escena, mi objetivo está acorralado en la pared mientras un hombre lo tiene sujeto por el cuello y le está pegando en el estómago. Ha oído la puerta, pero antes de que tenga tiempo de girarse, le doy una patada en la corva derecha, lo que le hace doblar la rodilla y soltar a mi objetivo. Casi no tengo tiempo de esquivar el codazo que lanza al tiempo que se gira hacia mí, pero lo hago, y le propino una patada en el costado derecho que había dejado desprotegido al girarse. Se dobla ligeramente y aprovecho para pegarme a él, golpeando en su cuello, justo debajo de la mandíbula, y empujándole contra el suelo. Mientras está tirado, me permito mirar a mi alrededor, mi objetivo no está por ninguna parte. Mierda. Salgo al aparcamiento y oigo un coche derrapar por la curva de la rampa que da paso al primer piso. Genial, acabo de perder un dinero precioso. Me vuelvo iracunda para seguir pegando al que se ha interpuesto entre una cifra con muchos ceros y mi móvil.

- ¿Ha escapado? -pregunta sujetándose el costado derecho y apoyándose en la puerta.

Mi ira aumenta y la sonrisa que tiene

de suficiencia me crispa aún más. Nuestras miradas se cruzan unos segundos, lo suficiente para que mi único impulso sea sacar la pistola y pegarle un tiro; sin embargo cuando empuño el arma él ya no está, y me quedo sola entre las sombras del aparcamiento con muchos fantasmas que luchan por abrirse paso en mi cabeza.

A la mañana siguiente decido levantarme temprano. Tras el fracaso de anoche tengo que idear una nueva estrategia e informar de que voy a tardar un día más. Cada día que pasa odio más esta ciudad, hasta hace no mucho yo era la única cazarrecompensas de Lawless Town, o al menos siempre me daban los mejores trabajos y nunca me cruzaba con la competencia. Está claro que eso está cambiando... No era de extrañar, decir que la sociedad en la que vivíamos era egoísta era un puto eufemismo. Todos buscaban su propio beneficio sin importar lo que le pasara al vecino. Yo, de hecho, soy el ejemplo perfecto de ello. Una vez que te internas en el bucle de la inconsciencia social es difícil salir, lo mejor es cerrar y tirar la llave; si nadie te importa, nadie puede hacerte daño.

Me pongo unos vaqueros cualquiera, una camiseta cualquiera y la cazadora de cuero; y al igual que ayer me encamino a casa de John. Esto no es tan sencillo como esperaba, así que también espero conseguir más información que pueda utilizar. John se sorprende al verme, no es habitual que venga dos días seguidos. Una lluvia de preguntas cae sobre mí y demuestro lo experta que soy en permanecer indiferente. Como sospecho John se aburre de no obtener ningún tipo de respuesta por mi parte,

y en unos minutos se calla y se pone a trabajar.

- Esto no te va a gustar -John rompe el silencio.

- ¿Qué pasa?

- Hace unas horas ha comprado un robot guardaespaldas.

- ¿Un robot guardaespaldas? ¿Qué me estás contando?

- ¿No los conoces? -John teclea y me enseña la empresa que los fabrica- W.S está creciendo mucho últimamente.

- Tengo cosas mejores que hacer que estar navegando.

- ¡Es verdad! Matar gente -le miro fijamente, pero él no despegla la vista del ordenador-. Ah, no tienes de qué preocuparte, el modelo que ha comprado no es de los superiores. Es capaz de detectar cuando hay una amenaza pero no ataca, sólo avisa a la policía.

- ¿A la policía? Como si eso fuera fiable... -digo irónicamente.

- No hay nada más que te pueda servir, pero investigaré más.

- No, no hace falta. Con esto me sirve. Sólo accede a las cámaras de seguridad de su trabajo.

- Eso es sencillo, son estándar. ¿Vas a ir directamente?

- A veces los planes más simples son los que mejor salen.

- Pues esperemos que te salgan mejor que anoche. -me provoca sonriendo.

- Cuidadito -contesto pegándole un puñetazo flojo en el brazo-. Nadie se toma esas confianzas conmigo.

- Al menos dime qué salió mal.

- Adiós John

Me pongo el casco y vuelvo a casa. Me cambio de ropa y me armo, llevo dos pistolas con sus cargadores y el resto son dagas y cuchillos que llevo es-

condidos estratégicamente por todo mi cuerpo. No conozco otro estilo de vida, pero tampoco lo quiero, me gusta valerme por mí misma; aunque lo que me gusta y lo que no hace tiempo que dejó de importar.

Llego al edificio de Wallas a la hora de comer. Entro como si formara parte de mi rutina, en el ascensor pulso el 8. En cuanto se abren las puertas empieza a sonar una alarma. Avanzo por el pasillo con paso ligero hacia su despacho. Me cruzo con varias personas que no reparan en mí y se dirigen a las escaleras debido al sonido incesante de la alarma. ¿Qué está pasando? Imploro para mí que sea John el que lo ha provocado, para facilitarme la entrada, pero en el fondo se que no es así. No me he dado cuenta pero he empezado a correr. Sólo me faltan dos puertas. Empuño la pistola y entro en el despacho de Wallas. Mi intuición no ha fallado, el despacho está absolutamente desordenado y, obviamente, no hay ni rastro de él. ¿Cómo puede haberse adelantado otra vez? Me dispongo a salir corriendo cuando el ruido se intensifica y me choco con el robot “guardaespaldas” que entorpece mi camino.

- ¡Puto trasto! -le pego un tiro y salgo corriendo hacia el ascensor, pero ya sin la estruendosa banda sonora.

Lamentándome por mi estupidez y mi lentitud salgo del ascensor derribando por poco a una mujer que estaba esperándolo parsimoniosamente. El vestíbulo está empezando a llenarse de gente, tanto por los que han bajado al oír la alarma como por los más madrugadores que ya han vuelto de comer. Me aseguro que las pistolas no se ven mientras llego a la puerta sin parar de

correr. Miro a un lado y a otro, ¿qué espero encontrar, al hombre del saco? Sintiéndome sumamente impotente me fijo en el coche que pasa. ¡No puede ser! Le hago una foto a su matrícula y corro hacia mi moto. Por lo menos podré encontrarlos sin dificultad.

Programo la pantalla para que me indique la localización del coche, y me pongo en marcha. En cuanto me incorporo a la carretera se pone a llover. Me alejo de la ciudad, las afueras son un amasijo de escombros que aún están sin limpiar, el paisaje es gris y en el aire se respira el abandono. Hubo una vez en que la stampa era verde y el sol salía a menudo, al menos eso es lo que recordaba de las historias que me contaba mi padre antes de dormir. Ahora todo es sombrío, incluido las almas de los seres humanos que habitamos este lugar; aunque está en nuestra naturaleza, independientemente del clima. Quizás ahora esté más a flor de piel. Me concentro en la carretera, no hay mucho tráfico, no se suele salir de los límites de la ciudad a no ser que sea para grandes recorridos. Todos están concentrados con su propia existencia sea o no patética. Muchas veces me pregunto cuál es la diferencia entre nosotros y los robots, respuesta que en ocasiones se reduce al mero acto de respirar. Tomo la salida de la derecha. El coche parece haberse detenido. Varios kilómetros más adelante veo que hay una especie de casa, aunque es muy pequeña para denominarla así. Freno y dejo la moto a un lado de la carretera. Me acerco con cuidado, fuera no hay ni rastro de mi objetivo. Cojo la pistola del cinturón, no me queda otra que entrar a la descubierta. Piso el porche con cautela apoyándome en

la pared. Los fantasmas vuelven a talararme la cabeza, ahora haciendo de mi mente su territorio. Respiro y entro.

- ¡Suéltalo, es mío! -mi objetivo está maniatado a una silla en un rincón de la sala.

- Voy un paso por delante, has perdido. -Otra vez esa media sonrisa.

- Déjate de juegos o te mato

- No eres capaz -dice acercándose. Me agarra las muñecas suavemente y hace que deje de apuntarle-. Lo ves -me mira directamente a los ojos.

Esas palabras son como un resorte y hace que descargue toda mi rabia en un rodillazo, el cual le pilla por sorpresa; sin embargo se nota que está entrenado, y me agarra aún más fuerte de las muñecas, estampando mi mano derecha contra la pared. El dolor es como un pinchazo y no puedo evitar soltar la pistola. Nuestras miradas se vuelven a cruzar. Aprovecho ese segundo para pegarle un puñetazo en el estómago con la mano izquierda, lo que hace que me suelte el otro brazo y me permita darle en la nariz. Me separo de la pared intentando coger alguno de mis cuchillos, la distracción me sale cara porque él, limpiándose la sangre de la cara, arremete contra mí mandándome directamente al suelo. Suerte que caigo bien y puedo arrastrarlo conmigo, sino con su envergadura el asunto se hubiese puesto feo. Nos revolcamos por la sucia tarima forcejeando, él consigue ponerse encima de mí inmovilizándome con el peso de su cuerpo. Le miro a los ojos, mis peores recuerdos se personifican en su cara. Me tomo mi tiempo para coger aire y retomar fuerzas. Valoro mis opciones y le beso, de una patada lo aparto de mí y ruedo por el suelo para zafarme. Consi-

go ponerme de pie con un rápido movimiento, sé que no puedo perder esos valiosos segundos, empuño mi segunda pistola y disparo.

El silencio después de un tiro es sepulcral, como si el ruido se pusiera de luto durante los segundos que separan la vida de la muerte.

- Joder Eve, creía que lo necesitabas vivo. ¡Me cago en la puta! Estaba dispuesto a darte la mitad. -Me mira desafiante.

- ¡Cuánto lo siento! Mi trabajo era matarlo de manera discreta -le digo. Él aporrea la pared-. Así aprendes a no cruzarte en mi camino -me agacho para recoger mi otra pistola sin apartar los ojos de él.

- No eres la única que sabe hacer este trabajo... Casi te gano, Eve -sus ojos me atraviesan y me transportan a lo que parece un millón de años atrás- La próxima vez no seré tan benévolo. -Alzo una ceja.

- Ni yo, Clark. Ni yo.

Me subo el cuello de la cazadora y salgo por la puerta. El aire húmedo me sienta bien en la cara. Esquivo todos los charcos que hay en el embarrado suelo. Miro al frente. Desde luego no esperaba encontrarme con Clark, huyó de esta asquerosa ciudad muy bien acompañado hace varios años. Me prohíbo a mí misma pensar en él. Me subo a la moto y arranco. Sé que si ha vuelto a la ciudad se tomará la molestia de cruzarse en mi camino, pero no será hoy. Acele-ro. Aunque he tardado más de la cuenta he logrado mi objetivo, y necesito esa suma de dinero. A pesar de todo hay halos de luz entre tanta oscuridad.

Fergus Ferguson nº3 Muerte, no te enorgullezcas

por M.C. Catalán

¿Qué tiene Poe en común con un chico de 25 años del 2012? Ambos escribieron en la misma revista y, tras un desafortunado accidente, Fergus se ve atrapado en la casa victoriana de la redacción, rodeado de todos los escritores muertos que participaron en ella.



La incesante lluvia golpeaba con fuerza los altos ventanales, convirtiendo los cristales en brillantes borrones que daban a Fergus la impresión de estar atrapado en aquella estancia por una cortina de agua; encerrado por aquella misma sensación claustrofóbica que lo había perseguido en las últimas horas.

Desde que lo arrastró tras una falsa cortina situada junto al umbral de la puerta de entrada, Poe lo había conducido por innumerables y tortuosos corredores; desde largos y oscuros pasillos hasta amplios salones olvidados incluso por el polvo y provistos de varias puertas que a Fergus le resultaron muy complicadas de memorizar.

Y cuando, mientras gateaban bajo la lona que cubría un viejo mueble para acceder a una trampilla, preguntó a su guía el porqué de tanto esfuerzo si am-

bos eran capaces de atravesar las paredes, el chico obtuvo como respuesta: "Para que te aprendas el camino, ¡zoque!". Lo que sólo sirvió para incrementar en Fergus las sospechas de que su maestro se estaba quedando con él.

Si hubiera podido sudar durante el camino, lo habría hecho. Y si hubiera sido capaz de sentir algo de dolor físico, su rabadilla probablemente se habría resentido al caer, sin previo aviso, a través de un conducto de ventilación, directo al frío y duro suelo.

"O no tan frío", pensó el muchacho mientras escuchaba las sonoras carcajadas de Poe y se frotaba sus partes traseras con creciente enojo. Lo cierto era que en aquella diminuta y oscura estancia hacía calor. ¿Había caído en un agujero? ¿En una madriguera de conejo? No. No olía a excrementos, sino a incienso.

Se concentró en explorar su alrededor, temblando de puro miedo por la ausencia de luz y las histéricas carcajadas del escritor fantasmal, que no ayudaban demasiado a mantener la calma. Para Fergus, la oscuridad siempre había sido un ser en sí mismo; un ente con vida y personalidad propia que daba cobijo a los horrores que el ser humano no estaba preparado para ver.

Esperando que una garra lo arrastrara y devorara en cualquier momento, pestañó con fuerza y consiguió distinguir ante sus ojos un par de luces titilantes que proyectaban sombras en las paredes y el suelo. Sombras que comenzaron a tomar forma y pronto se convirtieron en dibujos que cubrían el pavimento y en una figura que flotaba ante él, describiendo una extraña danza.

— ¡No me comas! —Lloriqueó el joven a la desesperada—. ¡No, por favor, monstruo, no me comas! Me uniré a tu horda de seres malévolos y seré tu sirviente, pero ¡quiero vivir! ¡Acabo de aprender a volar! ¡Oh, por favor! —Y así continuó un buen rato, balbuceando cosas sin sentido, sentado en el suelo y envolviendo su propio cuerpo con los brazos.

Las carcajadas de Poe sonaron con más intensidad y, de pronto, una voz grave y profunda surgió de entre las sombras.

— ¿A qué perturbado me has traído esta vez, Edgar?

Poe tosió un par de veces y, medio atragantado por la risa, consiguió pronunciar.

— Buenos días, John. Te presento a Fergus. Fergus Ferguson. Contratado hace dos días por Mesmerize, muerto desde hace uno. Todo un récord.

Fergus vio a medias, a través de las rendijas que formaban sus dedos, cómo la figura avanzaba suavemente hacia él, candil en mano, y cómo lo escrutaba minuciosamente. Poco a poco, acostumbrando sus ojos a la oscuridad, distinguió que se trataba de un hombre de edad algo avanzada. Las líneas afiladas de sus rasgos se incrementaban por una ridícula barbita terminada en punta, que reposaba sobre una amplia gorguera de color blanco, en contraste con sus negras vestiduras.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Si es Cervantes!

Y Poe volvió a reír con ganas. A juzgar por su acostumbrado carácter taciturno, Fergus habría jurado que aquel era el mejor día de la vida del escritor.

— ¡Un respeto hacia la autoridad eclesiástica, jovencito! —Sentenció la voz cavernosa. —Piensa en tus palabras antes de decirlas o el lastre de la ignorancia pesará sobre tus hombros hasta que los años nieven cabellos blancos sobre ti.

Fergus se quedó unos minutos procesando la sarta de palabrejas que le había soltado aquel extraño personaje antes de agachar con vergüenza la cabeza y asentir en señal de respeto.

— Chico, tienes el honor de conocer a todo un maestro en las artes mortuorias. Saluda al más importante poeta metafísico inglés del siglo XVII. Autor de reinas, seductor de muchachas y mejor amigo de la muerte y su guadaña. Fergus, te presento a John Donne. Él te ayudará a descubrir los hechos que hicieron que hoy estés aquí, igual que me ayudó a mí.

El joven respiró hondo, asimilando que nadie iba a comerse su ectoplasma, y dedicó unos minutos a inspeccionar el

espacio que lo rodeaba. El calor seguía siendo evidente, y la sofocante temperatura le llegaba esta vez acompañada de ruidos metálicos que le recordaban a las explosiones de vapor de una vieja locomotora. “Vapor...calor...ruidos metálicos...”

— ¡Estamos en el cuarto de las calderas! — Exclamó Fergus como si acabara de realizar el descubrimiento más relevante de los últimos días—. Por eso... por eso la calefacción nunca funciona en los despachos ni en la redacción. Por eso el técnico no ha podido arreglarla en todos los años que esta puerta lleva atrancada. Por eso nadie ha podido abrir nunca esta habitación... —el chico seguía sacando conclusiones con los ojos abiertos como platos.

— ¡Fergus, céntrate! —le espetó Poe.

El muchacho trató de calmar su desbocada cabeza. Había ido hasta allí para conseguir respuestas. Necesitaba esclarecer los hechos que le habían llevado a morir, a vagar como un alma en pena —aunque él no se sentía muy apenado—, atrapado en la redacción de aquella vieja revista. Por un momento, había creído que su encuentro con los pandilleros de Londres había culminado de forma trágica —probablemente debido a una paliza o a algo peor—, pero poco a poco se percataba de que el accidente que había vislumbrado a través de la ventana de su escritorio se encontraba justo enfrente de la redacción y no a unas cuantas manzanas, como era el caso del contenedor en el que creía haber muerto.

Miró la ventana empapada de lluvia que daba a un exterior grisáceo, desde donde se distinguía con dificultad el mismo trozo de calle en el que, unas

horas antes, había descubierto la zona acordonada.

— Parece que he muerto, señor Donne. —De repente, lo invadió un pesar que no supo identificar de donde venía—. Parece que soy un fantasma atrapado entre estas paredes, igual que vosotros. Y si no descubro la causa de mi muerte mi existencia será más complicada. Tengo un perro, ¿sabe? Ni siquiera soy capaz de abrir una puerta para sacarlo a la calle. De hecho, no soy capaz de tocar ningún objeto. ¿Por qué he muerto, señor Donne? ¿Por qué no me acuerdo de nada? Y, más aún, ¿por qué de repente me siento tan triste?!

El poeta se lo quedó mirando unos segundos. Parecía una sombra mediatunda que danzaba con movimientos apenas perceptibles sobre los extraños dibujos que cubrían el suelo: un pentáculo, símbolos arcaicos y alguna que otra calavera. Y después de lo que a Fergus le parecieron horas, el hombre de voz cavernosa profirió, solemne:

— Nunca mandes a nadie a preguntar por quién doblan las campanas, doblan por ti. Mas nada en nada puede convertirse ni lugar alguno puede del todo vaciarse. —Tomó aire, impulso, para decir aquello que parecía lo más importante de aquel críptico discurso—. Los espíritus más tristes, cuando menos lo parecen, más tristes están.

Fergus se quedó esperando a que el fantasma comenzara con la parte comprensible de las respuestas. Pero, pasados unos segundos de mutismo, el muchacho comprendió que no iba a decir nada más.

— ¡Flipa! Si habla como Yoda. —Y rompió a reír por primera vez en todo el día—. ¿Y para eso me has traído has-

ta aquí? ¿Tú lo entiendes? — Le echó en cara a Poe el joven.

Los dos espíritus lo miraron con consternación y el escritor de “El gato negro” respondió dándose una palmada en la frente. Poe se acercó a Fergus y le susurró:

— Ten más respeto, muchacho. Donne juega con la muerte. Danza con ella. El día antes de morir dio un sermón que, muchos dicen, fue el de su propio funeral. No sabes hasta qué punto puede convertir tu otra vida en un infierno.

El chico reprimió otra carcajada con un sonido ronco y se disculpó.

— Perdóneme, señor Donne. Es complicado entender sus sabias palabras. Pensaré en ello, lo prometo. —Y ya se giraba con la intención de abandonar aquel sofocante habitáculo, cuando una duda le vino a la mente—. Y, a propósito, señor, ¿por qué nos ayuda?

El fantasma de John Donne salió de su trance para recitar, casi de memoria, como si fuera el lema que conducía todos sus pasos:

— La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque yo he formado parte de la humanidad—. Y volvió a sumirse en la quietud.

— Por supuesto. Por eso, y porque va a pedirte algo a cambio, no lo dudes. —Le dijo Edgar en un volumen apenas perceptible.

Ya en el exterior, aprovechando las doce horas de libertad que su “maldición” le permitía, Fergus recorría a grandes saltos las aceras londinenses. Daba dos pequeños pasos cortos y uno largo y a gran distancia del suelo, impulsándose con fuerza contra el asfalto de la ciudad, como si se hubiera provis-

to los pies de muelles.

Mientras flotaba, los inquietos engranajes de su cabeza comenzaron a girar, tratando de desenterrar algún significado en las palabras del fantasma de John Donne.

“Las campanas... No mandes a nadie a preguntar por quién doblan las campanas... doblan por ti. ¿Por mí? Está claro que con lo de las campanas se estaba refiriendo a algún funeral... ¿Querrá decirme algo de mi funeral? ¿Qué funeral? Si ni siquiera tengo familia a la que puedan avisar y de aquí a que Tucker se entere...” Tucker era el colega más friki que todo adolescente adicto a las consolas puede desear. El único problema era que Fergus ya no era un adolescente. Y Tuck tampoco. De unos treinta años mal llevados, Tucker Sutherby era un excelente ilustrador freaklance a tiempo parcial —cuando no estaba repartiendo pizzas a domicilio—.

Bajito y rechoncho, de pelo rubio y ralo y con menos carisma que un enano de Moria, eran quizá su actitud reservada y su carácter poco hablador lo que más valoraba Fergus de su amigo. Eso, y que era todo un hacha con los videojuegos. Cómo iba a echar de menos las partidas hasta altas horas de la madrugada...

Siguió flotando, alicaído, intentando resolver los enigmas del poeta y tratando de ignorar el creciente olor a pan y a bollos recién hechos que le llegaba de varios comercios cercanos. Obligándose a no pensar en si sería capaz de volver a saborear la comida, dada su actual condición, siguió repitiéndose:

“Mas nada en nada puede convertirse, ni lugar alguno puede del todo vaciarse... Mas nada en nada... nada en

nada. Una doble negación. Todo puede convertirse... Todo se convierte." Siguió esforzándose por concentrarse pero el olor dulzón le impregnaba con demasiada intensidad las fosas nasales. "El olor... ¡Eso es! ¡Todo permanece! Todo deja alguna huella." Y salió volando calle arriba en dirección a su pequeño apartamento en pleno barrio de Belgravia.

Zack era el mejor rastreador que existía. Quizá se despistara más de lo deseable con los ruidos del tráfico, el aroma que dejaban las demás perras, los restos de merienda que se le caían a los niños del colegio más cercano, los machos a los que había que exterminar de su territorio, los aterradores gatos del vecindario, el sonido de los pájaros o el vuelo de una mosca.

Sí, Zack tenía buen olfato, como todos los perros, pero no sabía hasta qué punto sería capaz de seguir un rastro. Y luego estaba el problema de la puerta. Así que Fergus seguía atrapado en el punto de partida. "A no ser que..."

El muchacho corrió hasta la entrada del edificio en el que vivía y esperó.

Fergus había quedado con Tucker la noche anterior para viciarse hasta las tantas al LOL y, claro está, tanto él como la pizza que éste solía traerle se habrían quedado esperando, plantados al frío de la noche londinense.

Y, teniendo en cuenta que el hombre era todo un paranoico, no le extrañaría que al acabar su turno matinal en el trabajo apareciese de nuevo por su casa para comprobar que no se había abierto la cabeza en la ducha, caído de una silla, de la cama o, en definitiva, sufrido cualquiera de los posibles accidentes

domésticos que Tucker repetía constantemente de memoria — por no hablar de las miles de causas paranormales que podían conducirlos a una muerte segura.

Al cabo de lo que al joven le pareció una eternidad, una figura redondeada y ataviada con una cazadora de "Los Cazafantasmas" y unos auriculares más grandes que su cabeza, se encaminaba lentamente hacia la pared en la que Fergus descansaba. A su paso, hacía sonar a todo volumen lo que parecía la banda sonora de algún anime. El hombre parecía alegre, con sus diminutos ojos claros brillando tras el grueso cristal de las gafas, y cargando un par de cajas de pizza bajo el brazo.

"¿Serán las que le sobraron anoche?" Fergus reprimió una risa. Su amigo hurgó con dificultad en el bolsillo derecho de sus apretados pantalones y extrajo un manojo de llaves, entre las que se encontraban las que Fergus le había dado para situaciones de emergencia. Abrió el viejo portón de la finca y el chico lo siguió hasta el interior, flotó a través del hueco de la escalera y esperó a su colega, que ascendía con dificultad por los empinados escalones.

"Venga, abre ya..." Casi a cámara lenta, Fergus vio cómo Tuck introducía la llave en el cerrojo y comenzaba a girar la manivela. Y cuando el movimiento de la puerta fue apenas perceptible, cuando la hoja de madera no se había separado del marco ni siquiera un milímetro, el joven chilló con todas sus fuerzas:

— ¡Premio!

Y una bestia enorme y peluda abrió la puerta con todo su peso y salió disparada hacia donde se encontraba Fergus,

quien, sin parar de reír, salió corriendo escaleras abajo gritando:

— ¡Vamos, Zack! ¿Quieres premio? ¡Corre, corre! ¡Premio!

Y dejó atrás a un Tucker paralizado, que se había abrazado a las cajas de pizza como si fueran su salvación.

Tras unos cuantos orines y algún que otro problemilla para hacer que el perro lo siguiera sin correa —y que no se lanzara a perseguir a todas las ardillas de Hyde Park—, Fergus logró llegar al pequeño callejón del contenedor a escasas tres horas del toque de queda. Disponía de poco tiempo...

— Zack, busca. ¡Busca! ¡Galleta! —No sabía si funcionaría el chantaje alimenticio, pero había que intentarlo. Tenía que seguir el rastro del camino que siguió desde allí hasta la revista.

El perro lanzó un soplido e, ignorando deliberadamente el contenedor de basura, comenzó a ladrar en dirección al balcón de una de las pequeñas casitas de tejado bajo que poblaban la zona.

— ¿Qué hay allí arriba, chico? —Y, como sólo obtuvo un bufido por respuesta —cosa lógica, por otra parte— el joven se vio obligado a ir a explorar él mismo—. ¡Mi móvil! —Gritó con entusiasmo al descubrir el aparato escondido detrás de una maceta. Y desde aquella perspectiva, observó cómo Zack escarbaba entre la basura, dejando al descubierto el fondo, hasta ahora invisible, del contenedor.

Y lo que vio fue la nada en su estado más puro. Como la “nada” de Donne. ¡Un agujero! Un hueco en el plástico del enorme recipiente que, pese al vacío que representaba, llenó su cabeza de un sinfín de fotogramas.

Recuerdos de sí mismo, aterrado y escondido entre las bolsas después de haberse burlado de aquel grupo de “chavs”; el sonido de pisadas y el instinto de supervivencia, que lo empujaron a escabullirse por un oportuno agujero y a trepar hasta el balcón más próximo.

Su primera reacción había sido la de esconder su móvil, disminuyendo así el riesgo de robo en caso de ser descubierto y, agazapado entre dos helechos, permaneció al acecho.

Para su sorpresa, aquella panda de inútiles lo había buscado en el contenedor, sí, pero no habían tardado en distraerse cuando la “adorable” Dove encontró entre los desperdicios algo de “bling, bling” —o comúnmente llamado por el resto de mortales “bisutería barata” — y se habían marchado a seguir con sus chanchullos.

Fergus miró con alivio su teléfono móvil, pero el aparato estaba apagado, sin batería, y él esperaba un mensaje importante de una persona importante. Bueno, de una chica que ignoraba su existencia, más bien, y a la que había estado enviando poemas de forma anónima.

Así que había saltado del balcón, de vuelta a la redacción, en busca de su cargador, dejando el móvil, que había resbalado perezosamente desde su bolsillo hasta el suelo, tras de sí.

“Así que por eso estaba mi teléfono aquí tirado. Y por eso...” Se detuvo cuando una punzada de dolor se le instaló en el pecho. La daga de la congoja, que ahora le aseguraba cruelmente que todo tenía lógica; que el de la zona acordonada era realmente él y que nada había sido una pesadilla.

“Pero, ¿cómo?”

El camino de vuelta a Norfolk Square, donde se encontraba la redacción, fue mucho más pausado, casi como una marcha fúnebre compuesta por él y por Zack, quienes, de forma silenciosa, rendían tributo a la muerte de Fergus.

“Ojalá fuese capaz de escribir el discurso de mi propia despedida, como hizo el señor Donne.” Pensó Fergus. “Quizá le pida que me componga unas líneas. Puestos a pedir cosas descabelladas...”

Y fue entonces, al ver cómo un libro salía volando de las manos de un niño, cuando su cabeza volvió a palparle de un modo taladrante, juntando todas las piezas del puzzle a base de dolor y sangre.

De pronto su memoria ya no estaba allí y se encontraba envuelta por páginas y más páginas, llenas de letras y tinta, que volaban a su alrededor sin dejarle ver la calle. Y allí estaba el camión de reparto; una furgoneta que anunciaba su llegada con un traumático traqueteo. La misma que recogía los ejemplares de la redacción para repartirlos y venderlos por la noche.

La misma que lo atropelló e hizo volar por los aires miles de ejemplares.

En definitiva, a Fergus lo había matado su amor por las letras.

El muchacho lloró por primera vez desde que perdió la vida. Derramo lágrimas de vapor hasta que se sintió liberado. Y después, con orgullo, alzó la cabeza y dijo:

— Vayamos a casa, Zack. Tú tienes que dormir. Y yo, tengo que hacer un pago.

El Libro de Irdys: Blemias

por J. R. Plana

Extracto del Libro de Irdys, donde se describen muchas de las criaturas de otros mundos que viven en éste ocultas a nuestros ojos.

Mi nombre es Irdys, aunque eso importa poco, pues se me conoce de muchas maneras. Algunos me llaman "la voz negra", otros "el que sabe de muerte" y muchos procuran evitarme de todas las formas posibles. He vivido demasiado, y todo este tiempo lo he dedicado a buscar y entender parte de la vasta variedad de oscuros horrores que horadan la tierra. Escucha mis palabras con atención, y que el escepticismo no ciegue tus ojos, pues el desconocimiento de éstas es el camino más rápido para la pérdida de la vida y el alma.

Estos son los hechos que acaecieron a sir William Whistlepown aquel fatídico día, y que sirven para observar y documentar la existencia de las criaturas conocidas como blemias.

Si sir William hubiera sabido los terrores con los que se iba a encontrar esa noche, habría hecho caso de las funestas advertencias de su amigo. Pero estaba en la plenitud de la vida, era fuerte, rico y atrevido, cualidades que son la antecámara de una muerte prematura.

Todo empezó el día anterior, cuando William abrió la puerta principal de su residencia y se encontró al chico. Era uno de los miembros del servicio de lord Dawn, el viejo amigo, y venía con el



aliento entrecortado y la cara sofocada, lo que evidenciaba una presurosa carrera. Estirándose y tratando de no jadear, el muchacho recitó de corrido las malas noticias. Al parecer, Lord Dawn no podría acompañar a William en la partida de caza que tendría lugar al amanecer. Una sesión de cartas con Madame Berenice había tenido como resultado presagios poco alentadores.

Sir William, con la altivez propia de su condición, lamentó la estupidez de la noticia y le dijo que transmitiera a su señor su intención de salir igualmente de cacería, trayéndole sin cuidado que los naipes fueran o no favorables.

El joven insistió, pues las órdenes de su amo habían sido tajantes: "Disuade a William de ir por todos los medios, bajo ningún concepto debe entrar mañana en ese bosque. Madame ha visto cosas oscuras, malos augurios".

William, viendo surgir en el rostro y la voz del criado el miedo y la superstición, rió con ganas, mandando a paseo al obstinado mensajero y las tonterías de la vieja bruja. Con la puerta cerrada en la cara, al muchacho no le quedó otra que volver por donde había venido.

William desaprobaba las costumbres ocultistas del anciano lord Dawn. No era la primera vez que anulaba una carcería porque su permanente invitada, la infalible adivina Rose Berenice, veía algún remoto peligro en las cartas. La superstición de Dawn le provocaba irritación, pues por ella se veía privado de su compañía, que siempre era de agradecer en el enorme y sombrío bosque.

Resignado a pasar una solitaria mañana de caza, sir William ocupó el resto de la tarde en limpiar y preparar la escopeta, dando al anochecer un paseo con los dos podencos por la campiña que rodeaba su casa.

Salió bien de madrugada, cuando el sol ni siquiera teñía el horizonte, con la intención de estar en el puesto habitual al amanecer. Pronto dejaron atrás los grises muros de la mansión y los límites marcados por el seto. El prado se extendía oscuro a su alrededor, inescrutable más allá de los pocos metros que alumbraba la suave llama de la linterna. Las nubes tapaban las estrellas, dejando entrever ocasionalmente la blancura de la luna llena, y el silencio dominaba la estampa, roto únicamente por el silbido del viento.

Los perros marchaban cerca del hombre, a pesar de ir sin correas. Mostraban una actitud poco usual en ellos, que solían correr alrededor excitados por la jornada de caza. Ahora iban despacio,

con la cabeza un poco gacha y el rabo casi entre las piernas.

Después de una caminata considerable, llegaron por fin a la linde el bosque. Resultaba impresionante a la luz de la linterna, que lanzaba grotescas sombras contra los troncos. Para no ser vistos desde lejos, bajó el nivel de la llama. Después de muchos años viviendo en la comarca, conocía al dedillo las sendas y caminos, así que se bastaba con poca luz para avanzar sin problemas. Descolgando la escopeta del hombro para tenerla a mano, se adentró en la foresta, seguido por los dos perros.

Tras un trecho de esquivar raíces y piedras, William observó que los perros se mostraban reticentes a continuar; se detenían cada poco tiempo y caminaban muy pegados a su dueño. Al verles en esa actitud, no pudo sino acordarse de las cartas de Berenice y sus nefastos agujeros. Hizo un esfuerzo por reírse de las magias en las que Dawn tanto confiaba, pero la mente ociosa, al amparo de la oscuridad y el ominoso silencio del bosque, empezó a imaginar un desfile de horrores antinaturales: amenazantes criaturas acechando agazapadas entre las sombras, diablillos de ojos brillantes y afilados dientes observando y siguiendo sus pasos, tétricos cadáveres devueltos a la vida surgiendo de los grises troncos para arrastrarle con ellos.

El vello se le erizó y un escalofrío estremeció su espalda. Al instante, sus mejillas se tiñeron de rojo, inundándole la vergüenza por aquel pueril comportamiento. Eso le ayudó a desterrar las fantasmagorías, procurando centrarse en vigilar que los perros no se giraran de vuelta a casa.

Sin embargo, la concentración no le

impidió que se percatara de la quietud que reinaba a su alrededor. Pensó que si bien es cierto que son pocos los ruidos que se oyen de madrugada, en esta ocasión el silencio era casi sepulcral. Ni siquiera se oía el ulular de algún búho o el gruñido de alguna alimaña nocturna; salvo por sus pasos y el jadeo de los podencos, el bosque estaba mudo. Pensó con cierta hilaridad que todo se había puesto a favor de las supersticiones de Dawn; que aquello tenía un cierto aire de complot contra su sosiego mental. Tampoco el ambiente ayudaba: el espeso techo de ramas, unido a la ausencia de luna y el cielo atestado de nubes, volvían prácticamente inútil la escasa luz que proyectaba la linterna.

William empezó a sentirse el centro de atención de todas las criaturas de los alrededores, pues sus botas partían pequeñas ramas a cada zancada, y la llama de la lámpara sólo iluminaba su figura, convirtiéndolo en un objetivo visible y muy ruidoso. También tenía la impresión de que había perdido el rumbo, a pesar de haber pasado poco tiempo desde se internaron en el bosque. O al menos eso creía él.

Al mirar el reloj, no pudo evitar un sobresalto. Llevaban dos horas deambulando por allí, mucho más de lo que habían necesitado en otras ocasiones. Inspecciono con cautela los alrededores y cayó en la cuenta de que no reconocía el terreno. La inquietud invadió sus miembros, pues sus vagas impresiones habían resultado ser veraces. Intentó desandar el camino, pero en aquella espesa negrura era imposible saber por dónde había venido. Los perros olieron el miedo y se encogieron, gimoteando.

De alguna parte les llegó un gruñido.

Los podencos, acobardados y sin ganas de pelear, echaron a correr uno detrás del otro sin pensárselo dos veces. William se quedó congelado en el sitio, estirando el brazo de la lámpara mientras sujetaba la escopeta con el otro, apuntando al sotobosque. Miraba en todas direcciones buscando la fuente del ruido. Un roce de arbustos en su espalda delató la posición de la posible amenaza. Girando con rapidez sobre sus talones, encaró a la sombra que salía a la tenue luz de la llama.

Cuando lo vio, suspiró aliviado para luego echarse a temblar. No era una criatura del infierno o un ánima sedienta de sangre, era algo mucho más real y palpable: un enorme jabalí, la mitad de alto que él, con enormes colmillos y una mirada feroz. William soltó precipitadamente la linterna para agarrar el arma con las dos manos, disparando a bocajarro el primero de los dos cartuchos. La estampida sonó por todas partes y los perdigones pasaron rozando al animal, provocándole una herida leve y enfureciéndolo aún más. Con un pulso nada firme y sabiéndose el claro perdedor del encuentro, apretó a correr, como alma que lleva el diablo, en dirección contraria al animal. Era una mala decisión, pues iba a ciegas y la bestia podía moverse por el bosque mejor y más rápido. Para terminar con sus posibilidades de supervivencia, aminoró el paso y, girándose a medias, disparó el segundo cartucho contra la sombra del animal. De nuevo la mala fortuna, previsible ante tan inconsciente comportamiento, se puso de su parte: no se oyó ningún quejido del jabalí, que seguía indemne y manteniendo su frenética carga. Renudó la huida por el bosque, aterrado

por la proximidad del enemigo. Encontró, sin quererlo, una aterradora similitud con aquellas pesadillas en las que un persecutor invisible corría tras de él en medio de la oscuridad, mientras sus piernas, torpes y lentas como nunca, no se movían con la suficiente ligereza.

Entonces algo le trastabilló, haciéndole caer de bruces, para luego no llegar a tocar el suelo debido a un fuerte impulso que le lanzó con la cabeza por delante. Era la embestida brutal del jabalí, que le izaba por los aires con los colmillos clavados en su pierna.

Por unos instantes, mientras giraba en el aire, perdió el sentido del espacio, no era capaz de discernir qué estaba arriba y qué abajo. El choque con el suelo le devolvió duramente la perspectiva, vaciando sus pulmones de aire. El terreno era desigual y plagado de pequeñas piedras y ramas, las cuales se le clavaban en el cuerpo mientras trataba, a bocanadas y entre algunos espasmos, de desbloquear el diafragma y recuperar el aliento.

Durante ese corto momento de angustioso ahogo, olvidó por unos segundos la amenaza del jabalí y sus colmillos, causantes de la herida que sentía, palpitante, en su pierna. Fue un grito de espanto y miedo animal lo que le obligó a prestar atención a lo que ocurría a su alrededor.

Trató de incorporarse, pero un escalofrío y una náusea le disuadieron de seguir intentándolo. Retorciéndose en el suelo, volvió la cabeza en todas direcciones, buscando la amenazadora sombra del jabalí y el origen del chillido. La oscuridad era tan absoluta, tan espesa, que sólo alcanzó a ver los grises troncos de los titánicos árboles.

Una voz le llegó a través de la negrura. William gritaba desesperadamente, tratando de llamar la atención, pero sólo salió un apagado gemido, más parecido al sollozo de un niño que a un grito de auxilio.

Sir William sintió un vahído, un estremecimiento que revolvió sus entrañas y retorció su mente. El frío y húmedo suelo giraba a su alrededor, mientras los recios árboles se estiraban hacia el infinito. Se dejó llevar, no opuso resistencia, y, como los restos de un naufragio en un mar tormentoso, su consciencia fue arrastrada por un vórtice de negrura.

Para cuando William emergió finalmente de las profundas tinieblas, sólo trajo consigo retazos de extraña realidad. Su viaje había sido un continuo ir y venir entre ambas dimensiones, mientras su cuerpo era izado por dos negras figuras, que lo transportaron a través del bosque. Al principio no supo interpretar nada de lo que había a su alrededor. Los sonidos que le llegaban eran confusos; ruidos incomprensibles. Sus ojos no eran capaces de percibir más que formas borrosas. Pudo ver un gran fuego, ardía a su lado, iluminando una cara arrugada inclinada sobre él, inspeccionándole de cerca. Detrás, a contraluz, se veían otras tres formas erguidas, que a veces parecían personas y otras troncos con movimiento. Después de andar a ciegas durante toda la noche, le reconfortó comprobar que no había perdido la vista.

“Ya vuelve”, le pareció oír, “se está despertando”.

Las sombras avanzaron unos pasos. La visión de William estaba aún nublada, pero aún así pudo distinguir que

dos eran varones adultos de rostros redondos, que lucían largos y espesos bigotes negros; y la otra figura era una mujer, aparentemente joven, de facciones agraciadas y pelo largo y oscuro.

Se revolvió para ponerse de pie, pero una mano lo mantuvo contra el suelo.

“Tranquilo, marqués”, dijo una voz con sorna mientras una mano le sujetaba firmemente contra el suelo. “No conviene que te levantes tan rápido. Ve poco a poco”.

La mano y la cara arrugada pertenecían a un hombre corpulento, de piel curtida por el sol y ojos oscuros, muy similar a los otros dos. Usando su brazo como apoyo, se incorporó. El esfuerzo provocó que, a ojos de William, las figuras se agitaran unos instantes, desdoblándose en copias traslúcidas. Cuando todo volvió a su sitio, recorrió los alrededores con la mirada. Seguía en el bosque, lo sabía porque las copas de los árboles tapaban el cielo nocturno. Era una zona despejada, en cuyo centro la hoguera iluminaba varias casas rodantes puestas en círculo. Por el aspecto se deducía que era una tribu nómada. Dispersos por el claro había grupos de personas sentadas o de pie. Varios de ellos, los más próximos, miraban hacia donde estaba William. Los nómadas que estaban frente a él se aproximaron un poco más. El hombre de la cara arrugada le habló, dándole la bienvenida al campamento y explicándole que aquella noche había tenido mucha suerte, pues Utel le había encontrado después de haber sido herido por el jabalí y gracias a ella pudieron curarle la pierna antes de que se infectara. Eso lo dijo señalando a la mujer que estaba de pie junto a los otros dos. William, incómodo y confu-

so, balbuceó un “Gracias” e hizo una breve inclinación de cabeza. Utel sonrió, mostrando una dentadura inusualmente blanca. Es probable que aquello no hubiera llamado la atención de William si no fuera porque los otros tres hombres, que también sonreían, tenían también dientes blancos y perfectos. No tuvo mucho tiempo para pensar en eso, pues enseguida empezaron a hablarle todos a la vez mientras le acercaban abundante comida y bebida.

Con las piernas cruzadas y en el suelo, William daba buena cuenta de los alimentos que aquella simpática gente compartía con él. Utel se había sentado a su lado, hablándole del largo viaje que les había llevado hasta allí mientras sonreía continuamente. “Es curioso”, pensó, “que esta mujer sea capaz de sonreír tanto rato sin parecer boba”. Era común en el ambiente social de este caballero tratar con damas que no escondían nada detrás de una forzada y permanente sonrisa, expresión que mostraban por consejo y orden de sus estrictas madres. Utel, sin embargo, tenía unos ojos vivos y astutos, demasiado sugerentes para alguien acostumbrado a la frialdad de las mujeres de su condición.

Tambores y flautas empezaron a tocar, y varios nómadas se levantaron de sus sitios para bailar al ritmo de la música repentina. Panderetas y cascabeles se unieron al coro de voces que puso letra a la canción. Más y más nómadas danzaban alrededor del fuego, dando saltos con gran destreza. Utel hizo un gesto a William, animándole a salir a bailar con ella. El negó con la cabeza, pues dudaba que la herida de la pierna le permitiera moverse. Ella le quitó importancia, diciendo que los ungüentos del curande-

ro eran muy potentes, y sin duda podría caminar sin dificultad. Su insistencia, junto con la promesa que ardía en sus ojos, vencieron los reparos de William, que se irguió con ayuda de la mujer y se dejó llevar junto al resto de la tribu.

Al principio se movía con cuidado, esperando sentir el doloroso latigazo que delata a una herida reciente. Mantenía un ritmo menor al de la chica, que se contoneaba con facilidad y gracia. Mientras estuvieron sentados, no reparó en la figura o en la ropa de Utel. Ahora, disipadas las neblinas que entorpecieron hace un rato su visión, y con ella iluminada por el fuego cercano, agitándose con fogosidad al son de la melodía, contempló el cuerpo bien formado, cubierto únicamente por una camisa escotada y de tela burda, con grandes mangas que dejaban la morena piel de los hombros al aire, y una engañosa falda que, aunque llegaba por debajo de la pantorrilla, tenía dos aberturas laterales que permitían ver las largas piernas de Utel cuando esta se movía. La mujer, si bien no era bella según los cánones estéticos de la época, poseía una sensualidad que difícilmente podía pasar desapercibida.

Sir William cayó bajo el hechizo de Utel, perdiendo el sentido del tiempo y del espacio, permitiéndose arrastrar por la cadencia hipnótica de la música y de los movimientos acompasados, a veces fieros y salvajes, de la mujer. Olvidó por completo la herida abierta; apartó a un rincón de su mente lo enigmático y peligroso de aquella noche; y, sobre todo, procuró ignorar el innegable hecho de que el sol hacía rato que tenía que haber salido.

Las horas pasaron, era imposible sa-

ber cuánto tiempo llevaban dando vueltas el uno frente al otro, todas las voces sonando al mismo tiempo, las flautas tocando saltos de notas imposibles, los tambores tronando en los oídos y en el alma, los cascabeles inmersos en su ajetreo delirante, y sus cuerpos sudorosos indecorosamente juntos. Alguien había encendido varios fuegos, cuyos humos, con extrañas tonalidades, llenaron el aire de sofocantes aromas. Utel estaba cada vez más pegada, atrayéndolo y alejándole rítmicamente. En un par de ocasiones, al caballero le pareció ver que varias figuras estaban completamente desnudas, pero la densidad del ambiente y el frenesí del baile volvían la escena confusa.

De alguna manera, William se encontró con los húmedos labios de Utel. Le besó con ímpetu, empujando su boca contra la de él, anulando cualquier capacidad de resistencia. Esto no era necesario, pues William no tenía ninguna intención de alejarse. Respondió al beso con más ganas que ella, aumentando el ritmo y desinhibiéndose por completo. Las manos de ella le aprisionaban con fuerza, acercándolo, tratando de fundir sus cuerpos en uno. Inundándolo todo, el cántico demencial que aglomeraba voces, tambores, flautas y cascabeles alcanzó su punto álgido. Utel se separó bruscamente, y él buscó de nuevo los labios con desesperación. Ella le paró en seco, obligándolo a mirarla a los ojos. Allí encontró una intensidad que jamás había visto antes, un hambre voraz que hablaba claramente de sus intenciones. Utel echó a andar, y, de un tirón, arrastró a William detrás de sí, alejándose del campamento para internarse en la oscuridad de los árboles.

Ella parecía flotar a ras de suelo, sus pies descalzos se movían con ligereza y seguridad, evitando cualquier obstáculo del camino. William seguía sus pasos aturdido, con los latidos del corazón en las sienes, sofocado por el ambiente y por el sensual cuerpo de Utel.

Se detuvieron cuando las luces de la tribu desaparecieron de la vista. Aunque no entendía como lo habían conseguido, se hallaban en un estrechísimo claro, que Utel empezaba a iluminar colocando finos palos que parecían hechos de incienso. Los encendía de alguna manera que William no alcanzaba a ver, y despedían un aroma similar al de las hogueras del campamento. El leve y cálido resplandor de las brasillas descubrió en el centro un ancho tocón, donde cabía ampliamente un hombre recostado. Cuando Utel hubo terminado, se giró buscando a sir William. Atrayéndolo hacia sí, volvió a besarle con rabia. Separándole con la misma velocidad, Utel le empujó hacia el tronco, obligándole a tumbarse. Ella, alzándose sobre él y poniendo un pie a cada lado de su cuerpo, comenzó a bailar de nuevo, pero esta vez mucho más suave que antes, siguiendo lentamente el compás de la música, que, a pesar de la distancia, llegaba hasta ellos. El baile era extremadamente insinuante, y Utel aprovechaba para ir desprendiéndose poco a poco de la ropa. Lo primero que dejó caer fue la falda, mostrando sus suaves y bien torneadas piernas y una corta tela que tapaba sus partes más íntimas. Sir William notaba la fuerte presión de la entrepierna, poco acostumbrado a esos despliegues eróticos. Ella prosiguió desabrochándose los botones de la camisa, dejando entrever lentamente porciones

de piel tostada. Se arrancó con violencia lo que le quedaba de blusa, permitiendo que el aire también disfrutara con sus sensuales curvas. William se deleitó con la imagen de la mujer: su suave vientre, sus amplias caderas, sus pechos firmes y redondeados. Sentía una imperiosa necesidad animal de poseerla, no era capaz de aguantar más. Incorporándose bruscamente, la agarró por la exigua prenda que le colgaba de la cintura.

Al aproximarse a ella, se percató de algo que no había visto a la tenue luz del incienso. En su abdomen, recorriéndolo desde el ombligo hasta el esternón, había una especie de cicatriz, que mostraba un tono más rosáceo que el resto de la piel y supuraba algo parecido al pus por varias aberturas. Bajo los senos, equidistantes de la herida vertical y con las mismas características que ésta, había dos círculos del tamaño de una moneda.

Un escalofrío de espanto recorrió la espina dorsal de William al ver aquellas espantosas marcas. Levantó su mirada hacia el rostro de Utel, que ahora se mostraba impasible y carente de expresión. Poniendo la rodilla sobre su cuerpo, y con la fuerza de todo su peso, Utel le obligó a tumbarse de nuevo. Este insólito y amenazador comportamiento provocó que el pánico se apoderara de él, que empezó a mascullar preguntas incoherentes. La mujer se colocó con las dos rodillas encima de sus brazos para impedir que se moviera. William se revolvía con vehemencia, tirando a un lado y a otro, en un intento por desequilibrar a Utel. En uno de sus empujones, atisbó por el rabillo del ojo varios troncos que se movían. Dirigiendo su atención a ellos durante unos instan-

tes, comprobó con creciente horror que se trataba de los miembros de la tribu. Todos llevaban el torso completamente desnudo, y, al igual que Utel, esas anormales cicatrices. Sus rostros eran máscaras de indiferencia, carentes de vida o personalidad.

Un estertor atrajo de nuevo la atención de sir William. Utel empezaba a temblar y a respirar con jadeos. Lo más inquietante es que el aire no lo cogía por la nariz o la boca, sino que lo inhalaba por la cicatriz. Ésta empezó a abrirse con un sonido de rasgando, arrancado jirones de carne que quedaban colgando de un lado a otro. La sustancia que parecía pus empezó a salir por la hendidura, descubriendo William que no se trataba de ninguna supuración, sino de una especie de saliva más densa y blanquecina. La espantosa cicatriz terminó de separarse con un crujido y una succión, para dejar a la vista tres hileras de extraños y puntiagudos dientes.

“Una boca”, pensó con angustia, “tiene una boca vertical en el estómago”. Aún se encontraba tratando de asimilar la extraña transformación cuando la cabeza de Utel se derribó hacia atrás desmadejada. Las dos marcas que tenía debajo de los senos se separaron rompiendo la piel, igual que la cicatriz del vientre, para mostrar dos ojos de caballo con una profunda negrura y brillo antinatural. Incapaz de apartar la mirada de aquel infernal espectáculo, William oyó los mismos sonidos de rotura repitiéndose por todo el claro. De un rápido vistazo, contempló cómo todos los miembros de la tribu habían dejado colgando hacia atrás sus cabezas humanas, desgarrado sus vientres y abierto las amenazadoras fauces que deforma-

ban sus torsos.

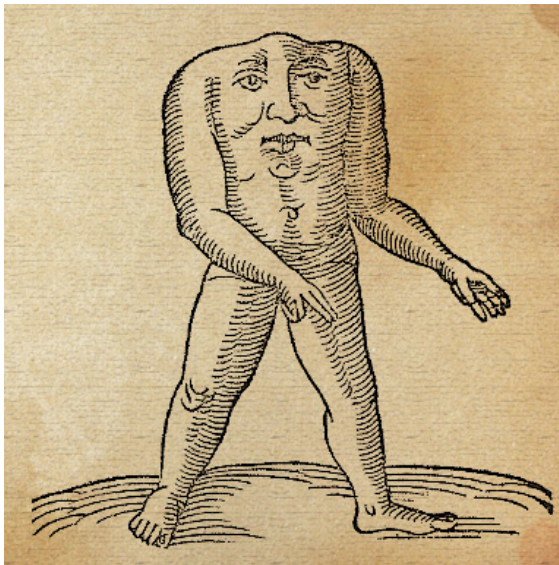
Entonces el festín empezó. La primera en probar bocado fue Utel, que, deslizándose hacia abajo mientras le sujetaba los brazos con sus manos, mordió al hombre en el costado derecho, arrancando con sus afilados dientes parte de los intestinos. Los demás no tardaron en unirse a ella, descarnando el sangrante cuerpo de sir William.

Él gritaba, aullaba con todas sus fuerzas mientras pataleaba tratando de soltarse de Utel. Pero era inútil, a cada mordisco que le daban, cada pedazo de carne que le separaban del hueso, sus energías se desvanecían más y más. Lentamente, en medio de dolores y una terrible agonía, la vida de William se fue apagando. Lo último que vieron sus ojos, envueltos en lágrimas y sangre, fueron los hermosos pechos de Utel salpicados de rojo, que se agitaban, de manera excitante, encima de los despiadados e inhumanos ojos negros.

Los restos de sir William Whistlepown fueron hallados días después, cuando el servicio alertó a las autoridades del pueblo cercano acerca de la larga ausencia de su señor. Poco encontraron de él, salvo las prendas y algún que otro hueso.

Todo indica que fue víctima de una caravana de blemias antropófagos, criaturas míticas que poseen el rostro en el tronco, y que una larga lista de grandes viajeros han mencionado en los diarios de sus periplos. Estas caravanas solían recorrer los campos de batalla y cementerios en busca de cadáveres recientes, internándose poco a poco en territorios más civilizados para atacar a hombres aún vivos y saborear la carne fresca.

Unas semanas más tarde, los habitantes de la comarca se enteraron de que, al menos en dos poblaciones ubicadas al sur de allí, varios habitantes habían encontrado cadáveres en las mismas condiciones, y dos mujeres afirmaban haber visto una peculiar caravana atravesando los bosques. Cuando la noticia llegó hasta mi, traté de ponerme en marcha en pos de la troupe blemia, pero, tras un mes de búsqueda, les perdí de vista completamente.



Estos dos antiguos grabados, junto con las narraciones de los testigos y la historia de sir William, que no puedo contar de qué manera la obtuve, es la prueba más determinante y fehaciente de la existencia de caravanas blemias antropófagas.

Que el cielo nos guarde de cruzarnos en su camino.



El prometido huido por Diego Fdez. Villaverde

Un joven con una recompensa por su cabeza llega a Avarittia, y los miembros del Gremio de Ladrones salen en su busca, pero no son los únicos detrás del desafortunado. En Avarittia, las mentes deben estar tan afiladas como las dagas.

Eva corría lo más rápido que podía hacia su casa. Una tormenta veraniega caía sobre la ciudad, y todos los avarittios buscaban refugio en cualquier soportal, árbol, taberna o en sus hogares. Los tenderos gritaban obscenidades mientras intentaban poner a salvo sus mercancías de la lluvia, y algunos niños corrían y jugaban con la lluvia, salpicando en los charcos y tirándose barro entre ellos.

Tras recorrer las encaladas calles del Barrio Blanco, llegó a su destino. Era una casita muy humilde en la zona residencial, con un solo dormitorio, que compartía con su hermana gemela. Tenía una pequeña cocina que hacía a la vez de comedor, un sótano que utilizaban como despensa y una buhardilla con la

entrada escondida, en el que guardaban su pequeño botín. Al meter la llave de la cerradura, se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta. El corazón le dio un vuelco y oscuros recuerdos llegaron a su mente. Desenvainando su daga, la abrió lentamente.

- ¿Eva, eres tú? -dijo una alegre Anna.

Eva suspiró aliviada, enfundó su arma y entró en la cocina. Anna estaba cortando una especie de planta carnosa en la mesa con un vestido marrón y un delantal, mientras un grupo de cuatro niñas de la calle, llenas de barro, las miraban boquiabiertas.

- ¡Hala, son iguales! -exclamó una de ellas-. Bueno, ella tiene dos... -la más mayor del grupo no la dejó terminar la frase con un rápido codazo.

- ¿Anna, qué hacen aquí todas las niñas? ¿Y por qué has dejado la puerta abierta? -preguntó Eva.

- Bueno, respondiendo a la primera pregunta, lo que al principio empezó siendo una inocente pelea de barro de chicos contra chicas, terminó siendo una autentica guerra cuando uno de esos idiotas decidió que sería divertido tirar una piedra envuelta en barro a la pobre Flavia. -Eva cogió una rodaja de su planta y se acercó a la más pequeña de las chicas, que tenía una mano en la frente y los ojos llorosos-. Yo lo estaba viendo todo desde la puerta, ya sabes que me encanta ver llover, y me pareció que se había hecho daño de verdad; así que decidí que tenía que ver esa herida.

Eva se acercó a ver a la chica llamada Flavia. La herida estaba entre ceja y ceja, lavada y no parecía muy profunda. Tenía los ojos rojos de tanto llorar y, entre sollozo y sollozo, se veía que la niña había perdido sus primeros dientes de leche.

- ¿Y la puerta? -preguntó Anna.

- Les he dicho a esos gamberros que mi puerta estaría abierta si querían pedir disculpas a Flavia, pero creo que no están por la labor. Cariño, esto te va a escocer un poquito, pero verás que luego es bastante fresco.

Anna frotó suavemente la rodaja de la planta en la herida. La chiquilla se mordía los labios mientras una de sus amigas le sujetaba la mano. En cierto modo, le recordaba a su hermana y a ella de pequeñas.

- ¿Verdad que ya está mejor? Ahora te voy a poner una gasa y te voy a vendar la herida. -Flavia asintió. Aún gimoteaba, pero había dejado de llorar-. Flavia está siendo muy valiente, ¿verdad Eva?

- Oh, sí muy valiente. -Eva no podía dejar de mirar a su hermana. Había algo hipnótico en la manera en la que trataba a los heridos, con la disciplina de un militar y el cuidado de una madre.

- ¡Eva, estás empapada! -Anna aún no se había fijado en su hermana-. Ve a cambiarte ahora mismo. Sólo falta que te resfríes.

Eva asintió y se fue al dormitorio a cambiarse. Quería hablar con su hermana, pero tendría que esperar a que las visitas fueran. Su dormitorio era grande, con dos camas, un baúl enorme donde guardaba su ropa y las herramientas de trabajo, y un armario donde Anna guardaba las suyas. También tenían un pequeño tocador con un espejo de cristal, que Anna se había comprado como capricho. Se desabrochó su camisa de lino blanca, la puso encima de la silla y se quitó sus botas de cuero basto. Se dejó el pantalón de tela negra puesto, no estaba tan mojado y tampoco tenía ninguno más que estuviera limpio. Eva no se gastaba mucho en ropa, y los otros pantalones se le rompieron en una pelea mientras trabajaba de camarera en la taberna gremial.

- ¡Muchas gracias, señora Anna! -gritaron las niñas, y se oyó como la puerta se cerraba.

Eva no perdió el tiempo y fue a buscar a su hermana a la cocina. Anna estaba limpiando el cuchillo en un barreño de agua encima de una de las mesas, mientras tarareaba una alegre cancioncilla. En el fuego había puesto a hervir un pequeño cazo con agua, y, conociendo a Anna, seguro que era para preparar una infusión.

- No me gusta que dejes entrar a cualquiera en nuestra casa, y menos que de-

jes la puerta abierta -dijo Eva seriamente desde la entrada.

- Bueno, y a mí tampoco me gusta que te pasees por la casa con las tetas al aire, pero nadie es perfecto, ¿no?

- Anna, lo digo en serio, a saber quién podría haber entrado.

- ¿Quién, un ladrón? ¡Los conocemos a casi todos! -Anna soltó una carcajada, y Eva luchó por no sonreír-. Además, esos niños necesitan que alguien les vigile

- Cierto, ¿qué tal sus padres? -Anna se acercó a la mesa de la cocina y cogió una silla, la dio la vuelta y se sentó con los brazos apoyados en el respaldo.

- Eva, la mayoría de esos niños son huérfanos de padres que fueron a la guerra, madres muertas en los partos o simplemente sus dos padres trabajan día y noche para sacarlos adelante.

- Eres demasiado buena, Anna.

- Esta ciudad a veces es demasiado mala.

Las hermanas gemelas Garibaldi eran idénticas en todo. Las dos eran pelirrojas con el pelo rizado y de ojos verdes, tenían un rostro perfecto salpicado con algunas pecas, medían un metro setenta y, aunque carecían de grandes curvas, lo compensaban con un cuerpo atlético. La diferencia más evidente es que Anna era tuerta y llevaba un parche sobre su cuenca derecha. Además, Anna era mucho más dulce, atenta y alegre que su hermana Eva. Mientras que ella lo único que le interesaba era abrir cerraduras y cómo salir airoso de una pelea, Anna era una gran aficionada a la botánica. Podían haberse permitido una casa más grande, pero ésta tenía un gran patio tapiado en la parte trasera de la casa, donde podían cultivar una gran canti-

dad de plantas; sin embargo, ninguna de ellas tenía un fin ornamental. A un observador desinformado le parecería que su pequeño jardín no estaba bien cuidado. Todas las plantas que ella poseía tenían alguna propiedad útil para su trabajo, ya fuera medicinal, como el acíbar que había usado en la cura de la niña, o tóxicas, como la belladona o la tuera.

Anna sacó el agua del fuego, la vertió en dos tazas de madera e introdujo en ellas unas hojas de tilo. Puso una cerca de donde estaba sentada Eva, con la esperanza de que la probara.

- Anna, necesito tu ayuda con un trabajo -dijo Eva, cambiando a un tono más suave.

- ¿Qué clase de trabajo? -le preguntó Anna, mientras bebía su infusión-. ¡Hmm! Esto necesita más tiempo para que repose.

- Al parecer un joven de Lirol, Dionisio, se ha escapado de su casa. Sus padres habían preparado un matrimonio de conveniencia con una familia rica que sólo tiene una hija. No sé muy bien los detalles, pero hay una buena dote de por medio. Lo que sí sé es que ofrecen una buena recompensa al que le lleve a casa: cien monedas de oro. Y también sabemos que está aquí, en Avarittia, gastándose el dinero de sus padres en bebidas y putas.

- ¿Y supongo que pedirle por favor que vuelva a su casa no vale? -volvió a preguntar Anna, mientras removía la taza con un dedo.

- Puede, pero ¿quién se llevaría la recompensa? -Eva dio un sorbo a la infusión de su hermana. Estaba asquerosa-. No, quiero capturarlo yo.

- Esto es nuevo, robar una persona.

¿Lo sabe el maestro?

- Fue a quien le llegó la noticia. No es un trabajo del gremio, pero me ha dado su visto bueno.

Anna miró a los ojos a Eva. Sabía muy bien cuando mentía, aunque esta no era una de esas ocasiones.

- Volviendo al tema -prosiguió Eva-, le he estado siguiendo estos tres días. Se aloja en la posada La Gaviota Negra, y allí se toma unas copas antes de salir con una cuadrilla de amigos que se ha echado en la ciudad. Es el único momento en el que está solo.

- ¿Y qué vas a hacer? No puedes llevártelo a rastras del local.

- Me preguntaba si tú podrías hacerme algún tipo de narcótico para echarle en su bebida... Nada fuerte, sólo quiero dejarle un poco desorientado.

Anna arqueó las cejas, asombrada. Frunció el labio, y levantó su único ojo, pensativa.

- Supongo que algo puedo hacer -dijo Anna, mientras asentía para sí misma.

- Estupendo, pues si puedes para esta misma noche...

- Quiero el treinta por ciento de la recompensa -la cortó Anna, mientras bebía la infusión.

- ¿Qué? -Eva se levantó del asiento, enfadada-. Ni de broma. Un veinte a lo sumo.

- Un treinta, en el cual se incluye el alquiler de uno de mis vestidos. ¿O acaso vas a seducir a un noble vestida como un mendigo?

Eva no había pensado en ello. No tenía nada que ponerse para simular el cortejo a un noble, y desde luego no podía ir con sus pantalones llenos de barro.

- Me parece justo -accedió Eva.

La posada de la Gaviota Negra estaba cerca del puerto y, debido a sus precios un tanto elevados, en sus habitaciones normalmente se alojaban comerciantes y nobles cuyos barcos habían hecho una escala en Avarittia. Ciertamente el servicio y la bebida eran buenos, era un sitio tranquilo y elegante, y por las noches la taberna se llenaba de gente adinerada buscando amistades que le proporcionaran enlaces comerciales en otras ciudades o países.

Eva llegó a la posada en el ocaso, con el cielo encendido en un intenso color naranja. Su hermana no había conseguido que se pusiera un vestido elegante con el que se sintiera cómoda, así que le eligió un sencillo conjunto de dos piezas: un corpiño y una falda de lana merina, ambos de un color verde que resaltaba el color de sus ojos, además de una chaqueta abierta de ante negra en la cual llevaba el narcótico escondido en una de las mangas. Debajo de la falda, que planeaba quitársela en cuanto saliera de la taberna, llevaba sus pantalones puestos. Además del vestuario, Anna le había dejado un collar, unos brazaletes y unos pendientes de oro sencillos, y le había recogido el pelo en un moño. Eva puede que no pareciera una duquesa, pero al menos daba el pego como asistente de una.

Eva le había pedido a Ricco, su protegido en el gremio de ladrones, que le esperara en uno de los callejones de la posada. Era un joven con una melena corta negra, no especialmente alto y que estaba intentando que le creciera una barba. Él estaría escondido, y sólo entraría en acción cuando ella le diera la señal. Cómo si fuera a actuar en una

función, Eva estiró los músculos e hizo muecas con la cara, y con la sonrisa más inocente que pudo poner entró en el local.

La posada estaba elegantemente decorada. Había tapices en las paredes, cortinas de terciopelo en las ventanas y manteles bordados en las mesas, en las cuales hablaban, bebían y jugaban a las cartas sus clientes. A Eva lo único que le importaba era su objetivo, un chico de pelo castaño rizado e imberbe, con la cara y el cuerpo rechonchos. Estaba solo en la barra, bebiéndose una copa de vino. Se acomodó cerca de él, a dos asientos de distancia.

- Camarero, quiero lo mismo que está tomando ese caballero -pidió Eva dulcemente.

- Oh, es sólo vino barato -se excusó el joven-. Seguro que prefiere algo mejor que esto.

- Bueno, así invitarme a esta copa no te será tan caro. -Le dedicó una risita a su presa, mientras el camarero le servía una copa. Odiaba el rol que estaba interpretando, pero era la mejor manera de acercarse a un hombre como él.

- ¿Qué te hace suponer que te voy a invitar? -respondió él con una sonrisa pícaro.

- Quizá una buena conversación y unas cuantas copas más -Eva dio unas palmitas al asiento de al lado, y el chico se acercó.

- Mi nombre es Dionisio, encantado.

- Elisabeth -mintió Eva.

- ¿Y qué hace una joven moza cómo tú sola a estas horas? -el joven puso una mano sobre el hombro de Eva y empezó a moverla suavemente.

"¿Moza?", pensó ella.

- Mi padre está haciendo negocios en

la ciudad, y yo no tengo nada que hacer excepto escuchar a dos viejos hablar sobre importaciones de hortalizas. Así que he salido a explorar.

- Vaya, ¿y qué es lo que más te gusta de la ciudad? -Dionisio empezó a bajar la mano por la espalda lentamente.

- Pues... -"Que gente como tú acaba muerta en una semana y a nadie le importa"- El paseo marítimo es bastante peculiar, y la catedral de la Colina es espectacular. Y encuentro a sus hombres bastante interesantes. -Eva sentía náuseas al escucharse decir esas palabras.

-¿Ah, sí? -Su mano terminó de detenerse en el culo de Eva, dándole un estrujón.

"Capullo".

- ¡Uy! Que rápido vas, y sólo estamos bebiendo vino... -Eva apartó suavemente la mano de Dionisio. No quería parecer asustada, pero desde luego no quería que le toqueteara el trasero-. ¿Qué te parece que pasemos a algo más fuerte? ¿Orujo, quizás?

- ¡Me gusta cómo piensas! No he probado el orujo de aquí. ¿Por qué no? ¡Camarero, dos orujos!

Su hermana le había advertido de que el narcótico que había preparado tenía un suave sabor amargo, y esperaba que el orujo lo tapara. Sólo tenía que buscar la oportunidad de envenenar su bebida. Y no quería alargar más esa farsa. Sin que Dionisio se diera cuenta, se desabrochó un brazalete y lo dejó caer al suelo.

- ¡Oh, qué desastre! Debe de estar suelto... -hizo un ademán de ir a recogerlo.

- Tranquila, yo te lo cojo. -Dionisio reaccionó como esperaba Eva, que con la velocidad de una serpiente sacó el fras-

co del narcótico, lo abrió, vertió su contenido en el orujo y lo volvió a guardar en la manga de la chaqueta. Si alguien se dio cuenta, no debió de importarle.

- Toma, aquí está. Tu brazalete.

- Qué amable. ¡Un brindis por tu caballerosidad!

- ¡Salud! -dijeron los dos, y las copas de madera hicieron un ruido seco. Mientras Dionisio se bebía el líquido, Eva lo miraba fijamente. Su hermana había dicho que el narcótico haría efecto en unos diez minutos, pero no quería esperar tanto tiempo.

- Me preguntaba si te gustaría salir a la calle a dar un paseo, y quizás acompañarme hasta mi posada -coqueteó Eva.

- A sus pies, mi señora -Dionisio hizo un amago de reverencia.

"No lo sabes tú bien", pensó ella.

Eva ofreció su brazo y el joven lo tomó para sí. Salieron de la posada juntos. Ella le guió hasta el callejón donde les esperaba Ricco. Cuando hubieron avanzado un poco, ella echó un vistazo a su alrededor y, al no ver a nadie, se paró en seco, miró a los ojos a Dionisio y le dijo:

- Llevo toda la noche esperando este momento.

Él se la acercó, con sus labios preparados para besarla... pero lo único que recibió fue un golpe en la nuca con la empuñadura de la daga de Ricco. Dionisio cayó redondo al suelo, y lo arrastraron al callejón.

- Vaya, si que le has cazado pronto -apuntó Ricco, mientras buscaba en la ropa de Dionisio algo que saquear. Encontró una pequeña navaja y una bolsa de dinero con cinco monedas de oro y cuatro de plata.

- Créeme, si por mí fuera hubiera sido más rápido. -Eva se quitó la falda y se la dio a Ricco. Éste le pasó su estoque y su daga, y las puso en su cinturón-. Esperemos que los narcóticos le hagan efecto y no se despierte hasta que lleguemos al gremio.

Cogieron a Dionisio por los hombros y, antes de que pudieran salir del callejón, un hombre apareció por donde ellos habían venido.

- Dejad ese chico ahora mismo -les dijo, mientras se acercaba a ellos. Ricco y Eva se giraron para ver la nueva amenaza. Tal y como iba vestido, con una armadura de cuero y unos pantalones de tela negra, un guardia no parecía. Tenía el pelo moreno y largo, recogido en una cola de caballo, y una barba espesa. También llevaba dos dagas largas en la cintura, en unas fundas de madera.

- ¿Quién lo dice? -preguntó Ricco.

- Soy el guarda personal de Dionisio.

- He seguido a este hombre durante tres días, y es la primera vez que te veo -dijo Eva. Soltó el brazo a Dionisio y echó mano de la empuñadura del estoque-. Hay una recompensa si se entrega este hombre a su familia, y estoy segura que no eres más que un buitre siguiéndonos. Te sugiero que te marches si no quieres salir herido.

- Ahí te equivocas, muchacha -el hombre desenvainó sus dagas, mientras caminaba hacia ellos-. He venido desde Lirol porque me han contratado para que este hombre no regrese nunca con su familia. Al menos vivo.

"Un asesino", pensó Eva. Ella empuñó sus armas, el estoque en la derecha y la daga en la izquierda, y se puso en posición de ataque.

- Ricco, llévate al angelito a la casa

gremial. ¿Podrás cargar con él?

- Eva, puedo ayudarte...

- Es una orden, Ricco. ¿Podrás con él? -insistió ella. El callejón era demasiado estrecho, y podría resultar una molestia tener un compañero en esta pelea.

- Creo que sí. -Ricco puso un brazo de Dionisio sobre sus hombros y le rodeó con el suyo la espalda-. Pero tardaré bastante.

- ¡No te lo llevarás a ninguna parte! -gritó el asesino, cargando contra ellos.

Eva no era de las que se quedan esperando, así que corrió a su encuentro. La chica lanzó una rápida estocada a su oponente, pero el asesino se paró en seco y desvió el estoque con una de sus dagas, intentando apuñalar a Eva en el cuello con la otra. Ella bloqueó el ataque con su propia daga, y lanzó unos cuantos tajos con el estoque para obligarle a retroceder.

- ¡Vete, Ricco! -gritó Eva.

Ricco asintió y se puso en marcha, alejándose del callejón lentamente. Eva tenía que hacer lo posible por detener a ese hombre, pues el suelo aún estaba embarrado y podría seguir las huellas de Ricco, que se movería despacio mientras cargara él sólo con Dionisio. Y aunque era un excelente ladrón, como luchador dejaba bastante que desear.

El asesino volvió al ataque, pero ella paraba todos sus envites con el estoque mientras esperaba a que apareciera un hueco en sus defensas.

- Eres bastante buena para ser una mujer -se burló.

- Pues tú eres bastante malo, para ser un asesino profesional -contestó Eva, y después le sacó la lengua.

Ofendido, lanzó una serie de cortes contra ella, que rechazó con mucha faci-

lidad. En la última parada, ella contrató con fiereza, replica que el asesino evitó agachándose. La ladrona entonces trató de herir las piernas del asesino, que evitó con un salto hacia atrás. Con otro hacia delante, embistió a Eva con las dos dagas por delante, y ésta tuvo que bloquearlas con la empuñadura de sus dos armas. La fuerza del ataque y el barro la deslizaron hacia atrás, y a punto estuvo de perder el equilibrio. El asesino siguió empujando, pero Eva encontró suelo firme y fijo con fuerza sus piernas.

- Muy solicitado está el pobre Dionisio -dijo Eva, mientras mantenía el agarre-. Unos quieren secuestrarle, otros matarle...

- Cosas de nobles -le contestó su oponente-. Ya sabes, si el chico muere, otro se casará con su prometida. Y con ella irá su enorme dote.

- Ah, el amor -suspiró Eva. Entonces levantó los brazos con todas sus fuerzas y desequilibró al asesino.

Rápidamente, ella realizó con la daga un corte veloz en la frente de su rival. Él se separó de ella, mientras se tocaba con una mano la herida. No era grave, pero empezaba a sangrar bastante, y si la sangre llegaba a los ojos perdería visibilidad, poniéndole en una gran desventaja. Desesperado, lanzó a Eva una de las dagas. Ella no esperaba el ataque, y lo evitó lateralmente demasiado tarde. Aunque el arma no llegó a clavar-se, le causó un buen tajo en el brazo izquierdo, que obligándola a soltar la daga. Eva se agachó a recoger su arma mientras le apuntaba con el estoque.

- Dime, ¿tus dagas están envenenadas? -le preguntó con cierto miedo Eva.

- No sé a quién te enfrentas normal-

mente, pero en Lirol no hacemos esas cosas -el asesino empezó a correr hacia ella.

- ¡Pues has de saber que en Avarittia nunca jugamos limpio! -En vez de coger su daga, agarró un poco de barro y se lo lanzó a la cara. El asesino, desorientado, se llevó las dos manos a los ojos. Eva aprovechó esta oportunidad para clavarle el estoque en un brazo y, con la mano izquierda, le pego un puñetazo en la frente donde tenía la herida.

El asesino cayó al suelo de espaldas y cuando pudo abrir los ojos tenía la punta del estoque de Eva el cuello.

- ¿Cómo te llamas? -le preguntó Eva.

- Giulio.

- Giulio, en el fondo somos bastante parecidos -dijo Eva, usando un tono diplomático-. Un trabajo nada honrado, peligroso y a veces mal pagado. Al mismo tiempo, entiendo que no podrás volver a Lirol sin el trabajo completado, así que no puedo arriesgarme a que mates a mi objetivo antes de que llegue a casa.

- Si vas a matarme, hazlo rápido.

- Bien mirado, eso solucionaría mis problemas. - Eva le clavó ligeramente el estoque en el cuello-. Pero no, sólo soy una ladrona, no quito la vida a la gente.

Entonces, elevó su arma hasta el hombro derecho de Giulio y lo atravesó con la punta, retorciéndolo lentamente. El hombre gritó de dolor, pero ella no se detuvo.

- ¡Zorra!

Eva enfundó sus armas y cogió las dagas del asesino, para cerciorarse de que ya no era un peligro. La sangre brotaba de su herida y discurría por su brazo, manchando el barro de la calle de rojo.

- Saliendo del callejón a mano izquierda, dos calles más allá, hay un hospicio

regentado por sacerdotes donde te curarán las heridas. Disfruta de la piedad de Avarittia. Es escasa.

Picadilly Tales II

“El principio del fin”

¿En qué cambiaría tu vida si supieras el día en que vas a morir? No quieras saberlo, disfruta de la ignorancia

por A. C. Ojeda

I

Cuando las cosas no salen a la primera, es mejor no forzarlas. Tenía que haber hecho caso a esa frase antes de telefonar a Christine. Anoche, mientras me retorció sobre el colchón incapaz de conciliar el sueño, marqué su número. Los días habían pasado sin que hubiéramos tenido contacto alguno tras nuestra cita. No era demasiado tarde, así que debía responder a mi llamada. Un ruido sonó al otro lado de la línea telefónica.

- Eh, hola Damián, espero que tengas noticias para mí.

- Pues la verdad Chris, llamaba para ver cómo estabas, no hablamos desde nuestra cena. -craso error el mío.

- ¿Haces esto con todas tus clientas? -sus palabras me dejaron frío como un iceberg a punto de desmoronarse.

- Eh, Chris pensaba que teníamos una amis...

- Un contrato y un caso en el que investigar, eso es lo que tienes querido. - interrumpió así mis palabras.

- Está bien Christine. Siento decirte que poco he avanzado en tu encargo, pero cuando tenga noticias serás la primera en saberlo -intenté reponerme de sus duras palabras sacando mi dignidad profesional.

- Así me gusta, buen chico. Ahora tengo que dejarte, tengo un asunto entre manos que no puede esperar más.

- Lo siento Chris, no te molestaré.

- Lo sé, adiós Damián. Cuídate.

II

Colgué y el silencio volvió a apoderarse de mi habitación envolviéndolo todo en la más absoluta calma. No sé en qué momento me atrapó Morfeo, pero cuando volvieron a abrirse mis ojos lucían espléndidos los rayos del sol a través de mi persiana.

Salí de casa pensando en Chris y lo estancado que me había quedado en su investigación. La verdad es que no me suscitaba ningún interés, menos aún con su actitud. El nuevo rol que había adquirido me sacaba de quicio, no entendía qué le podía haber pasado durante su estancia en el extranjero para alterar tanto su personalidad. Quizás todo estuviera relacionado.

Contrariado y sin ideas viré mis pasos en dirección al trabajo, no sin antes rellenar mi preciada petaca. Sus delicados besos calmaban mi ansiedad.

El cansino tono de llamada me trajo de vuelta al mundo real. Saqué a toda prisa el móvil del abrigo esperando que fuese Christine, pero ni rastro de ella. Un simple “número privado” inundaba por completo la pantalla. Descolgué y me lo acerqué al oído.

- Sí, dígame.

- ¿Es usted el señor Dolz? -odiaba todas las conversaciones que comenzaban así, nunca me traían nada bueno.

- ¿Quién pregunta por él? -respondí sin identificarme.

- No juegue conmigo, tengo muy poco tiempo y no quiero malgastarlo.

- ¿Quién se cree que es para hablarme así? -mi cabreo empezaba a ser mayúsculo. La ración de ninguneo estaba completa con el comportamiento de Chris.

- Como usted quiera, Damián. No se lo repetiré, procure estar atento. Tiene un regalo esperándole en los almacenes Bradbury. Confío en que sabrá llegar sin problemas. Una vez que esté allí volveré a llamarle. Recuerde que tengo poco tiempo, no me haga esperar.

Antes de que pudiera decirle un par de cosas había colgado. ¡Maldito teléfono! Últimamente sólo me traía desgracias, pero al fin y al cabo en eso consistía mi trabajo. De hecho cuánto mayor fuera la desdicha, más beneficio obtenía. Me quejaba por gusto.

III

Sin perder más tiempo me puse en camino. Los almacenes no quedaban lejos de casa, pero era demasiada distancia para ir andando. Arranqué el motor y las ruedas respondieron al acelerador girando frenéticamente. En unos minutos me encontraba con el vehículo aparcado y mis pies enfrentados a un portón metálico lleno de grafitis.

En el centro de aquel portón se encontraba otra portezuela que daba acceso al interior del recinto. La penumbra me esperaba. La empujé con sumo cuidado y me adentré en el interior. Una bofetada de putrefacción golpeó mi olfato nada más entrar. Intenté buscar el origen de aquel olor pero era complicado en aquella improvisada noche. Al fondo pude distinguir un haz de luz interrumpido por un algo que pendía de una cuerda, sería aquel el regalo del que hablaba la

voz del teléfono.

En cuanto di el primer paso la puerta se cerró violentamente. Perdí en ese momento el único salvoconducto que tenía para salir de allí. Sin más opción me fui acercando hasta el lugar siniestramente marcado por la luz. El presente que me esperaba colgado de aquella sogas era un cuerpo destripado de cerdo. Sobrecogido por la situación empecé a mirar a todos lados, tenía la sensación de estar siendo observado desde algún punto de aquel claustrofóbico almacén.

De repente el teléfono empezó a sonar.

IV

- Veo que ha sido capaz de llegar sin problemas, señor Dolz.

- ¿Cómo leches me ha visto? -la sensación de ser vigilado se había convertido en una realidad.

- No es usted quien hace las preguntas, Damián -replicó aquella voz-. ¿Ve lo que tiene delante? ¿No encuentra nada peculiar?

- Hay un cerdo colgando de un gancho en un almacén abandonado ¿Puede haber algo más raro? -todo esto empezaba a inquietarme.

- Mire al pobre animal por el otro lado y encontrará lo que le digo.

Giré alrededor del cadáver y comprendí a la perfección sus palabras. En el otro costado, la cara que permanecía oculta a primera instancia, había escrito un nombre con sangre.

- Gunter Glock ¿Qué quiere decirme con esto?

- A ver cómo se lo explico señor Dolz. Ese cadáver debería ser el de Gunter, pero alguien le avisó a tiempo para evitarlo.

- ¿Un chivatazo? ¿Alguien le advirtió de que le estaban siguiendo?

No comprendía dónde se encontraba el factor paranormal en todo aquello. Parecía un asunto para la policía, no un caso para un investigador paranormal venido a menos.

- No exactamente señor Dolz.

- Cómo no se explique mejor voy a tener que abandonar su juego -le repliqué en todo molesto a la misteriosa voz.

- Alguien con la capacidad de ver el triste final de cada uno de nosotros con un simple roce.

- ¿Qué intenta decirme?

- Lo que intento explicarle es que existe alguien con la capacidad de adivinar nuestro amargo destino con un simple contacto. Ese alguien, señor Dolz, soy yo.

V

El teléfono se descolgó repentinamente y unos pasos empezaron a sonar tras de mí. Era inútil volverse e intentar buscar con la vista de dónde provenían aquellos rítmicos e incesantes pasos que lentamente se aproximaban. Todo permanecía oscuro, siendo aquel rayo que penetraba por la parte superior de la nave el único farol que alumbraba la estancia.

Fuese lo que fuese aquello, cada vez estaba más cerca. A los pocos segundos el silencio se adueñó de toda la sala. Podía oír a la perfección el frenético cauce en el que se habían convertido mis venas inyectando sangre a mi sobrecogido corazón.

Noté una respiración cerca de mi nuca y algo apretó con fuerza mi mano. Los pelos del cuello se me erizaron y un frío intenso recorrió cada rincón de mi

cuerpo. Intenté forcejear para liberarme de aquella mordaza pero era imposible. Aquella trampa para osos de carne y hueso me atrapó sin posibilidad de movimiento alguno. Estaba a su merced.

La presencia cada vez estaba más cerca, hasta que por fin pude notar su tenue voz justo detrás de mi oreja.

- ¿Qué tal Damián Dolz? -reconocí inmediatamente aquella voz, pertenecía al propietario del "número privado".

VI

- ¿Quién es usted, maldito loco? -pregunté mientras intentaba deshacerme de la llave con la que me mantenía apesadado.

- No se preocupe por eso, no necesita saberlo. Por otro lado me pregunto ¿Quién no quiere saber cómo y en qué momento le va a llegar su hora? Ahora mismo pasan por mi cabeza unas imágenes que podrían ser muy útiles para usted. ¿Desea conocerlas, señor Dolz?

Me temblaban las rodillas, aquel loco me había tendido una trampa y yo había caído como un párvulo. Su pregunta rebotaba contra las paredes de mi cerebro desgastando mi mente hasta provocarle un profundo dolor. Un volcán en erupción, eso parecía mi tráquea. La pugna interna por satisfacer o no a la curiosidad terminó cuando mis labios respondieron afirmativamente a su cuestión.

- Está bien caballero, preste atención y disfrute del viaje -estas palabras sirvieron de prólogo a la narración de mi ocaso.

VII

Salí de allí con más preguntas de las que entré. El misterioso hombre que arruinaba el final de nuestras pelícu-

las vitales permaneció dentro de aquella nave mientras yo la abandonaba en dirección a mi coche. Seguramente se trate de algún loco o alguien con demasiado tiempo libre. Si tenía razón en sus palabras o no, sólo el tiempo me lo diría.

Me monté en el coche y hundí el acelerador hasta chocar contra la alfombra del suelo. Tenía que pasarme por la oficina y además no quería permanecer allí ni un segundo más. Aprovecharía el día de hoy para avanzar algo en la investigación de Chris.

Todo el tiempo que duró el largo paseo motorizado hasta mi despacho sólo pude pensar en una cosa. ¿Y si no se equivocaba ese maldito loco? ¿Y si tenía razón y lo que narró a dos centímetros de mi oído era realmente mi muerte? Sólo pensar en eso me ponía la piel de gallina. Busqué mi petaca en la guante-
ra, necesitaba sentir sus fríos labios. Era la única que conseguía sosegarme a falta de una buena mujer.

Nunca antes había ansiado estar en aquella pocilga de papeles en la que se había convertido mi lugar de trabajo. Necesitaba sentir que estaba en una zona segura y aquel sitio lo era. Se había convertido en un escondite perfecto ante el mundo que me rodeaba. Nadie sabía que existía, ni siquiera los clientes que necesitaban de mi ayuda, por eso el negocio empezaba a caer en picado.

VIII

Me monté en el coche para dirigirme a una de las direcciones que tenía apuntada de la cena con Chris. Resultó ser una cafetería bastante lejos del edificio en el que se encontraba mi guarida. En concreto, tenía que seguir a un tipo

del que no me dio ningún nombre, sólo una foto borrosa sacada con su propio móvil. Al parecer este sujeto había estado siguiéndola en un par de ocasiones.

Hacía un buen día así que me senté en la terraza a disfrutar de mi café con leche. Poco tardó en aparecer por allí mi "nuevo amigo". Se acercó a la camarera, a quien saludó con familiaridad, y se sentó dos mesas más a la derecha de mi posición. Se pasó todo el tiempo haciendo llamadas telefónicas, no paraba de hablar, parecía una cotorra. Esperaba algún tipo de anomalía en su visita al café. Christine me había dicho que tenía por costumbre venir acompañado, nunca aparecía solo. Por eso me parecía extraño.

Un chico fornido interrumpió mis cavilaciones para preguntarme si las sillas restantes de mi mesa estaban ocupadas. No esperaba a nadie así que podía usarlas si quería. Acto seguido mi hombre se levantó, pagó su café y se marchó. Yo le imité a la perfección, sin dejar rastro, había sido una vigilancia demasiado tranquila. Ojalá todas fueran así.

IX

De vuelta a casa, no pasaría ahora por la oficina, me pregunté si aquel misterioso hombre de la nave seguiría allí junto a su cerdo. En este negocio tienes que tener un nivel de curiosidad bastante elevado, si no es imposible resolver algunos temas.

Decidí poner rumbo a la ubicación del almacén Bradbury. Me había quedado con tantas preguntas que hacerle al vidente siniestro que no podía aguantar ni un minuto más.

Llegué a la puerta y aparqué en la misma acera. Todo seguía tal y como la

primera vez. Me bajé del coche y empujé la puerta con más miedo aún que en nuestro encuentro anterior. Mis ojos no podían creer lo que estaban viendo. La oscuridad había desaparecido por completo y no había nada en el interior. Un desierto era lo único que quedaba de lo que antaño fueran los famosos y sofisticados almacenes de ropa Bradbury.

Intenté regresar al punto exacto en el que se encontraba el cuerpo colgado. No había sangre en el suelo y el hueco por el que entraba la luz parecía haber sido arreglado.

Salí de allí más asustado que si hubiera visto al mismo demonio. Fuera me esperaban un tipo pegado a un revolver que no dudó en adherir a mi cuerpo un poco de plomo en cuanto me tuvo a tiro. Notaba el denso deslizarse de la sangre por mi abdomen, antes de que huyera pude reconocerlo. Era el tipo sin nombre al que había estado observando en la cafetería, me había seguido.

Aun retorciéndome en el suelo se acercó un hombre, que me resultó familiar, para recordarme que no era así como me había dicho que pasaría.

Consumido por el fuego

Es viernes, Charlie sólo quiere desconectar en el pub de siempre. Allí conoce a una guapa chica, que le enseñará que las apariencias, a veces, engañan.

por Cris Miguel

Aquella tarde seguí la misma rutina de todos los días. Salí del trabajo y antes de subir a casa entré en el bar de la esquina a tomarme una cerveza. Se notaba que era viernes porque el pub estaba más animado de lo habitual. Tomé asiento en la barra y pedí un tercio. Estuve pensando en banalidades de la vida mientras la bebida me refrescaba la garganta. Recordé la última bronca que había tenido con Julia, los problemas de mi trabajo... Sandeces. Su risa resonó en todo el local y no pude evitar girarme hacia donde estaban ellas, cuatro chicas jugaban al billar animadamente, supuse que eran universitarias. Volví a hacer caso a mi botellín y a mis cavilaciones, pero una y otra vez su risa interrumpía el devenir de mis pensamientos. No podía evitar mirarla, tan despreocupada, tan feliz. Me giré rápidamente en mi taburete y fijé la vista en las numerosas botellas que había tras la barra, al mismo tiempo que daba un sorbo más. Ella llegó dos segundos después, se puso a mi lado con la vista fija en el camarero, que en ese momento se encontraba metiendo unos vasos en el lavavajillas al otro lado de la barra.

- ¿Ganas o pierdes?

- ¿Perdona? -me miró extrañada, aun-

que la sonrisa no había desaparecido.

- Al billar -hice un gesto con la cabeza en dirección a sus amigas.

- ¡Ah! De momento gano -tamborileó la barra pero el camarero seguía a lo suyo-. ¿Y tú qué haces aquí solo? -Alcé las cejas sorprendido.

- Siempre hago lo mismo, una cervecilla antes de subir a casa, me relaja después del trabajo. Además aprovecho para pensar e inhibirme. En mi piso sin embargo siempre encuentro algo que hacer y los momentos introspectivos brillan por su ausencia. -noté que me escuchaba, siempre me funcionaba hacerme el sincero con las chicas, y esta esperaba que no fuese una excepción.

- Estaría mejor si tuvieses a alguien con quien compartirla, y más hoy que ya es fin de semana. -me sonrió- ¡Cuatro cañas por favor! -el camarero asintió y se puso a tirar la cerveza.

- ¿Tienes alguna sugerencia en cuanto a la compañía? -le pregunté flirteando.

- Puede que cuando termine la partida te recomiende a alguien -me guiñó un ojo y volvió con sus amigas.

No acostumbraba a quedarme tanto tiempo en el bar, pero la promesa de aquella chiquilla bien merecía la pena la espera. Una vez más pensé en la discusión con Julia, esa mujer sí que sabía sacarme de mis casillas. En el fondo sabía que era culpa mía, que era yo el que se empeñaba en negar las evidencias,

que no estaba preparado para comprometerme. A fin de cuentas estaba aquí, esperando a una chica cualquiera... Los remordimientos casi consiguieron levantarme de aquel taburete, pero mi yo más profundo se reveló defendiendo su naturaleza. ¿Por qué tenía que cambiar por una mujer? Ella debería aceptarme tal y como soy, debería...

- ¡Hola! Ya he terminado la partida y he vuelto a ganar -dijo tocándose el pelo y apoyándose en un asiento a mi derecha.

- Puff... Con la tarde que llevas, entonces, lo más seguro es que salga perdiendo yo -dije haciéndome la víctima.

- O puede que ganemos los dos -dijo ella de forma sugerente.

- Soy Charlie -le tendí la mano.

- Carol -Ella me la estrechó.

- ¿Quieres que vayamos a otro sitio?

- ¿Qué tal a tu casa? -me contestó, no pude evitar sorprenderme.

- Claro está aquí al lado.

Pagué y en pocos minutos estábamos en el portal. Se paró unos segundos en el espejo para atusarse su larga melena castaña. "Coqueta" pensé. Y reí para mí, porque no me podía creer la suerte que estaba teniendo. No es que no tuviera facilidad con las chicas, pero ligar en un bar era un tópico que rara vez había culminado con éxito. Llegamos a mi puerta y la invité a entrar, ella muy desenvuelta dejó la cazadora en una silla y pasó a mi salón, se sentó en el sofá y con un gesto con la mano me indicó que me sentara a su lado.

- ¿Quieres tomar algo?

- No... creo que he bebido demasiada cerveza -dijo sonriendo y mordiendo el labio.

- Nunca es demasiada -me miró re-

probatoriamente.

- Bueno, ya que me tienes aquí, desahógate conmigo.

- ¿Estás segura? ¿A lo mejor te aburro? -contesté mordazmente.

- Es mi tarde de suerte, no puede salir mal. -Sus ojos centelleaban vivazmente y su tono era más ambarino que miel, esos ojos me recordaban...

Me obligué a dejar de pensar y la besé. La agarré del cuello para atraerla hacia mí, me separé un segundo para mirarla y fue ella la que volvió a besarme. Su lengua era inquieta y dulce, y mi cuerpo dio una leve sacudida como respuesta a su pasional arrebato.

- ¿Por qué no vamos a tu cama? -me susurró al oído mientras me daba besos en el cuello.

- Lo que tú quieras, niña.

La cogí de la mano y la guié por el pasillo hasta mi habitación. Nos quedamos de pie mirándonos, le aparté el pelo de la cara y continué besándola. Me encantaba esta sensación, Julia no podía pretender que abandonara esto. Conocer a una persona por casualidad, entregarte a ella sin saber nada de su vida... era inquietante y morboso, ésa era mi droga y no quería desengancharme.

Me empujó sobre la cama y ella se quedó de pie, desnudándose sensualmente, prenda por prenda, mirándome y girando sobre sí misma. Cuando se desprendió de toda la ropa, se sentó encima de mí. Se acarició sus pechos lentamente y luego cogió mis manos colocándolas sobre ellos, repitiendo el movimiento. Su tacto era muy suave y noté en las palmas de mis manos que sus pezones se estaban tensando igual que mi entrepierna.

- Ves como tú también estás ganando -dijo sujetando mis manos, que aún estaban en sus pechos.

- Es pronto para decirlo -bromea. Ella fingió indignarse y se apartó de mí, sentándose a mi lado-. ¿Te has enfadado? -deslicé mis dedos sobre su espalda.

- Sí -contestó ella cruzándose de brazos.

- A ver cómo puedo arreglarlo...

Me incorporé y la tumbé debajo de mí, la di besos por el cuello, por su pecho, por su tripa...

- ¿Estás más contenta? -la acaricié suavemente la cara bajando hasta su ombligo.

- ¡No! -me agarró de la camisa y me atrajo hacia ella besándome intensamente.

Rodamos por la cama y volvimos a la posición inicial. Carol empezó a desabrocharme la camisa, botón a botón, sabía que yo no quería esperar mucho más, pero se deleito desnudándose. Cuando por fin estuvimos al mismo nivel, yo estaba completamente tenso. Ella siguió jugando haciéndome esperar, pero por lo menos me acariciaba y me saciaba algo de mi deseo con su movimiento de mano rítmico e intenso. Yo la tocaba cuando me dejaba y comprobé que también estaba húmeda y a tono conmigo. Movidito por un gutural impulso, la cogí y me tumbé encima de ella, sonreía, y la penetré sin más miramientos. Estaba ardiendo. Mantuve el ritmo y al poco, la cambié de postura, la di la vuelta y me agarré a sus pechos que se movían al compás que yo marcaba. Intensifiqué las embestidas, ella respondió con roncós gemidos que hicieron que aumentara aún más el ritmo, sujetándome ahora a sus caderas. No

pude aguantar más y me fui, aunque los oía lejanos, sus gritos demostraban que ella también había llegado.

Salí de ella y me dejé caer boca arriba sobre la cama. Carol estaba boca abajo a mi lado. Ambos estábamos recuperando el aliento. Me fijé en el techo. ¿Cuántas veces había hecho esto? ¿Con cuántas mujeres? Y cada una era distinta, todas tenían algo en especial. Hacían que dejara de pensar en el trabajo, eran una bella y perfecta distracción. Si no me hubiera encariñado tanto de Julia mis problemas disminuirían notablemente. "¿Sería capaz de echarme de la empresa?", me pregunté. La verdad era que ahora no importaba. Sólo importaba el cuerpo de esta bella joven.

- ¿Qué piensas? -me preguntó.

- La pregunta del millón -dije a modo de respuesta.

- En realidad es muy simple, no se merece valer tanto.

- Si todos dijéramos lo que pensamos, estaríamos solos.

- No estoy de acuerdo -dijo negando con la cabeza.

- ¿Ah, no?

- No. Yo soy sincera y transparente. Y tú también, por lo menos una parte de ti, sino no estaríamos aquí tumbados en la misma cama.

- Quizás tengas razón...

- ¿Cómo que quizás? -preguntó bromeando y pellizcándome el brazo.

Era tan natural, tan sencilla, para ella todo era fácil. Lástima que luego las cosas se compliquen, o las complicamos nosotros mismo conforme sumamos años. "¿Tendré la crisis de la treintena?"

- ¿Cuántos años me echas? -la pregunté.

- Hmm... veintisiete -dijo divertida.
- Casi, treinta.
- ¡Oh! No los aparentas -dijo verdaderamente sorprendida.

Eso me hizo sentir mejor, puede que tuviera un grave problema de madurez. "¿Me habré convertido en un Peter Pan de esos?". Resoplé y me quité la idea de la cabeza.

Acaricié a Carol que dormitaba sobre mi brazo, sumergí mis dedos entre su pelo, lo tenía muy suave.

- Voy a por un cigarro -se levantó, me dio un beso en la nariz, se puso las braguitas y mi camisa, y salió.

Seguí mirando al techo. "¿Realmente el estrés me producía compórtame así?". Aunque las chicas no deberían tener ninguna queja conmigo. Vi como volvía Carol, cómo caminaba, sus largas piernas. Se sentó de nuevo encima de mí, llevaba un cigarro en los labios. Hacía años que no fumaba, desde que era adolescente. Me besó suavemente dejando en mi boca el sabor amargo de la nicotina. Se sacó algo que tenía guardado atrás y me disparó. Así fue como morí.

Pasaron varias horas hasta que me di cuenta de que ya no volvería a respirar; sin embargo sigo aquí, casi dos días después, esperando a que alguien encuentre mi cuerpo. Sé que eso no ocurrirá hasta mañana, lunes, cuando me echen de menos en el trabajo. Todavía tengo una sensación rara en el estómago, aunque ya no tengo estómago, ya no soy nada; pero me siento mareado. Tras estar un día entero en shock mirando mi cuerpo inerte tirado sobre la cama, probé a moverme y me deslicé por el pasillo. Las náuseas fueron tales que me

quedé en un rincón; no sé cuánto tiempo estuve ahí.

Hoy domino más esta forma incorpórea, y hasta me atrevo a atravesar puertas. Acción que me deja sin energía. Aprovecho para pensar en todas las cosas que no he hecho y me autocompadezco por estar preocupándome por mis problemas el mismo día que morí. Por lo menos fue un buen polvo, lástima que fuese una psicópata. Como un fogonazo veo la cara de Julia, ¿por qué no me habrá llamado? Puede que me haya comportado como un capullo con ella, pero hablábamos todos los días. ¿Sentirá mi muerte, mi asesinato? Seguramente crea que ha sido un suicidio, la hija de puta de Carol me disparó en la sien derecha y dejó la pistola en mi mano. Pero había gente en el pub que nos vio salir juntos, deseo con todas mis fuerzas de ánimo que la pillen y la encierren una temporada.

No sé cuánto tiempo terrestre me paso flotando por el salón, miro por la ventana y ya ha oscurecido. Pienso en Julia. Qué ironía de la vida: yo que no me quería atar, ahora que estoy muerto, sólo pienso en ella. Decido comprobar si puedo salir a la calle para ir a su casa, que no está lejos. Siguiendo la costumbre salgo por la puerta, atravesándola, y siento un cosquilleo. Cuando estoy ya en la calle, intento esquivar a toda la gente, como me resulta difícil, floto hasta quedarme suspendido por encima de ellos.

Llego relativamente rápido a casa de Julia, o eso me parece a mí. Ya en su descansillo atravieso su puerta con cautela. Siento como si le estuviera robando su intimidad, avanzo por el pasillo hasta la sala de estar de donde procede el ruido,

que supongo que será la televisión. Lo cierto es que sólo he estado un par de veces en el piso de Julia, prefería llevarla a mi casa que es más grande y más céntrica. La veo y me quedo paralizado, está realmente guapa, con el pelo recogido en un moño y las gafas de pasta puestas. Nunca la había visto así, nunca me había despertado con ella. Me atrevo a entrar y me pongo muy cerca de su cara, ella parece que nota mi presencia porque se encoge en la sudadera que lleva puesta.

- ¡...no lo encuentro! -oigo que dice una voz desde la habitación.

- Tiene que estar -contesta Julia.

La voz misteriosa se acerca y se apoya en el marco de la puerta. Si pudiera quedarme helado, ahora mismo lo estaría.

- ¡Bah, da igual! Ya me lo darás -dice sonriendo y sentándose al lado de Julia.

No se parece en nada a la chica que me mató, se ha cambiado el pelo, ahora lo lleva corto y está... rubia. Si albergaba alguna esperanza de que la relacionasen con mi asesinato se acaba de esfumar. Creo que nada me puede sacar de mi parálisis, pero me vuelvo a equivocar cuando veo que se besan. Noto que me estoy enfadando y me siento fuerte. ¡Son amantes! Otra ironía de la muerte, lo que hubiera dado en vida por ver esto, o estar en medio. Empiezo a atar cabos y deduzco que Carol no es una psicópata, lo ha hecho a propósito, para quitarme de en medio... Mi ira aumenta, yo no quería a Julia, me hubiera apartado sin más, las hubiera dejado vivir felices. Sigo sin entender nada y mi sentimiento de impotencia crece.

- Que corriente, ¿no? -se queja Carol.

- No hay nada abierto -dice categórica Julia.

- A lo mejor es Charlie -dice sonriendo Carol

- ¿No creerás en esas cosas? -pregunta con media sonrisa.

- Nunca se sabe -contesta enigmática y Julia la da un cojinazo- ¡Eh, Charlie! ¿Estás aquí? - "Ojalá pudiera, zorra" pienso. Y mi rabia aumenta-.

- Claro que no está, ni estará más -y las dos rompen a reír.

Me siento traicionado. La bombilla de la lámpara del techo estalla e interrumpe mis pensamientos.

- ¡Joder! Pues esto no tiene gracia -dice Carol poniéndose seria.

- ¡Venga ya! Ha sido una coincidencia -la tranquiliza Julia.

Yo sé que no ha sido una coincidencia y me concentro en el odio profundo que siento hacia ese par de mujeres que me han quitado la vida y encima se mofan de ello tranquilamente en el sofá. Siento que la venganza recorre mi ser incorpóreo y me fijo en la televisión, que tras unos segundos consigo que también estalle. Las chicas ya no se ríen, están en tensión y se siguen hablando la una a la otra, pero no me importa lo que se están diciendo. Centro mi naturaleza en el portátil y el móvil que están enchufados al lado de la ventana. Me cuesta más, aunque igualmente estalla y la chispa alcanza las cortinas, que en pocos segundos ya están dominadas por el fuego. Gritan, y ahora soy yo el que ríe. Les cierro la puerta antes de que puedan salir de la habitación. Ya no me queda energía, apenas puedo moverme, la rabia y la ira me han consumido. Ahora sólo espero poder sostener la puerta lo suficiente para que a ellas les consuma el fuego.

Cadáver exquisito

por Carlos J. Eguren Hdez.

Muchos sabréis en qué consiste un cadáver exquisito. Para los que no lo sepan, se trata de un cuadro pintado por varios artistas en la que cada uno realiza su parte sin saber qué han hecho los demás. Esta técnica, que empezaron a usar los surrealistas, ha sido llevada a otras artes, entre ellas la escritura.

Nosotros hemos querido hacer algo parecido a esto, es una historia continuada a modo de concurso.

Lo que vamos a hacer es la siguiente: leeros lo que viene a continuación. Luego os damos una serie de requisitos y vosotros seguíis con ello. Nos lo mandáis, elegimos el que más nos guste y cada mes el cadáver sigue con un autor distinto.

¡Esperamos vuestros relatos!



que debería recordar es cómo llegó hasta los trenes que llevan a la Boca de las Minas. Sin embargo, todo pensamiento le conduce a Lisa.

Miércoles 19 de marzo de 2137

Sam tiene una historia favorita. Tal vez lo es porque la escuchó siendo demasiado pequeño o era su madre quien se la contó. Sam reconoce que es un relato sin pies ni cabeza, que nunca le ha importado demasiado, pero hay ocasiones en que se acuerda de esa leyenda.

¿Leyenda? Es más bien una fábula. Trata de un lugar, similar a un continente. Un país de muchos países, puede. Sam no sabe muy bien esa parte, pero se imagina un lugar digno del sueño. Había buenas personas, pero también líderes soberbios que deseaban expandir aquel mundo: sin pausa, siempre adelante; un mundo, luego el universo. Sus

Jueves 20 de marzo del 2137

Sam siente algo parecido al miedo. No lo es del todo, porque si lo fuera, si reconociera el pánico, ese paso que acaba de dar sería el último. ¿Lo peor de todo? Confirmaría ser un cobarde.

- Señor Rax Truman.

El androide pronuncia de manera perfecta el nombre falso. Sam se gira para ver al robot, el que le había dejado pasar la frontera, hasta los trenes. El autómatas ha cambiado de opinión. Eso parece, porque ahora sostiene un arma.

Sam escucha un estruendo y lo último

fantasías engrandecían su mito... Pero eran tan arrogantes que iban a destruir el equilibrio.

El planeta no iba a permitir que el orden cayese, ya que era como un humano egoísta, aunque sabio. La propia Tierra decidió que aquel reino de soberbia se derrumbase bajo la perdición. Maremotos, terremotos y erupciones volcánicas, más mil horrores que sus propios hijos concibieron desde sus pesadillas... Todos ellos sepultaron e hicieron trizas aquel continente hasta convertirlo en una leyenda. Muchos dicen que está en tal o cual lugar, bajo las aguas, aguardando su retorno.

¿La moraleja de la fábula? Sam la olvidó. Supone que es: "no te metas con el mundo o el mundo te aplastará". Sam nunca fue brillante en literatura, pero conoce el nombre del lugar...

- Se llamaba Centroamérica -musita Sam.

Sam ignora el motivo, pero cada vez que ve la Gran Ciudad, ese cuento le golpea la mente. Siempre ha pensado que, un día, la enorme urbe caerá. Es demasiado grande y rompe el equilibrio. "*Mosquearán a la Tierra y los mandará a todos al infierno*".

Sin imaginárselo, Sam estaba a punto de convertirse en una fisura, el nacimiento de un temblor, pero eso es adelantarse a los acontecimientos, querido lector. El hecho que ocurre ahora es diferente, va sobre el demonio, el ser con el que todos hacemos pactos.

En la Frontera, vive un hombre que habita en el mundo desde los albores de los tiempos. Ha rodado y vagado mucho y, por eso, conoce todo. Está entre la Gran Ciudad y los campos. Está en el límite y el comienzo del mundo. Lo

disfruta y odia, porque así es su destino.

Posee muchos nombres, tantos como para rebosar más páginas de las que nunca existirán. Él prefiere uno: Mefisto. Ese mote le vuelve loco (o, a lo mejor, siempre lo estuvo; eso no lo descarta).

Mefisto vive en *El Infierno*, pero él no es el mal encarnado sino el mayor contrabandista del nuevo mundo y no habita en el averno sino en un antro con un nombre que ya no significa nada en unas tierras baldías, aquellas que han conocido ya suficientes demonios.

Sam había escuchado hablar de él en numerosas ocasiones. Dentro de los concilios, se acusa a algunos políticos corruptos de servir a Mefisto. Cuando Sam era más joven y algo más estúpido -si ambas cosas no son sinónimo-, consideraba que debía ser una expresión. No era así. Un mafioso como Mefisto da píldoras de aire libre y mercancías del viejo mundo (por ejemplo, figuras de dibujos animados) a unos representantes que ceden, a cambio, su voluntad. Es el sino de la política.

En su día, cuando Sam fue expulsado de la Gran Ciudad, pudo ver aquel lugar, entre ruinas. Contempló un viejo cartel de neón, alimentado por vapores infectos, y donde un diablo daba saltitos, prendiendo el título con su tridente y su lengua. Allí estaban, sin duda, las fauces de *El Infierno*.

Y tanto tiempo después, Sam, como hijo de cultos, iba a entregarse al mal con tal de que Moloch le dijese que Lisa estaba bien. Sam sólo tiene eso en mente para afrontar lo que le cierra el camino: la gárgola gris que vigila las puertas.

- ¿Quién vive? -pregunta, con voz asfixiada, el cancerbero.

- ¿Quién sabe? -responde Sam.

El demonio custodio es un tipo con un viejo traje y una máscara de gas. Sus pies, ensangrentados y atrofiados, no están calzados. Mira ceñudo tras la visera del yelmo. Tiene tres ojos, uno de ellos de color lila al estilo de la edad de la mutación nuclear. Respira con agonía y farfulla:

- ¿Qué queréis de Mefisto, alma en pena que no ignora quién vive?

- Un trato.

El guardián agita sus brazos, uno de ellos estaba vacío, amputado.

- ¡Eso lo quiere todo el mundo!

- Yo tengo algo que ofrecerle.

- ¿Tu alma?

- Algo mejor.

El custodio rompe su figura encorvada en una risotada. Se aparta, deja el camino hacia el interior de la caverna abierto. Vestido con su andrajoso mono, parece disfrutar de aquel forastero gracioso. "¿Algo mejor que el alma?". El viejo vigilante no puede parar de reír: él fue un niño que vendió su alma por un par de zapatos ahora destrozados y sabe que no había nada más valioso que el alma. Aquel extraño está a punto de descubrirlo.

- Pasad pues, portador de algo mejor que su alma.

Hay un largo pasillo. Eso es lo primero que sabe Sam de *El Infierno*.

Está plagado de baldosas oscuras que desembocan en paredes, llenas de utensilios inservibles como una lanza o un bote de champú a modo de arte. Los muros sostienen un techo, donde cuelgan lámparas de araña, compuesta de docenas de velas. Sam no tarda en descubrir que hay múltiples estructuras cuadrangulares. ¿Adornos? No, son nichos con una placa y un nombre.

Sam oye susurros dentro de aquellas tumbas.

Entonces, una anciana aparece corriendo. Está descalza y escuálida. Cubre su cuerpo casi vacío con harapos sucios. Grita desesperada, abriendo con sus uñas rotas una de las tapas. Sam se acerca y ella, aterrada, entra dentro de la caja. Golpea una palanca y se encierra. Uno de sus dedos se queda atrapado y es seccionado, el receptáculo queda sellado.

El silencio reina. No hay muertos en los nichos, deben ser vivos que duermen, vivos que entregaron su alma al hombre que se sienta al final del trono. Sam se pregunta, cuando ve la sangre caer por el nicho: ¿es una pesadilla?

"No lo es... Y no te estás volviendo loco, soy yo en tu cabeza, ayudándote. Moloch nunca defrauda a sus compañeros".

Sam no llega a contestarle...

- Todos deben estar dormidos a esta hora o papá se enfada -advierte alguien desde las sombras.

Sam mira hacia el asiento del soberano. El trono está compuesto de huesos y espadas. Armas se hunden sobre cráneos pútridos hasta componer una horrenda imagen. Sam sabe que puede haberse equivocado; un error del que no escapará. Hasta entonces, se lo negaba a sí mismo, ya no.

Sam camina por un largo pasillo, escoltado por estatuas de personas que lloran y gritan (¿son vivos cubiertas de algún material que los dejó inertes para la eternidad?). Entonces, descubre que el asiento está ocupado: en él hay un hombre de ropas lujosas y antiguas. Posee un cetro coronado de rojo. Su cabeza mira al frente, con ojos vacíos. Porta la corona con poder. No se mue-

ve, ni siquiera respira. Sam se detiene a unos centímetros de él y se pregunta qué diantres ocurre. Lo descubre poco después...

- ¡Bah! ¡Es un maniquí! -exclama quien ya le había hablado-. Me encantan, ¡son graciosos! Me vuelven loco, ¡no tienen alma! Son cascarones con los que jugar. Describen bien mis prácticas con los seres humanos.

Sam reconoce la verdad: es la voz de un niño. ¿Mefisto es un simple crío? Cuando aparece, tras el trono, como un pequeño de diez años, Sam sólo puede confirmarlo.

- Mi padre mató a mi abuelo y yo maté a mi padre, cada uno nos llamamos Mefisto y así honramos nuestro nombre glorioso -dice el crío con una risa fantasmagórica. De las comisuras de sus labios nacían pequeñas cicatrices que hacían que pareciera un eterno risueño-. ¿A qué es fascinante? Me alegra ahorrarte preguntas idiotas, sí...

Sam no iba a jugar más de lo necesario:

- Quiero un permiso electrónico de la Burocracia para entrar en las Minas. -Al atravesar la burbuja de la Gran Ciudad habíamos frito el pequeño aparato de Archie.

El joven Mefisto se ríe hasta caer al suelo. Los ojos del demonio y Sam se cruzan, el exiliado sabe entonces que aquel diablillo está completa y absolutamente loco. Toma aire después y se levanta con pequeñas lágrimas en sus ojos de ceniza:

- ¡Y yo quiero que un elefante entre aquí en un coche y me diga que me va a regalar un poni! En serio, ¡lo quiero! ¡Me encantaría! Eso o una fuente de helado. ¡Todo junto ya sería el acabose!

- Tengo algo a cambio, Mefisto. Mejor que eso.

- ¿Tu alma, muchachuelo mojigato? ¡No es suficiente para pagar unos papeles así!

- Algo mejor.

- ¿Mejor? Je, lo dudo, pero dispara, vaquero.

Sam sacó un pequeño paquete de papel, algo pringoso. La caja metálica que le dio Moloch parecía haber servido para conservar aquel presente. Quitó el cordel y mostró algo que hizo que Mefisto babease.

- No puede ser...

- Un chuletón.

- Está prohibido matar vacas para comer, son pocas o muy mutadas. Nadie de los míos ha probado eso... ¡Es como el Santo Grial! Sé lo que es por los cuentos que me contaba mi padre antes de que le cortase la garganta, pero...

- Fui expulsado de la Gran Ciudad. Por mi estatus, trabajé alimentando a los que me ordenaron que me fuese.

Los ojos negros del niño brillan. Están rodeados de amplias ojeras, tatuadas en la carne, como si fuera un mapache. Contempla la gloria.

- Los pobres son los que sostienen a los poderosos. Siempre ha sido así. Si un día les diera por envenenarnos...

- No me servirías de nada muerto.

- Gracias por la sinceridad. ¡Me agradas!

- Vacas, agua fresca... Esos fueron los objetivos de mi vida. Ahora, te traigo esta ofrenda a cambio de esos permisos. Te diré cómo se cocina. Te prometo que los disfrutarás.

- ¿Y por qué quieres volver a la Gran Ciudad? ¿Por qué quieres visitar las Minas cuando podría matarte sin piedad,

amigo?

- Son asuntos míos. ¿Quieres el chuleton o no?

- Podría matarte...

- Te encanta hacer pactos, por eso sigues aquí. No matarás a quien te previene de tu adicción.

- ¡Ahí le has dado, colega! Déjame poner la televisión mientras intento hablar con la gente...

Una televisión es un artefacto extinto para Sam. Al menos, con aquellas características. La caja tonta dibuja a un par de personajes que hablan sobre el fin del mundo con bastante ironía. Un tipo quería advertir, por teléfono, de una guerra nuclear por error, pero no tenía cambio para llamar (o algo así) y otro soldado no quería dejarle destrozarse la máquina de refrescos para sacar la calderilla. Sam se pregunta si estará basado en hechos reales.

- ¿Qué? ¿Te gusta? Se llama: "¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú". No sabes lo que me costó encontrar una televisión, un vídeo y una cinta... Pero bueno, cuando todo el mundo está necesitado, tú puedes darles cosas y ellos tienen ruinas... Puedes conseguir lo que quieras.

- Me angustia esa... Cosa.

- ¡A mí me hace reír! ¡Me chifla! Es una buena comedia. Deberías ver "El resplandor" o "La chaqueta metálica", me parecen otras dos grandes comedias... Pero mi favorita, sin duda, es "La naranja mecánica". ¡Cuando la veo, es imposible dejar de reírme!

- Entendido, Mefisto. Quiero saber si vas a conseguir lo que necesito.

- Un muchacho que va al grano, sin preliminares. Gracioso... Tengo que seguir tramitando unas cosas. Dame unos

segundos a cambio de tu beneficio, pequeño.

Tras llamadas y diálogos perdidos, Mefisto regresa con una carpeta que tiende a Sam mientras le fríe el chuleton en una cocina que el diablo le ha señalado.

- Señor Rax Truman -dice Mefisto.

- Si este era uno de esos momentos en que me sorprendías sabiendo mi nombre, te equivocas. Ese no es mi nombre.

- En estos papeles dice lo contrario... ¡Oh, dioses, qué bien huele ese chuleton!

- Puedo aliñarlo y hacerlo mejor...

- ¡Pues hazlo!

- Necesito algo.

El niño remueve su larga chaqueta rota, una especie de frac, un mantón casi ceremonial. Da un par de pasos de un lado a otro y escupe:

- Me lo imaginaba... Nadie me ayuda porque sí...

- Quiero saber de una persona. Tienes contactos por toda la urbe. Quiero saber si se encuentra bien.

- Hurm... Me suena a una esposa... O una hermana o una hija o... Bueno, me suena a muchas cosas.

Tras un par de minutos, donde Sam coloca algunas especias, Mefisto vuelve.

- Esa tal Lisa... Ya no existe.

- ¿QUÉ?

- No chilles, ¡puedes asustar al chuleton!

- ¡¿QUÉ DICES?!

- No existe y ¿sabes qué significa eso? Básicamente, que los poderosos de tu ciudad se la han llevado. Lo he visto antes.

- ¡¿POR QUÉ?!

- Para protegerla o cargársela. Tienes dos opciones, pero lo importante es:

¿cuánto le queda a ese chuletón?

Sam se marea. Algo atraviesa su mente como si fuera un taladro.

"No hagas ninguna locura, Sam. ¡Tengo respuestas! ¡Consigue los permisos y sal de ahí! ¡Hazlo por Lisa!"

"No me la juegues, Moloch".

Diez minutos después, Sam se marcha, atraviesa la fría noche del invierno nuclear y Mefisto disfruta del chuletón de vaca. No sabe que Sam tenía estudios sobre orgánica y lo desarrolló a partir de carne de cucaracha. Un gran invento, sin duda.

- ¡Un orgullo hacer pactos contigo, amigo!- dice Mefisto, en su trono, saboreando la carne. Después, posa su plato en sus rodillas. Sus dedos, terminados en largas uñas sucias, acarician dos cráneos que sirven de final del reposabrazos de su trono-. ¿No creéis, papá y mamá? ¿Por qué vuestros cráneos no me responden?- La contestación es la patada que Mefisto le da al maniquí que ocupase su asiento y él mismo tirase al suelo-. ¡Claro que sí! ¡De acuerdo con vosotros! ¡Brindemos!

Muchos se preguntan si el Apocalipsis no se los debería haber llevado. Creían que hechos como la guerra nuclear acabarían con el mundo y el consuelo sería morir, no persistir en un eterno apocalipsis.

Sam aleja aquellas ideas en su mente para centrarse en Lisa. Cierra sus manos y sabe que él es el arma suficiente para...

"Está viva, Sam".

- ¡¿CÓMO LO SABES?!

"La muchacha sigue respirando. Los infiltrados deben saber que, tarde o temprano, el Consorcio buscaría a alguien como tú. Si han buscado a la muchacha es para poder

chantajearte en un momento dado, cuando los dejes a un golpe de su fin. Es tu única debilidad. Muerta no les sirve de nada, Sam. Se pondrán en contacto tarde o temprano".

- ¿Por qué yo? ¿Cómo lo saben?

"Eres único".

- ¿La matarán?

"Te prometo que no. Sam, toma rumbo hacia los trenes que conectan con la Gran Ciudad y las Minas. El destino de tu mundo está en tus manos. No caigas ahora. Hazlo por Lisa. Hazlo por esa cosa que nuestros científicos dicen que padecéis, esa enfermedad que os debilita y os vuelve locos... ¿Cariño? Creo que era algo así".

Jueves 20 de marzo del 2137

El antiguo metro es una enorme serpiente de varias cabezas que se zambulle en sus propios cubiles, como una víbora recelosa. Inmensas masas de metal vienen y van, vomitan y se hunden en las tinieblas. Es una visión que siempre perturba a Sam, aunque en aquella ocasión, se preocupa más por el escuadrón de autómatas que vigila la entrada a los transportes que le llevarían a su destino, las Minas.

Los robots tienen forma humana. Sus armaduras pálidas son grises por la suciedad del vapor y el hollín. No obstante, causan el mismo efecto aterrador que hallarse con un monstruo, porque lo son. No poseen rostro. Portan una cabeza perfecta- "de muñeco para dibujar anatomía", pensó Sam-: no tienen boca, ojos, nariz... No les hace falta. No necesitan parecer humanos.

Sam camina tranquilo, en una falsa armonía, hasta los puestos de control. En treinta segundos, aparecería el mastodonte que lo llevaría hasta su meta... Pero la diferencia entre su vida

y su muerte la iban a decidir aquellos robots... Y lo que más lamenta Sam no es que sea su fin, sino la muerte de Lisa. Sólo por ella, Sam sigue luchando.

Siente cada segundo cuando entrega sus permisos. Son placas donde se reciben pequeños datos; suponen una leve evolución de un mundo corrompido. El androide que comprueba los códigos refleja una luz ambarina en la tarjeta, toma y escupe datos; finalmente, sufre la incertidumbre unos segundos...

- ¿Ocurre algo, agente? -pregunta Sam, sabiendo que la respuesta puede ser un disparo eléctrico en su cabeza.

"¿Por qué diantres no le pedí armas a aquel capullo extraterrestre?", se pregunta Sam.

"Eh, que puedo escucharte humano. No creo que eso haya sido un halago".

"Cállate y metete en tu mente".

Entonces, el robot responde:

- Prosiga, Rax Truman. Tiene permiso.

Sam asiente. De pronto, sabe que es el ser más afortunado de todo el maldito universo. Camina hacia los arcos que le conducirán a los trenes. El sonido mecánico se aproxima, el tren ya está a punto de pasar ante él...

Pero, de repente, le pasa.

Sam siente algo parecido al miedo. No lo es del todo, porque si lo fuera, si reconociera el pánico, ese paso que acaba de dar sería el último. ¿Lo peor de todo? Confirmaría ser un cobarde.

- Señor Rax Truman.

El androide pronuncia de manera perfecta el nombre falso. Sam se gira para ver al robot, el que le había dejado pasar la frontera, hasta los trenes. El autómatas ha cambiado de opinión. Eso parece, porque ahora sostiene un arma.

Sam escucha un estruendo y lo último que debería recordar es cómo llegó hasta los trenes que llevan a la Boca de las Minas. Sin embargo, todo pensamiento le conduce a Lisa.

El estruendo ha sido la llegada del tren.

El robot mira sin ojos a Sam y Sam lo mira a él. Durante unos segundos, el mundo deja de existir para ellos. Entonces, el autómatas parece emitir una leve risa y dice:

- Sólo quería asustarle. Nunca lo había hecho con un inocente. Es divertido.

Sam sonríe como sonreiría si le dijeran que le quedaban cinco minutos de vida, pero se lo han dicho tan tarde que sólo le queda uno. Acto seguido, continúa caminando.

"Toman conciencia. Es otra demostración de que hay alienígenas en vuestro mundo, ampliando la tecnología, pero ¿para qué? ¿Para qué quieren autómatas humanos en un mundo donde hay humanos que...?"

"Moloch, hazme un favor".

"Será un placer, dime".

"Cierra el pico".

Sam se interna en las sombras sin saber algo: sólo hay un robot que haya tomado conciencia, el que ha hablado con él.

Lo que Moloch y Sam no saben es que el androide ha dado así la alerta al sistema que controla a los autómatas, el mismo que ordenó dar humanidad si hallaban al más buscado. Una especie de premio. Sam ha sido su mesías para hallar la humanidad. Ahora, los cerebros saben dónde está y si Sam continúa es porque el sistema lo quiere.

Al mismo tiempo, Archibald Moloch se mata a pensar. La tecnología que humaniza a los robots es emporio de una

sola raza alienígena. Admitirlo le hace temerle: sólo los suyos, los de su especie, lo han conseguido. ¿Por qué entonces le han enviado a investigar un complot? ¿Es una trampa? Por primera vez, en mucho tiempo, se queda callado.

Sea como sea, el tiempo se acaba, la página llega a su fin y el tren hasta la Mina devora a Sam, la mente infiltrada de Moloch, todos sus pensamientos y lo que los rodea. Luego, queda sólo una cosa: el silencio.

INSTRUCCIONES

- Debe estar ambientado en el universo creado en el primero.

- El protagonista tiene que ser Sam, con estos rasgos: agresivo, atormentado, irónico, con habilidad política, leal, desenvuelto, hábil en el combate y muestra intensos sentimientos hacia Lisa, que en ningún momento se ha de desvelar qué tipo de relación mantienen.

- Archibald "Archie" Moloch es el co-protagonista. Es un alienígena cambiaforma enviado por el Consorcio para descubrir a los que manipulan los gobiernos terrestres. Posee una gran variedad de gadgets y no termina de entender bien las costumbres humanas. A veces es redicho en las construcciones gramaticales.

- Han huido de la Gran Ciudad. Ahora está en el tren camino a la mina. Está llena de tipos duros y peligrosos, y se encontrarán con problemas en los que tendrán que recurrir a su ingenio. Terminará con que ellos son capturados por el malo, un extraterrestre camuflado de político humano que ya les ha tendido una trampa en esta entrega.

- La extensión del documento debe

ser de entre 5 y 10 páginas, con un espaciado posterior de 10 ptos, interlineado sencillo y la fuente en calibrí 11.

- El archivo se manda a redacción@animabarda.com con el asunto "Cadáver exquisito".

El club de los escritores muertos



Las 4 son iguales



Trasto inútil



El monstruo del pasillo



ALAN BIGAIL



Agencia de branding,
publicidad literaria e Internet

El mundo está lleno de marcas, tanto empresariales como personales, buscando atraer la atención del público y crear un recuerdo en su mente.

Por eso es tan importante tener una imagen sólida y consecuente, una imagen que llame la atención, cree recuerdo y transmita tus valores.

Nosotros te ayudamos a ello, ya seas empresa o escritor, para que el público te reconozca y no se olvide de ti.

En Alan Bigail trabajamos en tres áreas:

Desarrollo de imagen de marca.

Publicidad en Internet.

Book advertising: publicistas del libro y agentes literarios.

Pásate por nuestra web www.alanbigail.com
o escribenos a info@alanbigail.com

Bestiario

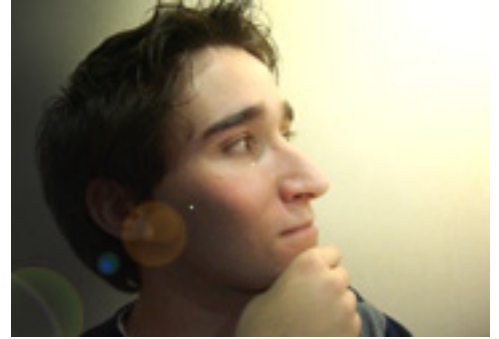
Revisión en rima de las extrañas y retorcidas criaturas responsables de las desgracias de esta publicación. Recomendamos leer imaginando el tañido de una lira.

Nada escapa a su filo,
Y si mal está decirlo,
¡Pobre de ti! Si te pilla,
Con su afilada cuchilla.

Si algo no le gusta o agrada,
No duda en liarla parda.
Noble y fiel como un Stark,
Pero si le enfadas te vas a enterar.

Así que cuidadito has de tener,
Si al verduguito no quieres ver.

Diego F. Villaverde
Verdugo - @LordAguafiestin



Víctor M. Yeste
Consejero - @VictorMYeste



Importante es su profesión
Aunque esta no es la cuestión
A Kvothe le tiene presente,
Como él en su venganza, es persistente.

A su misión concentrado y entregado.
A su vida un poco despistado.
Pero tal es su corazón,
Que sirve de compensación.

Apasionado en gente reuniendo,
Mejor alrededor de una mesa comiendo.
Placeres banales, diréis.
Con los que regocijo sentiréis.

¡Ay de ti! Si te habla de su obsesión,
No te soltará hasta que te dé el tostón.
Y si de madrugada un finde despierto estás,
¡Corre!, ¡huye! Mejor la radio esconderás.

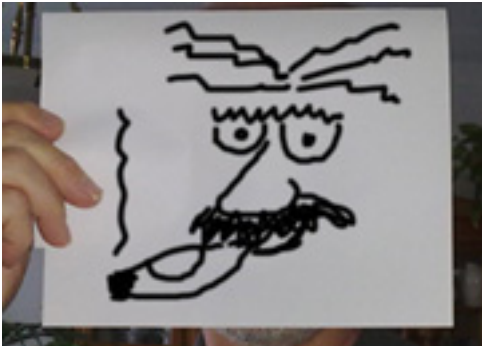
Cuentos de terror y cuarto milenio,
Sus preferencias después del silencio.

J. R. Plana
Posadero - @jrplana



Ramón Plana

Juglar - @DocZero48



No va con mallas,
A su lado te callas.
Dotado de humor e ingenio,
En sus historias pone empeño.

Si de entretener se trata,
Una velada con el pacto.
Mas difícil luego callarle es,
Y perdido en las nubes te halles.

Si acudimos a ella siempre nos ayuda,
Sea la hora que sea sin ninguna duda.
Encontrarla, o no, esa es otra historia;
Viaja por mundos de manera notoria.

Fiel y dedicada, a todo pone esfuerzo,
Pero si la enfadas perderás el pescuezo.
Katniss en Panem, Marta en Valencia,
Las dos con el arco apuntan con vehemencia.

Mas en ella dulzura también hallas,
Querrás su compañía donde vayas.

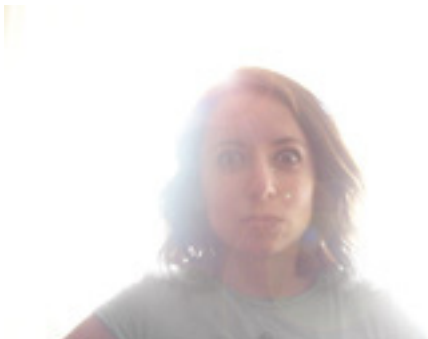
M. C. Catalán

Curandera - @mccatalan



Cris Miguel

Pregonera - @Cris_MiCa



Enfadada siempre parece,
Pegando su rabia enriquece.
¡No sólo a esto se dedica!
Su odio contra el universo predica.

Escritora es, luego pregonera,
Si no haces lo que quiere, busca la correa.
Caza sombras y vampiros también,
Cuidado has de tener, para no cazar su desdén.



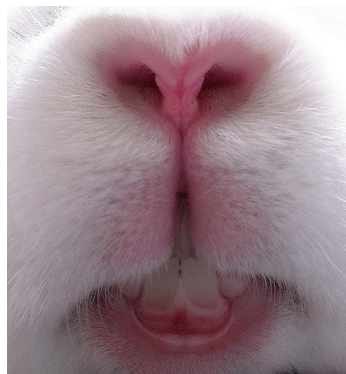
Ricardo Castillo
RicardoCastillo68@hotmail.es



A. C. Ojeda
@AC_Ojeda



R. P. Verdugo
@RP_Verdugo



Carlos J. Eguren Hdez.
@Carlos_Eguren

ÁNIMA BARDA